URANIA

(Vida amorosa de una estatua ideal)

Novela de

C. FLAMMARION

(Homenaje Póstumo)

SEGUNDA EDICIÓN

Traducción directa del francès por L. N.

Precio del volumen: En la Capital $ 0.50 En el Interior $ 0.60

U R A N I A

N O V E L A

SEGUNDA EDICION

BUENOS AIRES
1925

PRIMERA PARTE

LA MUSA DEL CIELO

I

Yo tenía diez y siete años. Ella se llamaba Urania.

¿Era acaso una joven, rubia y de ojos azules, un ensueño de primavera, una inocente pero curiosa hija de Eva? No, era, sencillamente, lo mismo que en otro tiempo, una de las nueve Musas, la que presidía los destinos de la Astronomía, la que anidaba y dirigía el coro de las esferas con su celeste mirada; era la idea angélica que se cierne sobre las bajezas terrestres, y si bien no tenía las carnes deslumbrantes, ni el corazón cuyos latidos se comunican a distancia, ni el tibio calor de la vida humana, existía, no obstante, en una especie de mundo ideal y siempre puro, siendo a pesar de ello bastante humana, por su nombre y su forma, para producir en el alma de un adolescente impresión viva y profunda y para hacer surgir, en esta alma, un sentimiento indefinible de admiración y casi de amor.

El joven cuya mano no ha tocado aún al fruto divino del árbol del Paraíso, aquel cuyos labios han permanecido ignorantes, cuyo corazón no ha hablado todavía, cuyos sentidos se despiertan en medio de la vaguedad de aspiraciones antes desconocidas, ese presiente en las horas de soledad, y aun en las de los trabajos intelectuales con que la educación contemporánea recarga su cerebro, el culto a que habrá de hacer muy pronto sacrificios y personifica de antemano, bajo formas diversas, el ser encantador que flota en la atmósfera de sus ensueños. Entonces quiere, o por mejor decir, desea llegar hasta aquel ser desconocido, pero quizás no se atrevería nunca a efectuarlo en su candorosa admiración, si no vinieran a hacerle fácil la empresa. Siendo Cloe ignorante, necesita que la curiosa e indiscreta Licenión se encargue de instruir a Dafnis.

Cuando nos habla de la atracción todavía desconocida pue-

de encantarnos, excitar nuestro interés, seducirnos. Un dibujo glacial que representa el óvalo de un rostro agraciado, una pintura, aun si la ha ajado el tiempo, una escultura — y sobre todo ésta — despiertan en nuestros corazones un movimiento nuevo; la sangre se precipita o se detiene; la idea atraviesa como un relámpago nuestra frente llena de rubor, y permanece flotando en los ensueños de nuestro espíritu. Este es el principio de los deseos, el comienzo de la vida, la aurora de un hermoso día de verano, que anuncia la salida del sol.

Por lo que a mí toca, mi primer amor, mi pasión de adolescente tuvo, no diré, de seguro, por objeto, pero sí por causa determinante... ¡un reloj de sobremesa!... La cosa es singular; pero así pasó. Unos cálculos muy insípidos ocupaban todas mis tardes, de dos a cuatro: tratábase de corregir las observaciones de estrellas o de planetas efectuadas la noche antes, aplicándoles las reducciones debidas a la refracción atmosférica, la cual depende a su vez de la altura del barómetro y de la temperatura. Estos cálculos son tan sencillos como fastidiosos; se les efectúa maquinalmente, con ayuda de tablas ya preparadas, y pensando en otra cosa.

Entonces era director del Observatorio de París el ilustre Le Verrier, quien, no obstante su carencia absoluta de sentido artístico, poseía en su gabinete de trabajo un reloj de sobremesa de bronce dorado, de hermoso estilo, procedente de las postrimerías del primer imperio, y debido al cincel de Pradier. El zócalo de este reloj representaba, en bajo relieve, el nacimiento de la Astronomía en las llanuras de Egipto. Una esfera celeste maciza, ceñida por el círculo zodiacal, y sostenida por esfinges, se elevaba encima de la muestra. Los lados tenían, como adorno, dioses egipcios, sobre todo, en una encantadora estatuilla de Urania, noble, elegante, casi diría majestuosa. La celeste Musa estaba en pie; con la mano derecha medía, sirviéndose de un compás los grados de la esfera estrellada; la izquierda, que colgaba a lo largo del cuerpo, sostenía un pequeño anteojo astronómico. Envuelta de manera admirable en su túnica, erguíase en la actitud de la nobleza y de la majestad. Yo no había visto nunca rostro más hermoso. Cuando se le iluminaba de frente, aquel óvalo purísimo parecía grave y austero. Si la luz le llegaba oblicuamente, hubiérase dicho que meditaba. Mas, cuando venía desde lo alto, la cara encantadora de Urania se iluminaba con misteriosa sonrisa, su mirada parecía acariciarme, y la exquisita serenidad se convertía en una especie de alegría, de benevolencia y de dicha que causaba deleite contemplar. Era como un canto interior, como una poética

melodía. Estos cambios de expresión comunicaban, por decirlo así, la vida a la estatua. Musa y diosa al mismo tiempo, era bella, encantadora y admirable.

Siempre que el eminente director me llamaba, lo que mayor impresión me producía no era su gloria universal. Olvidábase entonces de las fórmulas de logaritmos y hasta del inmortal descubrimiento del planeta Neptuno, para experimentar el encanto que me causaba la obra de Pradier. Aquel hermoso cuerpo, tan admirablemente modelado bajo su túnica antigua, el cuello lleno de gracia y lo expresivo del rostro, atraían mis miradas y cautivaban mi pensamiento. Muchas veces, cuando a eso de las cuatro dejábamos el Observatorio para volver a París, miraba por la puerta a medio cerrar si no estaba allí Le Verrier. Los días mejores eran los lunes y los miércoles, aquél por causa de las sesiones de la Academia de Ciencias, a las que el sabio no faltaba nunca, y éste por las de la Oficina de longitudes, de las cuales huía con el más profundo desdén y que le hacían marcharse del Observatorio para que su desprecio fuera más significativo. En esos momentos me colocaba yo frente a mi querida Urania, mirándola a satisfacción y extasiándome ante la belleza de sus formas, y luego me iba más satisfecho, aunque no más feliz. La estatua me encantaba, pero sentía separarme de ella.

Una tarde — la misma en que descubrí los cambios de fisonomía que la dirección de la luz le comunicaba — encontré el gabinete de Le Verrier completamente abierto, y encima de la chimenea una lámpara cuya luz iluminaba a la Musa dándole uno de sus más seductores aspectos. Los rayos oblicuos le acariciaban suavemente la frente, las mejillas, los labios y la garganta. La expresión era maravillosa. Acerquéme y la contemplé inmóvil durante un rato, pero luego se me ocurrió mudar la lámpara de sitio y hacer que la luz recorriera los hombros, el brazo, el cuello y la cabellera. La estatua parecía vivir, pensar, animarse y hasta sonreir. Sin duda era singular la sensación que yo experimentaba y extraño mi sentimiento, pero debo aclarar que estaba verdaderamente loco; de admirador me había convertido en enamorado. Si alguien me hubiera dicho entonces que aquello no era un verdadero amor y que semejante platonismo se reducía a un ensueño infantil, mi sorpresa habría sido grande. En esto llegó el Director, quien no pareció sorprendido de mi presencia como hubiera podido temerlo, tal vez porque para ir a las salas de observación se pasaba por aquel despacho. Sin embargo, en el momento de poner yo la lámpara sobre la chimenea, me dijo:—Va a llegar usted tarde

para Júpiter.—Y luego, cuando ya casi había salido yo del despacho, oí que añadió, recalcando la frase con profundo desdén, y pronunciándola con la boca enteramente abierta:—¿Acaso es usted poeta?

Hubiese podido contestarle, citándole los ejemplos de Képler, de Galileo, de D'Alembert y los dos Herschel, así como de otros sabios ilustres, que al mismo tiempo que astrónomos fueron poetas; hubiese podido recordarle el nombre del primer Director del Observatorio, Juan Domingo Cassini, que cantó a Urania en versos latinos, italianos y franceses; pero los discípulos de aquella casa no teníamos la costumbre de replicar nunca al senador-director. Los senadores eran entonces personajes, y el Director del Observatorio inamovible. Además, nuestro gran geómetra habría mirado el poema más bello de Dante, de Ariosto o de Hugo con el mismo aire de profundo desdén que un hermoso perro de Terranova muestra al contemplar un vaso de vino que le acercan a la boca. Por otra parte, yo merecía la reprimenda.

¡Cómo me perseguía aquella encantadora figura de Urania, con todas sus deliciosas expresiones de fisonomía! ¡Era tan graciosa su sonrisa! ¡Y sus ojos de bronce miraban, veían verdaderamente en ocasiones! Sólo le faltaba la palabra. Pues bien, a la noche siguiente, cuando acababa apenas de dormirme, se me apareció la sublime diosa, y esta vez me habló.

¡Oh, qué animación la de su rostro! ¡Qué boca tan bella! Hubiese besado cada una de sus palabras...—Ven—me dijo, —ven al Cielo, allá arriba, lejos de la Tierra; desde allí dominarás este bajo mundo y contemplarás en su grandeza el inmenso Universo. ¡Mira!

II

Entonces vi la Tierra que caía en las anchurosas profundidades de la inmensidad; las cúpulas del Observatorio y París iluminado, bajaban rápidamente. A la vez que yo me sentía inmóvil, experimenté una impresión análoga a la que se siente en globo, cuando al elevarse en los aires se ve que la Tierra desciende. Subí y subí mucho tiempo, arrebatado por mágico impulso hacia el cenit. Urania estaba junto a mí, algo más elevada, mirándome con dulzura y señalándome los pueblos que quedaban a nuestros pies. El día nos alumbraba de nuevo y pude reconocer la Francia, el Rhin, Alemania, Austria, Italia, el Mediterráneo, España, el Océano Atlántico, la Mancha, Inglaterra; pero esta geografía liliputiense se hacía más pequeña con gran rapidez. No tardó el globo terrestre en reducirse a

las dimensiones aparentes de la luna en su cuarto menguante, y luego al de una diminuta luna llena.

—Ahí tienes — me dijo la Musa — ese famoso globo terrestre en que se agitan tantas pasiones, y que encierra en su estrecho círculo el pensamiento de tantos millones de seres cuya vista no se extiende allende sus límites. Observa cómo toda su grandeza aparente disminuye a medida que se ensancha nuestro horizonte. Ya no distinguimos a Europa de Asia. He aquí el Canadá y la América del Norte. ¡Cuán minúsculo es todo eso!

Al pasar cerca de la Luna había observado los paisajes montañosos de nuestro satélite, las cimas radiantes de luz, los profundos valles llenos de sombra, y hubiese querido detenerme allí para estudiar esa morada cercana a la nuestra; pero Urania no se dignó ni siquiera mirarla, y me arrastró con rápido vuelo hacia las regiones siderales.

Seguíamos subiendo. La Tierra, que disminuía cada vez más a medida que nos alejábamos de ella, llegó a verse reducida al aspecto de una simple estrella, que brillaba por efecto de la iluminación solar en el seno de la vacía y negra inmensidad. Nos dirigíamos hacia el Sol, que resplandecía en el espacio sin alumbrar, y al mismo tiempo que este astro, veíamos las estrellas y los planetas, que su luz no eclipsaba ahora porque no podía iluminar el éter invisible. La angélica diosa me señaló Mercurio, en las cercanías del Sol, Venus, que brillaba por la parte opuesta, la Tierra, igual a Venus en su aspecto y su brillo, Marte, cuyos mares mediterráneos y cuyos canales reconocí, Júpiter con sus cuatro lunas enormes, Saturno, Urano.—Todos estos mundos — me dijo, — están sostenidos en el vacío por la atracción del Sol, alrededor del cual circulan velozmente. Es un coro armonioso que gravita en torno del centro. La Tierra no es más que una isla flotante, un caserío de esta gran patria solar, y este imperio no es a su vez sino una provincia en el seno de la inmensidad astral.

Cada vez nos elevábamos más. El Sol y su sistema se alejaban rápidamente; la Tierra no era ya sino un punto, y hasta Júpiter, este mundo tan colosal, se presentó empequeñecido como Marte y Venus, reduciéndose a un punto insignificante, superior apenas al de la Tierra.

Pasamos a la vista de Saturno, ceñido por sus gigantescos anillos, y cuyo testimonio bastaría por sí solo para probar la inmensa e inimaginable variedad que reina en el Universo. Saturno, con sus anillos formados de corpúsculos arrastrados en una rotación vertiginosa, y con sus ocho satélites, que lo acom-

pañan como un celeste cortejo, es por sí todo un sistema.

A medida que íbamos subiendo, nuestro sol disminuía de magnitud. Pronto quedó reducido a la categoría de estrella, para perder luego toda majestad, toda superioridad respecto de la población sideral, y quedarse reducido a un punto, apenas más brillante que los otros. Yo contemplaba esta inmensidad estrellada en cuyo seno nos elevábamos constantemente, y procuré reconocer las constelaciones; pero éstas empezaban a cambiar de formas, por causa de la diferencia de perspectiva debida a nuestro viaje. Parecióme que nuestro Sol, reducido según he dicho a una estrella diminuta, se reunió con la constelación del Centauro, mientras que una nueva luz, pálida, azulada, bastante singular, venía de la región hacia donde Urania me arrastraba. Esta claridad no tenía nada de terrestre y no me recordaba ninguno de los efectos que había admirado en los paisajes de la Tierra, ni en los tonos de los crepúsculos, tan mudables después de la tempestad, ni en las brumas indecisas de la mañana, ni durante las horas tranquilas y silenciosas pasadas contemplando la reverberación de la Luna en el mar. Sin embargo, este efecto último es el que se le parecía más tal vez; la nueva luz iba aumentando constantemente de tono, no sólo por un reflejo celeste o por un contraste análogo al que produce una lámpara eléctrica cuando se la compara con un mechero de gas, sino porque su color era real y verdaderamente azul, como si éste fuera el del Sol de que procedía.

¡Cuál no sería mi sorpresa al notar que, en efecto, nos acercábamos a un sol absolutamente azul, parecido a un disco brillante que hubiese sido recortado en uno de nuestros días más hermosos, y que se destacaba luminosamente sobre un fondo negro, sembrado de estrellas! Este sol de zafiro era el centro de un sistema de planetas iluminados por su luz. Ibamos a pasar al lado de uno de estos planetas. El sol azul crecía y crecía por instantes; pero, y esta novedad me extrañó tanto como la primera, la luz que iluminaba a aquel planeta parecía tomar en ciertas partes tonos verdes. Miré de nuevo al cielo y distinguí otro sol, de hermoso color verde de esmeralda. No podía creer a mis ojos.

—Atravesamos, en este momento — me dijo Urania, — el sistema solar de Gamma de Andrómeda, del cual no ves todavía más que una parte, pues en realidad se compone, no de dos soles, sino de tres, uno azul, otro verde y el tercero amarillo anaranjado. El sol azul, que es el más pequeño, gira alrededor del verde, y éste gravita con su compañero en torno del gran sol anaranjado que vas a ver dentro de un instante.

En efecto, casi inmediatamente vi surgir otro sol, del mencionado vivísimo color, cuyo contraste con sus dos compañeros daba origen a la más extraña de las luces. Yo conocía ese curioso sistema sideral, por haberlo observado muchas veces con el telescopio; pero nunca había podido imaginarme su real esplendor. ¡Qué focos de calor, qué raudales de luz! ¡Qué vivacidad de colores en aquel extraño manantial de luz azul, en aquella iluminación verde del segundo sol y en las radiaciones de oro nativo del tercero!

Pero, según ya he dicho, nos habíamos acercado a uno de los mundos pertenecientes al sistema del sol zafiro. Paisajes, aguas, plantas, rocas, todo era azul allí; sin embargo, por la parte que alumbraba el segundo sol, las cosas tomaban tonos verdosos, y los rayos del sol anaranjado, que aparecía en el horizonte, tocaban apenas los objetos con su luz. A medida que penetrábamos en la atmósfera de este mundo, se elevaba en los aires una música suave y deliciosa, parecida a un perfume y un ensueño. Yo no había oído nunca nada semejante. La dulce melodía, profunda, lejana, parecía proceder de un coro de arpas y de violines, sostenido por un acompañamiento de órganos. Era un himno exquisito, que desde el primer instante encantaba, que no se necesitaba analizar para comprenderlo, y que llenaba de deleite el alma. Sin dificultad habría estado oyéndolo una eternidad, y ni siquiera me atrevía a hablar a la Musa por miedo de perder una simple nota. Urania lo notó, y extendiendo la mano hacia un lago me señaló con el dedo un grupo de seres alados que se cernían sobre las azules aguas.

No tenían la forma humana terrestre y estaban evidentemente organizados para vivir en el aire. Parecían tejidos de luz. De lejos me parecieron libélulas, (1) cuyas esbeltas y elegantes formas revestían; pero examinándolos desde más cerca, observé su tamaño, que no era inferior al nuestro, y reconocí en la expresión de su mirada que no eran animales. Sus cabezas se parecían también a las de las libélulas, y carecían de piernas, como estos seres aéreos. La deliciosa música que yo escuchaba no era más que el ruido de su vuelo. Había muchos, varios millares quizás.

En las cimas de las montañas se divisaban unas plantas que no eran árboles ni flores y que elevaban delicados tallos a enormes alturas; y estos tallos sostenían al ramificarse, como tendiendo los brazos, anchas copas de forma de tulipanes. Aque-

(1) No sé por qué llamamos también en español caballito del diablo a ese poético insecto.

llas plantas estaban animadas; por lo menos manifestaban con distintos movimientos sus impresiones interiores, según lo hacen nuestras sensitivas, y más aún la desmodia de movibles hojas. Dichos bosquecillos eran verdaderas ciudades vegetales. Los habitantes de aquel mundo no poseían otras moradas, y cuando no flotaban en los aires, descansaban en aquellas perfumadas sensitivas.

—Este mundo te parece fantástico — me dijo Urania, — y te preguntas, sin duda, qué ideas pueden tener esos seres, qué costumbres, qué historia, qué especies de artes, de literatura, y de ciencias. Sería demasiado largo contestar a todas las preguntas que podrías hacer. Conténtate con saber que sus ojos son superiores a vuestros telescopios más potentes, que su sistema nervioso vibra cuando pasa un cometa y descubre eléctricamente hechos que vosotros no conoceréis nunca en la Tierra. Los órganos que ves debajo de las alas, les sirven de manos, más hábiles que las vuestras. Como imprenta, tienen la fotografía directa de los acontecimientos y fijan fonéticamente las palabras mismas. Por lo demás, no se ocupan sino en investigaciones científicas, esto es, en el estudio de la Naturaleza. Las tres pasiones que absorben la mayor parte de la vida terrestre, el ardiente deseo de fortuna, la ambición política y el amor, les son desconocidas, porque no necesitan nada para vivir, porque aquí no existen las divisiones internacionales, ni hay más gobierno que un consejo de administración, y porque son andróginos.

—¡Andróginos! — repliqué, atreviéndome a añadir: — ¿acaso es esto preferible?

—Es otra cosa; son grandes perturbaciones de menos en una humanidad.

Hay que desprenderse enteramente — siguió diciendo la Musa, — de las sensaciones y de las ideas terrestres para poder comprender la diversidad infinita que se manifiesta en las diferentes formas de la creación. Así como en vuestro planeta han cambiado las especies de edad en edad, desde los seres tan extraños de las primeras épocas geológicas hasta la aparición de la humanidad; así como aun hoy la población animal y vegetal de la Tierra se compone de las formas más variadas, desde el hombre hasta el coral, desde el ave hasta el pez, desde el elefante hasta la mariposa; así las fuerzas de la Naturaleza han producido en las innumerables tierras del cielo una variedad infinita de seres y de cosas, en grado infinitamente más amplio. La forma de los seres es en cada mundo el resultado de los

elementos especiales a cada globo, substancias, calor, luz, electricidad, densidad, gravedad.

Las formas, los órganos, el número de los sentidos — vosotros no tenéis más que cinco bastante pobres por cierto — dependen de las condiciones vitales de cada esfera. La vida es terrestre en la Tierra, marciana en Marte, saturniana en Saturno, neptuniana en Neptuno, esto es, apropiada a cada uno de dichos centros, o para hablar con mayor precisión todavía, cada mundo la produce y la desarrollada según su estado orgánico y una ley primordial a la cual obedece la Naturaleza entera: la ley del progreso.

Mientras Urania me hablaba, seguía yo con la mirada el vuelo de los seres aéreos hacia la ciudad florida, notando con estupefacción que las plantas se movían, ya elevándose, ya bajándose para recibirlos; el sol verde estaba ya en su ocaso y el anaranjado ascendía hacia el cenit; el calor del paisaje era digno de un cuento de hadas y en el cielo se cernía una luna enorme, anaranjada en una mitad y verde en otra. Entonces la inmensa melodía que llenaba la atmósfera cesó y en medio de silencio profundo oí un cántico producido por una voz tan pura, que ninguna de la Tierra podía serle comparada.

—¡Qué sistema tan maravilloso — exclamé, — un mundo alumbrado por tales luminares! Estas son, pues, las estrellas dobles, triples y múltiples, vistas de cerca.

—¡Estas estrellas — contestó la Musa, — son en verdad soles espléndidos! Asociadas gallardamente por los lazos de una atracción mutua, las veis desde la Tierra mecidas dos a dos en el seno de los cielos, siempre bellas, siempre puras y luminosas. Suspendidas en lo infinito, apóyanse una en otra sin tocarse nunca, como si su unión, más bien moral que material, estuviera regida por un principio invisible y superior; cada cual gravita cadenciosamente en torno de su compañera, siguiendo curvas armoniosas, como esposos celestes que nacieran en la primavera de la creación en los campos estrellados de la inmensidad. Al paso que los soles simples como el vuestro brillan solitarios, fijos, tranquilos, en los desiertos del espacio; los soles dobles y múltiples parecen animar con sus movimientos, su color y su vida las regiones silenciosas del vacío eterno. Estos relojes siderales marcan para vosotros los siglos y las eras de los restantes universos.

Pero continuemos nuestro viaje — acabó diciendo, — pues no estamos sino a unos cuantos trillones de leguas de la Tierra.

—¿A unos cuantos trillones?

—Efectivamente. Si pudieran llegar hasta nosotros los ruidos de tu planeta, sus volcanes, sus cañones, sus truenos, las vociferaciones de las grandes multitudes en los días de revolución, o los piadosos cánticos que desde las iglesias se elevan hasta el Cielo, tardaríamos quince millones de años en oirlos, aun admitiendo que esta enorme distancia pudiera ser atravesada por esos ruidos con la velocidad del sonido en el aire. A estas horas oiríamos lo que ocurría en la Tierra hace quince millones de años.

Sin embargo, dada la inmensidad del Universo, estamos muy cerca de tu patria.

Aún puedes ver allá abajo tu sol, una diminuta estrella. Todavía no hemos salido del universo a que él y su sistema de planetas pertenecen.

Este universo se compone de varios miles de millones de soles, separados unos de otros por trillones de leguas.

Su extensión es tan grande que un relámpago, cuya velocidad es de trescientos mil kilómetros por segundo, tardaría quince mil años en atravesarlo.

Y por todos lados, por todas partes, donde quiera que dirigimos nuestras miradas, se ven soles y más soles; por todas partes descubrimos focos de luz, de calor y de vida, manantiales de inagotable variedad, astros de todos los brillos, de todas las magnitudes, de todas las edades, sostenidos en el vacío eterno, en el éter luminífero, por la atracción mutua de todos y por el movimiento de cada uno de ellos. Las estrellas, soles enormes, giran sobre sí mismas como esferas de fuego y marchan hacia un punto. Tu sol se dirige hacia la constelación de Hércules; éste cuyo sistema acabamos de atravesar, se encamina hacia el Sur de las Pléyades. Sirio se precipita hacia la Paloma, Pólux en dirección de la vía láctea, y todos esos millones, todos esos miles de millones de soles corren a través de la inmensidad con velocidades que se elevan a dos, tres y cuatrocientos mil metros por segundo. El Movimiento sostiene el equilibrio del Universo y constituye su organización, su energía y su vida.

III

Hacía ya mucho tiempo que el sistema tricolor había huído detrás de nosotros. Pasamos cerca de gran número de mundos muy diferentes de la patria terrestre. Unos me parecieron enteramente cubiertos de agua y poblados de seres acuáticos, otros únicamente de plantas. La Musa y yo nos detuvimos cerca de algunos. ¡Qué incomprensible variedad!

Los habitantes de uno de esos me parecieron todos particularmente hermosos. Urania me enteró de que allí la organización no se asemeja en nada a la de los hijos de la Tierra, y que el ser humano en aquel mundo percibe las operaciones físico-químicas que se efectúan en la conservación del cuerpo. En nuestro organismo terrestre no vemos cómo se asimilan los alimentos absorbidos, ni cómo se renuevan la sangre, los huesos y los tejidos; todas las funciones se realizan instintivamente, sin que las perciba el pensamiento, de suerte que sufrimos multitud de enfermedades, cuyo origen es difícil o imposible descubrir. Por el contrario, en el astro de que hablo, el ser humano siente los actos de su conservación vital, como nosotros sentimos un placer o un dolor. Por decirlo así, de cada molécula del cuerpo parte un nervio que transmite al cerebro las diversas impresiones que recibe. Si el hombre terrestre poseyera un sistema nervioso semejante, le bastaría con hacer penetrar sus miradas dentro del organismo por medio de sus nervios, para ver cómo el alimento se transforma en quilo, éste en sangre, la sangre en carne, en substancia muscular, nerviosa, etc.: en una palabra, se vería a sí mismo. Pero estamos lejos de esto, pues el centro anímico de nuestras percepciones se encuentra embarazado por los nervios múltiples de los lóbulos cerebrales y de las capas ópticas.

En otro globo que atravesamos durante la noche, esto es, por la parte de su hemisferio nocturno, los ojos humanos están organizados de tal modo, que son luminosos, y alumbran como si de su singular foco se desprendiese una emanación fosforescente. Una reunión nocturna compuesta de gran número de personas presenta aspecto verdaderamente fantástico, porque la claridad y color de los ojos se modifican según las diversas pasiones que animan al ser. Además, la potencia de esas miradas es tal, que ejercen influjo eléctrico y magnético de intensidad variable, y en ciertos casos pueden herir como el rayo, dando muerte a la víctima en quien se fija toda la energía de su voluntad.

Un poco más lejos, mi excelente guía me indicó un mundo en que los organismos disfrutan de una facultad preciosa, cual es la de que el alma puede cambiar de cuerpo sin pasar por la circunstancia de la muerte, que a menudo es desagradable y siempre triste. Un sabio que ha trabajado toda su vida en la instrucción de la humanidad, y que ve llegar el fin de sus días sin haber podido terminar sus nobles empresas, puede cambiar de cuerpo con un joven adolescente y empezar una nueva vida, más útil aún que la primera. Para efectuar esta transmigración,

basta con el consentimiento del joven y la operación magnética de un médico competente. En ocasiones se ven también dos seres, unidos por los lazos tan gratos y fuertes del amor, operar este cambio de cuerpos después de varios años de unión: el alma del esposo va a habitar el cuerpo de la esposa y recíprocamente, por lo que les queda de existencia. La experiencia íntima de la vida se hace así incomparablemente más completa en cada uno de ellos. Se ven igualmente sabios historiadores que, deseando vivir dos siglos en lugar de uno, se sumen en sueño ficticio de hibernación artificial, que suspende su vida seis meses y aun más, durante años enteros. De esta manera logran algunos superar tres veces la vida normal de los centenarios

Pocos instantes después, atravesando otro sistema, encontramos un género de organismos completamente distinto y seguramente superior al nuestro. En los habitantes del planeta que entonces contemplábamos, mundo que un sol hidrogenado alumbraba, el pensamiento no está obligado a pasar por la palabra para manifestarse. ¡Cuántas veces no ocurre, al surgir en nuestro cerebro una idea luminosa o ingeniosa y al querer expresarla o escribirla, que en el tiempo que tardamos en hablar o escribir, la idea se disipa y huye de la mente, obscurecida o alterada! Los habitantes de este planeta tienen un sexto sentido, que podríamos llamar autotelegráfico, en virtud del cual, el pensamiento se comunica exteriormente cuando el autor se opone a ello, siendo entonces posible leerla en un órgano que ocupa, poco más o menos, el sitio de tu frente. Estas conversaciones silenciosas son a menudo las más profundas y preciosas, y siempre las más sinceras.

Nosotros nos inclinamos sencillamente a creer que la organización humana sobre la Tierra no deja nada que desear. Sin embargo, mil veces hemos lamentado vernos obligados a oir, a pesar nuestro, palabras desagradables, discursos absurdos, sermones huecos y campanudos, música mala, chismes maldicientes y calumnias. Nuestras gramáticas pretenden que podamos en tales casos "taparnos los oídos"; por desgracia no ocurre así. Con los ojos, la cosa es mucho más fácil, pues basta cerrarlos. Mucho me sorprendió encontrar un planeta donde la Naturaleza ha cuidado de este punto. En efecto, al pararnos en él un instante, Urania llamó mi atención sobre los oídos, que se cerraban del mismo modo que los párpados.—Ahí — me dijo, — hay menos cóleras ocultas que entre vosotros; pero las divisiones políticas son mucho mayores; los adversarios políticos se niegan a oirse unos a otros y logran su propósito, a pesar de los más locuaces abogados.

En otro mundo, donde el fósforo desempeña importantísimo papel, donde la atmósfera está constantemente electrizada, y la temperatura es muy alta, y donde los habitantes no han tenido ningún motivo suficiente para inventar el vestido, ciertas pasiones se traducen por la iluminación de una parte del cuerpo. Esto es, en grande, lo mismo que ocurre en pequeño en nuestras praderas terrestres, donde, durante las suaves tardes del verano, vemos consumirse silenciosamente en amorosos ardores los gusanos fosforescentes. El aspecto que los amantes luminosos presentan de noche en las grandes ciudades, vale la pena de ser observado. El color de la fosforescencia varía con los sexos y su intensidad, según las edades y los temperamentos. El sexo fuerte se enciende con llamaradas rojas más o menos ardientes, y el bello con una llama azulada, en ocasiones muy baja de color y muy discreta. Sólo nuestras luciérnagas podrían formarse idea muy rudimentaria de la naturaleza de las impresiones que esos seres especiales experimentan. Apenas podía creer a mis propios ojos cuando atravesamos la atmósfera de este planeta; pero mi sorpresa fué aún mayor en el satélite de ese mundo singular.

Era este satélite una luna solitaria, alumbrada por una especie de sol crepuscular. Ante nuestra mirada se extendía un valle sombrío; de los árboles diseminados en dos vertientes, colgaban, envueltos en sudarios, seres humanos que se habían atado a sí mismo, por sus cabelleras, y dormían en el más profundo silencio. Lo que tomé al pronto por sudarios, era una tela formada por la prolongación de sus cabellos revueltos y encanecidos. Admiré semejante posición, y entonces Urania me dijo que aquel era el modo acostumbrado para dar sepultura y resucitar. Sí, en aquel mundo los seres humanos disfrutan de la facultad orgánica de los insectos que tienen el don de adormecerse en estado de crisálida para metamorfosearse en mariposas aladas. En esto hay como una doble raza humana, y los aspirantes de la primera fase, los seres más groseros y materiales, no aspiran sino a morir, para resucitar en la más espléndida de las metamorfosis. Cada año de este mundo representa próximamente doscientos terrestres. Dos terceras partes del año se vive en estado inferior, otra (el invierno), en el de crisálidas, y al llegar la primavera siguiente, los colgados sienten que vuelve la vida a sus carnes transformadas: agítanse, despiértanse, dejan en el árbol su melena, y se desprenden, maravillosos seres alados, dirigiéndose hacia las regiones aéreas, para vivir allí un nuevo año fénico (1), esto es, doscientos años de nuestro rápido planeta.

(1) El "fénix", ave mitológica, vivía de 200 a 600 años.

Así atravesamos gran número de sistemas; parecíame que la eternidad entera no podría ser bastante larga para permitirme gozar de todas estas creaciones desconocidas por la Tierra; pero mi guía me dejaba apenas tiempo para decirme dónde estábamos, y cada vez aparecían nuevos soles y nuevos mundos. En nuestra travesía habíamos estado a punto de chocar con cometas transparentes que vagaban como suspiros, yendo de un sistema a otro, y más de una vez me sentí todavía atraído por mundos maravillosos de sonrientes paisajes, cuyas humanidades habrían sido nuevos temas de estudio. Sin embargo, la celeste Musa me llevaba sin esfuerzo cada vez más alto y más lejos, cuando al fin llegamos a lo que tomé por los confines del Universo. Los soles se hacían más escasos, menos luminosos, más claros de color; la noche era más completa entre los astros y no tardamos en hallarnos en el seno de un verdadero desierto, pues los miles de millones de estrellas que constituían el universo visible desde la Tierra, se habían alejado y no parecían ya más que una pequeña vía láctea aislada en el vacío infinito.

—Al fin hemos llegado — exclamé, — a los límites de la creación.

—Mira — me contestó la Musa, señalando al cenit.

IV

¡Cómo! ¿Era posible? ¡Otro universo descendía hacia nosotros! Millones y millones de soles, formando un grupo, se cernían sobre nuestras cabezas a manera de un nuevo archipiélago celeste, e iban extendiéndose como una inmensa nube de estrellas a medida que subíamos. Quise penetrar con la mirada en torno mío las profundidades del espacio y no vi por todas partes más que resplandores análogos, montones de estrellas diseminados a diversas distancias.

El nuevo universo en que penetrábamos se componía, sobre todo, de soles rojos, de color de rubí y de granate. Varios de ellos tenían absolutamente el de la sangre.

La travesía de este universo fué una verdadera fulguración. Corríamos rápidamente de sol en sol, pero a cada instante nos alcanzaban incesantes conmociones eléctricas, como si hubiesen sido los resplandores de una aurora boreal. ¡Qué singulares moradas eran aquellos mundos, alumbrados nada más que por soles rojos! Más tarde observamos en un punto de este universo

un grupo secundario compuesto por un gran número de estrellas rosadas y azules. De pronto se precipitó sobre nosotros, envolviéndonos completamente, un enorme cometa cuya cabeza representaba unas fauces colosales. Acerquéme, aterrorizado, a la diosa, que por un instante desapareció envuelta en aquella neblina luminosa. Mas no tardamos en hallarnos de nuevo en otro desierto obscuro, pues el segundo universo se había alejado lo mismo que el primero.

—La creación — me dijo la Musa, — se compone de un número infinito de universos distintos, separados unos de otros por los abismos de la nada.

—¿De un modo infinito?

—Objeción matemática — me replicó. — Es indudable que el número no puede ser actualmente infinito, por grande que lo supongamos, toda vez que siempre cabe añadirle con el pensamiento una unidad, o bien doblarlo, triplicarlo, centuplicarlo. Pero recuerda que el momento actual no es más que una puerta por la cual se precipita el porvenir hacia el pasado. La eternidad no tiene fin, y el número de los universos tampoco lo tendrá.

Mira y verás aún, y verás siempre, y por todas partes, nuevos archipiélagos de islas celestes, nuevos universos.

—Me parece, ¡oh, Urania! que hace ya mucho tiempo que subimos con gran velocidad por el cielo sin límites.

—Y podríamos — contestó la musa, — seguir subiendo siempre así, sin que alcanzásemos jamás un límite definitivo.

Podríamos dirigirnos hacia abajo, a la izquierda, a la derecha, hacia adelante, hacia atrás, y fuera cual fuera el sentido en que marchásemos, nunca, ni en ninguna parte, encontraríamos frontera alguna.

Nunca, jamás habría fin.

¿Sabes dónde estamos? ¿Sabes qué camino hemos recorrido?

Estamos... en el vestíbulo de lo infinito, lo mismo estábamos sobre la Tierra.

No hemos dado ni un solo paso.

... ...

Mi espíritu era presa de extraordinaria emoción. Las últimas palabras de Urania me habían penetrado hasta la médula de los huesos como un frío glacial. "Nunca un fin, nunca, nunca",

me repetía a mí mismo. Y no podía pensar ni decir ninguna otra cosa. Sin embargo, la magnificencia del espectáculo se presentó de nuevo ante mis ojos, y mi anonadamiento dió lugar al entusiasmo.

—¡La astronomía es todo! — exclamé. — ¡Saber estas cosas, vivir en lo infinito! Oh, Urania, ¿qué son sino sombras y fantasmas las restantes ideas humanas, cuando se las pone en parangón con la ciencia?

—Vas a despertarte sobre la Tierra — me contestó, — donde seguirás admirando, y con motivo, la ciencia de tus maestros; pero, sábelo bien, la astronomía actual de vuestras escuelas y de vuestros observatorios, la astronomía matemática, la hermosa ciencia de los Newton, de los Laplace y de los Le Verrier, no es aún la ciencia definitiva.

Ese no es, hijo mío, el fin que vengo persiguiendo desde los días de Hiparco y de Ptolomeo. Considera esos millones de soles análogos al que hace vivir la Tierra, y que son, lo mismo que éste, focos de movimiento, de actividad y de esplendor; pues bien, ahí tienes el objeto de la ciencia venidera: el estudio de **la vida universal y eterna.** Hasta hoy no se ha penetrado en el templo. Los números no son un fin sino un medio, y no representan el edificio de la Naturaleza, sino sólo los métodos y los andamiajes. Tú vas a asistir a la aurora de un nuevo día. La astronomía matemática va a dejar el puesto libre a la astronomía física, al verdadero estudio de la Naturaleza.

Sí — añadió; — los astrónomos que calculan los movimientos aparentes de los astros en su paso de cada día por el meridiano; los que anuncian la llegada de los eclipses, de los fenómenos celestes, de los cometas periódicos; los que observan con tanto cuidado las posiciones precisas de las estrellas en los diversos grados de la esfera celeste; los que descubren cometas, planetas, satélites, estrellas variables; los que averiguan y determinan las perturbaciones que la atracción de la luna y de los planetas causan en los movimientos de la Tierra; los que consagran sus vigilias a descubrir los elementos fundamentales del sistema del mundo; todos ellos, observadores o calculadores, son precursores de la nueva astronomía. Todos esos trabajos son inmensos, dignas de admiración tales labores y trascendentales las obras que ponen de relieve las facultades supremas del espíritu humano. Pero los matemáticos y los geómetras constituyen el ejército del pasado. En adelante el corazón de los sabios va a latir por una conquista más noble todavía. Al estudiar el Cielo esos grandes talentos, no han salido, en realidad, de la Tierra.

El objeto de la astronomía no es mostrarnos la posición aparente de puntos brillantes, ni pesar las piedras que se mueven en el espacio, ni darnos a conocer de antemano los eclipses, las fases de la luna o las mareas.

Todo esto es hermoso, pero resulta insuficiente.

Si la vida no existiera sobre la Tierra, este planeta carecería en absoluto de interés para todos los espíritus, y la misma reflexión puede aplicarse a todos los mundos que gravitan en torno de los miles de millones de soles en las profundidades de la inmensidad. La vida es el objetivo de la creación entera. Si no hubiera vida ni pensamiento, todo eso sería insignificante y nulo.

Tú estás destinado a asistir a una transformación completa de la ciencia. La materia va a dejar el puesto libre al espíritu.

—¡La vida universal! — exclamé yo. — ¿Acaso están habitados todos los planetas de nuestro sistema solar? ¿Acaso se parecen esas humanidades a la nuestra? ¿Acaso las conoceremos algún día?

—La época durante la cual vives en la Tierra, la vida entera de la humanidad terrestre, no es sino un momento en la eternidad.

No comprendí bien esta contestación a mis preguntas.

—No hay razón ninguna — añadió Urania, — para que todos los mundos estén habitados actualmente. La época presente no tiene más importancia que las que han precedido o las que seguirán.

La duración de la existencia de la Tierra será mucho mayor — tal vez diez veces mayor, — que la de su período vital humano. Tomando al acaso una decena de mundos en la inmensidad, podríamos, según los casos, encontrar apenas uno que esté habitado hoy por una raza inteligente. Algunos de los restantes lo han estado; otros lo serán en lo porvenir: éstos se encuentran en preparación, aquéllos han recorrido todas sus fases; aquí cunas, allá sepulcros; además, en las manifestaciones de las fuerzas naturales se revela infinita variedad y la vida terrestre no es, en manera alguna, el tipo de la extra-terrestre. Puede haber seres que viven y piensan en organizaciones completamente distintas de las que conocéis en vuestro planeta. Los habitantes de los demás mundos no tienen vuestra forma ni vuestros sentidos. Son distintos de vosotros.

Vendrá un día, muy cercano, puesto que estás llamado a verlo, en que las condiciones de la vida en las diversas regiones del Universo serán el objeto esencial y el encanto supremo de la astronomía. Entonces los astrónomos no se ocuparán sim-

plemente en averiguar la distancia, el movimiento y la masa material de los planetas, sino que estudiarán su constitución física, sus aspectos geográficos, su climatología y su meteorología; profundizarán los misterios de su organización vital y discutirán acerca de sus habitantes. Así llegarán a sentar que Marte y Venus están poblados actualmente por seres presentes; que Júpiter se halla aún en su período primario de preparación orgánica; que Saturno existe en condiciones completamente distintas de las que han presidido al establecimiento de la vida terrestre, y que sin parar nunca por evoluciones análogas a las de nuestro planeta, llegará a estar habitado por seres incompatibles con las circunstancias de nuestro mundo. Métodos hoy ignorados darán a conocer la constitución física y química de los astros y la naturaleza de sus atmósferas. Hasta será posible, por medio de instrumentos perfeccionados, descubrir pruebas directas de la existencia de estas humanidades planetarias y pensar en comunicarnos con ellas. He ahí la transformación científica que caracterizará el fin del siglo diecinueve y que inaugurará el vigésimo.

Yo oía extasiado las palabras de la celeste Musa, que iluminaban con nuevos e ignorados reflejos los destinos de la astronomía, haciendo penetrar en mi espíritu un ardor más vivo que nunca. Ante mi vista contemplaba el panorama de los innumerables mundos que giran en el espacio, y comprendía que el objeto de la ciencia debía ser permitirnos conocer esos lejanos universos y hacernos vivir en aquellos inmensos horizontes. La hermosa deidad continuó diciendo:

—La misión de la astronomía será más elevada aún. Después de haberos hecho sentir y comprender que la Tierra no es sino una ciudad en la patria celeste y que el hombre es ciudadano del Cielo, irá más allá todavía. Al descubrir el plan con arreglo al cual se ha edificado el universo físico, hará ver que el moral obedece a los mismos principios, que los dos mundos forman uno solo y que el espíritu rige la materia. Así hará, tocante al tiempo, lo que habrá realizado antes respecto del espacio. Después de haber apreciado la inmensidad de éste y de haber comprobado que en todas partes imperan las mismas leyes, haciendo del mismo universo una sola unidad, sabréis que los siglos del pasado y del porvenir están enlazados con el presente, y que las mónadas pensantes vivirán eternamente gracias a sucesivas y progresivas transformaciones; y sabréis, además, que existen espíritus incomparablemente superiores a los mayores de la humanidad terrestre, que todo progresa en el sentido de la perfección suprema, que el mundo material no es sino

apariencia y que el ser real consiste en una fuerza imponderable, intangible e invisible.

De manera que la astronomía será ante todo y sobre todo la directora de la filosofía. Los que razonaren sin tener en cuenta los conocimientos astronómicos, permanecerán fuera de la verdad. Los que siguieren fielmente sus reflejos, se elevarán gradualmente en la solución de los grandes problemas.

La filosofía astronómica será la religión de los espíritus superiores.

Asistirás — añadió la Musa, — a esta doble transformación de la ciencia. Cuando te llegue la hora de abandonar el mundo terrestre, la astronomía que ya admiras con tanto motivo, se habrá renovado enteramente, en su forma como en su espíritu.

Pero esto no basta. La renovación de una ciencia antigua ayudaría poco al progreso general de la humanidad, si esos sublimes conocimientos que desarrollan el espíritu, iluminan el alma y nos arrancan a la presión de las vilezas sociales, no saliesen del círculo limitado de los astrónomos de profesión. Esa época va a terminar también. Hay que desgarrar los velos que ocultan la luz, hay que tomar la antorcha en la mano, aumentar su resplandor, llevarla a las plazas públicas, a las calles populosas y a las encrucijadas de los caminos. Todo el mundo está llamado a recibir la luz, todos tienen hambre y sed de verdad, todos, y principalmente los humildes, los desheredados de la fortuna, pues éstos piensan más y se sienten ávidos de ciencia, mientras que los poderosos y los satisfechos del siglo no comprenden ignorancia y hasta se jactan de seguir en ella.

Sí, la luz de la astronomía debe difundirse por el mundo, penetrar en las masas populares, iluminar las conciencias y elevar los corazones.

Esta será su misión más bella y esta dicha le deberán los hombres.

V

Así habló mi celeste guía. Su rostro era hermoso como el día, sus ojos brillaban con luminosos resplandores, su voz parecía divina música. Los mundos circulaban en torno nuestro a través del espacio y yo sentía que una inmensa armonía rige la Naturaleza.

—Ahora — me dijo Urania, señalando con el dedo al sitio donde había desaparecido nuestro sol terrestre, — volvamos a la Tierra. Pero, fíjate bien; ya has comprendido que el espacio es infinito. Ahora vas a convencerte de que el tiempo es eterno.

Después de atravesar diversas constelaciones, volvimos a nuestro sistema solar. Vi, en efecto, reaparecer el sol bajo el aspecto de una diminuta estrella.

—Voy a comunicarte por un instante — me dijo la Musa, — ya que no la visión divina, a lo menos la angélica. Tu alma va a sentir las vibraciones etéreas que constituyen la luz, y a saber cómo es eterna en Dios la historia de cada mundo. Ver, es saber. ¡Pues bien, vé!

Así como un microscopio nos presenta una hormiga del tamaño de un elefante, y sabe hacer visible lo invisible, penetrando hasta lo infinitamente pequeño, así mi vista, ante la orden de la Musa, adquirió de pronto un poder de percepción inesperado y distinguió en el espacio, cerca del Sol, que se eclipsó, la Tierra, que de invisible se hizo visible.

Reconocila, y a medida que la miraba, su disco iba ensanchándose, presentando el aspecto de la Luna unos cuantos días antes del plenilunio. No tardé en distinguir los principales aspectos geográficos, la mancha helada del Polo Norte, los contornos de Europa y de Asia, el mar del Norte, el Atlántico y el Mediterráneo. A medida que fijaba más mi atención, veía mejor. Los detalles se iban haciendo cada vez más perceptibles, como si se hubiese servido de oculares microscópicos graduados. Distinguí la figura geográfica de la Francia, pero nuestra hermosa patria me pareció enteramente verde, como si desde el Rhin al Océano y desde la Mancha al Mediterráneo hubiera estado cubierta por un solo e inmenso bosque. Sin embargo, poco a poco logré notar los menores detalles; era fácil reconocer los Alpes y los Pirineos, el Rhin, el Ródano y el Loira.

—Fíjate bien — continuó diciendo mi compañera.

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, colocaba sobre mi frente la extremidad de sus finísimos dedos, como si hubiese querido magnetizar mi cerebro y dar a mis facultades de percepción un poder aun mayor.

Entonces sondé, penetré más atentamente todavía los detalles de la visión y tuve ante mis ojos la Galia del tiempo de Julio César. Era la época de la guerra de la independencia, animada por el patriotismo de Vercingétorix.

Todo esto lo veía yo en conjunto, según pasa con los paisajes lunares en el telescopio, y a la manera que se abarca una región entera desde la barquilla de un globo; pero pude reconocer la Galia, la Auvernia, Gergovia, el Puy de Dome, los volcanes apagados, y mi pensamiento se representó fácilmente la escena gala de que llegaba hasta mí una reducida imagen.

—Estamos a tal distancia de la Tierra — me dijo Urania,

— que la luz emplea para llegar desde allá hasta nosotros, el tiempo que nos separa de la época de Julio César. En este momento recibimos aquí los rayos luminosos que entonces partieron de tu planeta. Sin embargo, la luz recorre el espacio etéreo con la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, cosa rápida, muy rápida, pero que no es instantánea. Los astrónomos de la Tierra que observan ahora las estrellas situadas a la distancia en que nos encontramos nosotros, no las ven tales como son actualmente, sino como eran en el momento de partir de ellas los rayos luminosos que llegan allá en la actualidad, es decir, tales como eran hace dieciocho siglos.

Desde la Tierra — siguió diciendo, — y otro tanto ocurre en todos los puntos del espacio, se ven los astros como han sido y no como son. Mientras más lejana es la distancia a que se encuentran los mundos, más retrasados estamos en el conocimiento de su historia.

Vosotros observaréis con el mayor cuidado en el telescopio estrellas que ya no existen. Aun muchas de las que se distinguen a simple vista han desaparecido ya. Varias nebulosas, cuya substancia analizáis en el espectroscopio, se han convertido en soles. Algunas de las estrellas que conceptuáis más hermosas, están ahora apagadas y muertas: si pudierais acercaros a ellas, dejaríais de verlas.

La luz que emana de todos los soles que pueblan la inmensidad, la luz reflejada en el espacio por los mundos que todos esos soles iluminan, lleva consigo a través del cielo infinito las fotografías de todos los siglos, de todos los días y de todos los instantes. Cuando contempláis un astro, lo veis tal como era en el momento en que salió de él la fotografía que recibís, así como al oir una campana os llega el sonido que antes partierra de ella, y esto tanto más tarde cuanto más lejos de ella os encontráis.

De ahí resulta que la historia de todos los mundos vuela actualmente por el espacio, sin desaparecer nunca absolutamente, y que todos los acontecimientos pasados son indestructibles y están presentes en el seno de lo infinito.

La duración del Universo no tendrá fin. La Tierra acabará, y un día no será más que una tumba. Pero entonces habrá nuevos soles y nuevas tierras, nuevas primaveras y sonrisas, y la vida florecerá siempre en el Universo sin límites ni término.

He querido hacerte ver — continuó diciendo la Musa, después de un momento de pausa, — cómo es eterno el tiempo. Antes habías comprendido lo infinito del espacio y la grandeza

del Universo; tu viaje celeste ha terminado ya. Acerquémonos a la Tierra; regresa a tu patria.

En cuanto a ti — añadió, — conserva estos principios en el pensamiento: el estudio es la fuente del valer intelectual; no seas nunca pobre ni rico; guárdate de toda ambición como de toda servidumbre; sé independiente: la independencia es el más raro de los bienes y la primera condición de la dicha.

Urania hablaba con melodiosa y suave voz, pero la conmoción producida por todos estos cuadros extraordinarios había quebrantado mi cerebro de tal manera, que, por de pronto, fuí presa de gran temblor nervioso. Un escalofrío me pasó de la cabeza a los pies, y esto produjo probablemente mi súbito despertar, que se efectuó en medio de viva agitación... ¡ay! el delicioso viaje celeste había terminado.

Busqué en torno mío a Urania, pero no la vi. Un claro rayo de luna, que penetraba por la ventana de mi cuarto, iba a acariciar el fleco de una cortina y parecía dibujar vagamente las formas aéreas de mi celeste guía; pero no era más que un rayo de luna.

Cuando volví al día siguiente al Observatorio, mi primer impulso fué buscar un pretexto cualquiera para entrar en el gabinete del director y ver la encantadora Musa a quien debía tan magnífico ensueño.

¡El reloj de sobremesa había desaparecido!

En lugar suyo brillaba el busto de mármol blanco del ilustre astrónomo.

Busqué en otros cuartos, y con mil pretextos, hasta en las habitaciones particulares del director; pero no pude encontrar nada.

Así pasé varios días y aun semanas, buscándola siempre y sin encontrarla, ni siquiera saber qué había sido de ella.

Tenía yo un amigo, un confidente, de mi misma edad, aunque al parecer algo más viejo, por empezar ya a tener barba, pero enamorado también de lo ideal y quizá más soñador que yo todavía. Este joven era la única persona de todo el Observatorio con quien llegué a tener amistad íntima y nuestras alegrías y penas nos eran comunes. Teníamos los mismos gustos, las mismas ideas, los mismos sentimientos. Mi amigo comprendía mi admiración de adolescente por una estatua, la personificación que ésta había tomado en mi mente, y mi melancolía por haber perdido súbitamente mi querida Urania, en el momento mismo en que más apasionado de ella estaba. Más de

una vez habíamos admirado juntos los efectos de la luz sobre su celeste fisonomía; él sonreía al presenciar mis éxtasis, como hubiera podido hacerlo un hermano mayor, y me daba bromas, en ocasiones con gran vivacidad, sobre mi amor por un ídolo. Llamábame por esto Camilo Pigmalión, pero en el fondo, tan apasionado de la estatua estaba él como yo.

Este amigo que ¡ay! debía morir unos años más tarde en pleno florecimiento de la juventud, aquel buen Jorge Spero, talento eminente y gran corazón, cuyo recuerdo me será eternamente querido, era entonces secretario particular del director. En esta ocasión me dió una muestra de sincero cariño, de manera tan delicada como imprevista.

Al volver cierto día a mi casa, vi con estupefacción incrédula que el famoso reloj estaba encima de mi mesa, precisamente ante mis propios ojos.

Era ella, en efecto; mas, ¿cómo había llegado hasta allí? ¿De dónde y por dónde había venido?

No tardé en saber que el ilustre autor del descubrimiento de Neptuno lo había mandado a componer a casa de uno de los principales relojeros de París, y que habiendo recibido éste de China otro reloj astronómico de gran interés, propuso un cambio, que fué aceptado. Encargado Jorge Spero de arreglar este asunto, compró la obra de Pradier para regalármela en recuerdo de las lecciones de matemáticas que yo le había dado.

¡Con qué alegría volví a ver a mi Urania! ¡Con qué alegría sacié mi vista en su contemplación! Desde entonces no me ha abandonado nunca esta encantadora personificación de la Musa del Cielo. En mis horas de estudio tenía ante mí la hermosa estatua, pareciendo recordarme el discurso de la diosa, anunciarme los destinos de la astronomía, y dirigirme en mis adolescentes aspiraciones científicas. De entonces acá han podido seducirme, cautivar y turbar mis sentidos otras emociones más ardientes; pero nunca olvidaré el sentimiento ideal que la Musa de las Estrellas me había inspirado, ni el celeste viaje que con ella hice, ni los inesperados panoramas que desplegó ante mis miradas, ni las verdades que me reveló respecto de la extensión y la constitución del Universo, ni la dicha de que le soy deudor por haber inclinado definitivamente y para siempre, mi espíritu hacia las tranquilas contemplaciones de la Naturaleza y de la ciencia.

SEGUNDA PARTE

JORGE SPERO

I

LA VIDA

La ardiente luz de la tarde flotaba en la atmósfera como un prodigioso reflejo de oro. Desde las alturas de Passy se extendía la vista sobre la inmensa ciudad, que entonces merecía, con más motivo que nunca, ser denominada un mundo. La Exposición Universal de 1867 había reunido en el París imperial todos los atractivos y seducciones del siglo. Las flores de la civilización brillaban allí con los más vivos colores y se consumían en el ardor mismo de sus perfumes, moribundas en plena fiebre de adolescencia. Los Soberanos de Europa acababan de oir en la gran ciudad una marcha triunfal arrebatadora, la última de la monarquía; las ciencias, las artes, la industria sembraban con inagotable prodigalidad sus nuevas creaciones. Era aquello como un desvanecimiento, como una embriaguez general de los seres y de las cosas. Los regimientos marchaban con sus músicas al frente; por todas partes iban y venían rápidos carruajes; millones de hombres se agitaban en el polvo de las avenidas, de los muelles y de los boulevards; pero aquel polvo, dorado por los rayos del sol poniente, parecía una aureola que coronaba la espléndida ciudad. Los altos edificios, las cúpulas, las torres, los campanarios se encendían con los reflejos del astro inflamado; a lo lejos se oían sonidos de orquestas mezclados con un confuso murmullo de voces y de ruidos diversos, y aquella luminosa tarde, que terminaba un deslumbrador día de verano, dejaba en el alma un sentimiento de alegría, de satisfacción y de dicha. Había en todo aquello como una especie de resumen simbólico de las manifestaciones de la vitalidad de un gran pueblo, llegado al apogeo de su vida y de su fortuna.

En las alturas de Passy, donde nos encontramos, y desde

el mirador de un jardín suspendido, a la manera de los de Babilonia, sobre la perezosa corriente del Sena, dos personas contemplaban el ruidoso espectáculo, apoyadas en el antepecho de piedra. La agitada superficie del mar humano no llegaba hasta aquellos seres, más felices de su agradable soledad que todos los átomos del terrestre torbellino. Ambos se cernían sobre la gente vulgar y sobre aquella agitación, en la límpida atmósfera de su dicha. Sus espíritus pensaban y amaban sus corazones, o, para expresar mejor el mismo hecho, diremos que sus almas vivían.

La joven que ostentaba la temprana belleza de sus dieciocho primaveras, dejaba vagar su mirada soñadora por la apoteosis del sol poniente, sintiéndose dichosa de vivir, y más dichosa aún de amar. Ni por un instante pensaban en aquellos millones de entes humanos que se agitaban a sus pies; miraba, sin verlo, el ardiente disco del sol que desaparecía detrás de las nubes de púrpura de Occidente; respiraba el aire perfumado de las guirnaldas de rosas del jardín, y en todo su ser sentía la quietud de la dicha íntima, que entonaba en su corazón inefable cántico de amor. Su rubia cabellera envolvía su frente con una vaporosa aureola, cayendo luego en masas opulentas sobre su delicado y esbelto talle; sus ojos azules, rodeados de largas y negras pestañas, parecían un reflejo del cerúleo Firmamento; sus brazos y su cuello dejaban adivinar unas carnes blancas como la leche; sus mejillas y sus orejas, eran de rosados tonos; y el conjunto de su persona, recordaba un tanto las margaritas de los pintores del siglo XVIII, que nacían a una vida desconocida, de que no debían disfrutar mucho tiempo. Permanecía en pie; su compañero, que un momento antes rodeaba con el brazo su talle, mientras contemplaban juntos el panorama de París, oyendo al mismo tiempo los torrentes de armonía que difundía en los aires la música de la guardia imperial, se hallaba sentado ahora junto a ella. Sus ojos habían olvidado París y la puesta del Sol, para no ver más que a su encantadora amiga; sin notarlo, la contemplaba con extraña y suave fijeza, admirándola como si la hubiese visto por primera vez; su mirada, que no podía apartarse de aquel delicioso perfil, envolvíalo como si fuera una caricia magnética.

El joven estudiante permanecía absorto en esta contemplación. ¡Estudiante! ¿éralo todavía a los veinticinco años? Pero ¿acaso no lo somos siempre, y nuestro maestro de entonces, M. Chevreul, no seguía llamándose poco tiempo ha, cuando con-

taba ya ciento tres años, el decano de los estudiantes de Francia? Jorge Spero había terminado desde muy temprano los estudios del liceo, que sólo enseñan el método del trabajo, y continuaba profundizando con infatigable ardor los grandes problemas de las ciencias naturales. La astronomía era la que había apasionado por de pronto su ánimo. Entonces es cuando yo lo había conocido (según recordará el lector por el relato precedente) en el Observatorio de París, donde entró a la edad de dieciséis años, y donde se dió a conocer por una particularidad singular, la de no tener ambición ninguna, y de no desear ningún ascenso. Lo mismo a los dieciséis años que a los veinticinco, se creía en vísperas de su muerte, y por esto, sin duda, juzgaba que en realidad la vida pasa pronto, y que es superfluo desear nada que no sea la ciencia, superfluo todo cuanto no es la dicha de estudiar y de saber. Era poco comunicativo, si bien en el fondo su carácter recordaba el de un niño siempre alegre. Su boca, muy pequeña y de líneas muy puras, parecía sonreir si se miraban los ángulos de sus labios; de otro modo más bien tenía aspecto pensativo y aires de no dejar salir la palabra con facilidad. Sus ojos, cuyo color indeciso recordaba el azul verdoso del horizonte del mar y cambiaba con la luz y las emociones interiores, eran ordinariamente muy dulces; pero en ciertas circunstancias se hubiera podido creerlos inflamados por el fuego del relámpago, o fríos como el acero. La mirada era profunda, insondable a veces y hasta extraña y enigmática. La oreja, pequeña, presentaba un bello contorno; su lóbulo inferior se destacaba bien, quedando recogido y no colgante, lo cual es para los fisonomistas un indicio de agudeza de espíritu. La frente era ancha, aunque la cabeza fuese más bien pequeña, pero una hermosa cabellera de brillantes rizos la hacía aparecer más voluminosa. Su barba era fina, de color castaño, como sus cabellos, y ligeramente ondulada. De estatura mediana, el conjunto de su persona era elegante, de una elegancia nativa, cultivada sin pretensiones ni afectación.

Ninguno de nosotros, ni mis amigos ni yo, tuvimos nunca con él, en ninguna época, relaciones estrechas de compañerismo. Spero no se dejaba ver nunca en los días de licencia ni en las horas de recreo. Sumido constantemente en sus estudios, hubiérase creído que buscaba sin tregua ni descanso la piedra filosofal, la cuadratura del círculo o el movimiento perpetuo. Nunca le conocí amigo ninguno, como no fuese yo, y aún no estoy seguro de haber recibido todas sus confidencias. Por lo demás, quizá no hubiera nunca en su vida más acontecimiento íntimo que el que voy a referir, y del cual pude enterarme muy bien,

si no como confidente, a lo menos como testigo.

El problema del alma era la perpetua obsesión de su pensamiento. A veces se sumía en la investigación de lo desconocido con tal intensidad de acción cerebral, que de pronto sentía, debajo del cráneo un hormigueo, en el cual parecían aniquilarse todas sus facultades intelectuales. Esto le ocurría principalmente cuando, después de haber analizado por espacio de largo tiempo las condiciones de la inmortalidad, veía desaparecer de pronto ante sí la efímera vida actual, y abrirse, delante de su ser mental, la eternidad sin fin. Frente a ese espectáculo del alma en plena eternidad, quería saber; la vista de su cuerpo pálido y helado, envuelto en un sudario, extendido en un ataúd, abandonado en el fondo de una estrecha fosa, última y lúgubre morada, debajo de la hierba en que canta el grillo, no consternaba su pensamiento, tanto como la incertidumbre del porvenir. "¿Qué será de mí? ¿Qué de nosotros?" repetía, como si la idea fija en su cerebro se despertase a cada momento. Si morimos enteramente, ¡cuán inepta comedia es la vida, con sus luchas y sus esperanzas! Si somos mortales, ¿qué hacemos durante la interminable eternidad? ¿Dónde estaré yo dentro de cien años? ¿Dónde todos los habitantes actuales de la Tierra? ¿Dónde los de todos los mundos? ¡Morir para siempre y por siempre, no haber existido más que un momento, qué irrisión! ¿No valdría cien veces más no haber nacido? Pero si el destino es vivir eternamente, sin poder modificar nunca en nada la fatalidad que nos arrastra, teniendo siempre delante de nosotros la eternidad sin fin, ¿cómo soportar semejante estado? ¿Es acaso esa la suerte que nos espera?

Y si un día llegamos a cansarnos de la existencia ¿nos estará vedado huir de ella? ¿Nos estará vedado acabarla? ¡Pero esta crueldad sería más implacable aún que la de una vida efímera que se desvaneciera como el vuelo de un insecto en la brisa de la noche! ¿Para qué hemos nacido, pues? ¿para padecer de incertidumbre? ¿para ver que después de examinadas, no queda en pie ninguna de nuestras esperanzas? ¿para vivir como idiotas, si no pensamos, o si pensamos, como locos? ¡Y nos hablan de un "Dios todo bondad!" ¡Y hay religiones, sacerdotes, rabinos y bonzos! Pero la humanidad no es más que una raza de engañadores y de engañados. La religión vale tanto como la patria, y el sacerdote tanto como el soldado. Los hombres de todas las naciones están armados hasta los dientes, para asesinarse unos a otros como imbéciles. Y esto es lo mejor, lo más atinado que pueden hacer: esta es la más elocuente acción de gracias que pueden dirigir a la Naturaleza por el inepto regalo

que les ha hecho al darles la vida.

Yo procuraba calmar sus tormentos y sus inquietudes, pues me había creado para mi uso una filosofía que hasta cierto punto me bastaba:

—El temor de morir — le decía, — me parece absolutamente quimérico. No hay más que dos hipótesis posibles. Cuando nos dormimos cada noche, podemos no despertar al día siguiente, y, sin embargo, cuando esta idea se nos ocurre, no nos impide dormir. Digamos, pues: 1.°, o bien como todo acaba con la vida, no nos despertaremos absolutamente, en ninguna parte, y, en este caso, se trata de un sueño que no ha terminado, que durará eternamente, y del cual, por tanto, no sabremos nunca nada. O bien, 2.°, como el alma sobrevive al cuerpo, nos despertamos en otra parte para continuar nuestra actividad. En este caso, el despertar no puede ser temible: más bien debe ser encantador, puesto que toda existencia tiene su razón de ser en la Naturaleza y que toda criatura, la más ínfima, como la más noble, encuentra su dicha en el ejercicio de sus facultades.

Este razonamiento parecía tranquilizarlo. Pero las inquietudes de la duda no tardaban en presentarse de nuevo, punzantes como espinas. A veces se iba a vagar solo por los grandes cementerios parisienses, buscando entre las tumbas las alamedas más desiertas, escuchando el susurrar del viento en los árboles y el arrastrarse de las hojas secas en los senderos. A veces se alejaba por los alrededores de la gran ciudad, y se perdía a través de los bosques, hablándose a sí mismo por espacio de horas enteras. A veces también pasaba todo un largo día en su estudio de la plaza del Panteón, estudio que le servía al mismo tiempo de gabinete de trabajo, de cuarto de dormir y de salón de recibo, y allí se estaba hasta altas horas de la noche, disecando un cerebro traído de la clínica y estudiando con el microscopio la substancia gris.

La incertidumbre de las ciencias llamadas positivas y la brusca parada que su espíritu tenía que soportar en la solución de los distintos problemas, lo sumían entonces en violenta desesperación, y más de una vez lo encontré abatido, con los ojos brillantes y fijos, las manos quemando de calentura, el pulso agitado e intermitente. Y aun añadiré que, habiendo tenido que dejarlo en una de esas crisis, temí no encontrarlo vivo cuando pude volver a su lado a las cinco de la mañana. Junto a él tenía un vaso de cianuro de potasio, que quiso esconder al verme; pero luego cambió de idea, y me dijo con gran serenidad de alma, sonriendo ligeramente: "¿Para qué, si somos inmortales? Beberlo no conduciría a nada. Era sólo para saber la verdad más

pronto". Ese día me confesó que de pronto le había parecido que lo sujetaban de los cabellos y lo levantaban hasta el techo para dejarlo caer desde allí al suelo.

La indiferencia pública, en cuanto se refiere al gran problema del destino humano, cuestión que en su concepto era superior a todas las demás, por cuanto se trata de nuestra existencia o de nuestro aniquilamiento, tenía la virtud de exasperarlo en sumo grado. En todas partes sólo veía gentes preocupadas por los intereses materiales, absorbidas únicamente por la idea singular de "hacer dinero", que consagraban sus años, sus días, sus horas y sus minutos enteros a aquellos intereses, disfrazados con las más variadas formas, y en cambio no encontraba ningún ánimo libre, independiente, que viviese de la vida espiritual. Parecíale que a lo menos los seres pensantes podían, debían, sin desdeñar la vida del cuerpo, pues esto es imposible, no convertirse en esclavos de una organización tan grosera y consagrar sus mejores momentos a la vida intelectual.

En la época en que empieza este relato, Jorge Spero era ya célebre, y aun podría decirse ilustre, por haber publicado algunos trabajos científicos, originales, y haber escrito varias obras de elevada literatura, que dieron a conocer su nombre al mundo entero. A pesar de que no tenía aún veinticinco años, más de un millón de lectores habían leído sus libros, que, sin embargo, no fueron escritos para las multitudes, pero que tuvieron la suerte de ser bien acogidos, tanto por la mayoría ávida de instrucción, como por la minoría ilustrada. Así es que lo habían declarado fundador de una nueva escuela, y algunos críticos eminentes, que no le conocían personalmente ni sabían su edad, hablaban de "sus doctrinas".

¿Cómo es que este austero estudiante, que este singular filósofo se encontraba a los pies de una joven, en las horas de ponerse el sol, solo con ella, en el terrado de que acabamos de hablar? Los capítulos siguientes van a decíroslo.

II

LA APARICION

Su primer encuentro había sido verdaderamente extraño. El joven sabio, que era un apasionado admirador de las bellezas naturales, había emprendido el verano anterior un viaje a Noruega, con objeto de visitar aquellos fiords solitarios, donde penetra el mar, y aquellas montañas de nevadas cimas que alzan por encima de las nubes sus inmaculadas frentes; y, sobre

todo, para estudiar las auroras boreales, esa grandiosa manifestación de la vida de nuestro planeta. Yo le acompañé en ese viaje. Las puestas de sol detrás de los fiords tranquilos y profundos, sus salidas por encima de los montes, encantaban con emoción indecible su alma de artista y de poeta. Allí estuvimos más de un mes, estudiando la pintoresca región que se extiende desde Cristianía hasta los Alpes Escandinavos. Pues bien, Noruega era la patria de aquella hija del Norte, que debía ejercer tan rápida influencia sobre su corazón aún adormecido. Allí estaba ella, a unos cuantos pasos de Spero, sin que el azar, ese dios de los antiguos, se decidiera a ponerlos en presencia hasta el momento mismo de nuestra partida.

La luz de la mañana doraba las lejanas cimas. La joven noruega había sido llevada por su padre a uno de aquellos montes adonde tantos viajeros van, como al Righi de Suiza, para asistir a la salida del sol, que ese día fué maravillosa. Iclea se había alejado un tanto, completamente sola, yendo unos cuantos metros más allá hasta una pequeña altura aislada, con objeto de distinguir mejor ciertos detalles del paisaje, cuando al volverse, con la vista opuesta al sol, para abarcar el conjunto del horizonte, divisó, no en el monte ni en el suelo, sino en las mismas nubes, su imagen, su persona entera, que le fué muy fácil conocer. Su cabeza y sus hombros estaban rodeados por una aureola luminosa, como las glorias de los santos, y un gran círculo aéreo apenas teñido por los colores del arco iris, envolvía la misteriosa aparición.

Asombrada y conmovida por lo singular del espectáculo, e impresionada todavía por la espléndida salida del sol, no reparó de pronto en que otra figura, un perfil de cabeza masculina, acompañaba a la suya, hallándose, al parecer, inmóvil y en contemplación ante ella, como las estatuas de los santos que ponen en pie en las columnas de las iglesias. Ambas imágenes estaban rodeadas por el mismo círculo aéreo. Al encontrarse con aquel extraño perfil humano en los aires, Iclea creyó ser juguete de una ilusión fantástica, y en su asombro, hizo un gesto de sorpresa y casi de terror. Su figura aérea reprodujo el movimiento, y la joven vió entonces que el espectro del viajero llevaba la mano al sombrero y se descubría como para hacer un saludo celeste, no tardando después en perder la precisión de sus líneas y en desvanecerse, al mismo tiempo que su propia imagen.

La transfiguración del Monte Tabor, en que los discípulos de Jesús vieron de pronto la imagen del Maestro, acompañada por la de Moisés, y de Elías, no sumió a sus testigos presen-

ciales en estupefacción mayor que la sentida por la inocente virgen de Noruega, en presencia de aquella antelia, cuya teoría conocen todos los meteorólogos.

La aparición se fijó en las profundidades de su pensamiento como un maravilloso sueño. La joven había llamado a su padre, que estaba a corta distancia de ella, pero cuando éste llegó, todo había desaparecido. Preguntóle la explicación del fenómeno, sin lograr nada, como no fuera una duda y casi una negativa sobre su realidad. Aquel buen señor, oficial retirado del ejército, pertenecía a la categoría de escépticos distinguidos que niegan en redondo lo que ignoran o no comprenden. Y por más que la deliciosa niña le afirmara que acababa de ver su imagen en el Cielo — y al mismo tiempo la de un hombre que le parecía joven y de buen aspecto; — por más que le dió detalles de la aparición y agregó que las figuras tenían el aspecto de siluetas colosales, su padre declaró con autoridad y cierto empaque, que aquello era lo que se llama ilusiones de óptica, producidas por la imaginación cuando se ha dormido mal, sobre todo durante los años de la adolescencia.

Pero en la tarde de aquel mismo día, cuando nos embarcábamos para volver a Cristianía, noté que una joven de vaporosa cabellera miraba a mi amigo con aire de asombro y extrañeza. Estaba en el muelle, dando el brazo a su padre, inmóvil como la mujer de Lot, convertida en estatua de sal. Apenas estuvimos a bordo, llamé la atención de Jorge, quien volvió hacia aquella parte la cabeza. Entonces vi colorearse con súbito rubor las mejillas de la muchacha, que volvió rápidamente la cabeza para mirar una de las ruedas del buque, que empezaba a andar. No sé si Spero lo notó también. La verdad es que aquella mañana ni él ni yo habíamos visto nada del fenómeno aéreo, por lo menos en el momento en que la joven se encontró cerca de nosotros, y aún añadiré que no la vimos por ocultárnosla, sin duda, un grupo de árboles: nosotros mirábamos, sobre todo, hacia la parte de Oriente, absortos en la contemplación de la magnífica salida del sol... Sin embargo, Jorge saludó a Noruega, de donde se marchaba con disgusto, con el mismo gesto que empleara antes para rendir homenaje al sol levante, y la desconocida creyó que este saludo se dirigía a ella.

Dos meses más tarde, el Conde de K... recibía a multitud de personas con motivo de un triunfo que acababa de obtener su compatriota Cristina Nilson. La joven noruega y su padre, que habían venido a París con propósito de pasar en él parte del invierno, estaban en el número de los convidados, pues conocían desde hacía mucho tiempo al anfitrión, su compatriota.

En cuanto a nosotros, penetrábamos en aquel salón por primera vez; más aún, el convite lo debíamos a la publicación del último libro de Spero, que había obtenido extraordinario éxito. Soñadora y dada a pensar, instruída por la sólida educación de los países del Norte, ávida de saber, Iclea había leído y releído con curiosidad aquel libro, un tanto místico, en que el nuevo filósofo había expuesto las ansiedades de su alma poco satisfecha de los **Pensamientos** de Pascal. Añadiré que la joven noruega se había presentado, con fortuna, a los exámenes del diploma superior y que, renunciando al estudio de la medicina, que al principio pareció atraerla, empezaba a iniciarse con cierta curiosidad en los trabajos completamente nuevos de la fisiología psicológica.

Cuando anunciaron a Jorge Spero, le pareció que acababa de entrar un amigo desconocido, casi un confidente de su espíritu, y se estremeció, como si hubiese experimentado eléctrica sacudida. El, que frecuentaba poco la sociedad, que era tímido, que se sentía molesto en las reuniones de gentes desconocidas, y que no gustaba del baile, de la conversación ni del juego, había permanecido sentado en un mismo punto del salón, rodeado por unos cuantos amigos, sin fijarse para nada en los valses o las polkas, pero escuchando atentamente dos o tres obras maestras de la música moderna, interpretadas con mucho sentimiento. Así pasó la noche, sin que en aquella deslumbradora reunión se acercara ni siquiera un instante a Iclea, por más que se había fijado en ella, y que sólo para ella tuviera ojos. Más de una vez se habían encontrado sus miradas. Al fin, allá a las dos de la mañana, cuando la reunión tomaba carácter más íntimo, Spero se atrevió a acercarse a la joven, aunque sin dirigirle la palabra. Ella fué la que primero le habló para exponerle ciertas dudas sobre las conclusiones de su libro.

Halagado, y, más aún que halagado, sorprendido al saber que aquellas páginas de metafísica tenían una lectora de tan pocos años, el autor contestó con bastante torpeza y descortesía que semejantes estudios eran demasiado serios para una mujer. Ella replicó que las mujeres no se consagran exclusivamente al ejercicio de la coquetería, y que conocía a algunas que a veces pensaban, investigaban, trabajaban y estudiaban. Díjole esto con cierta animación, para defender a las mujeres contra el desdén científico de ciertos hombres, y afirmar sus aptitudes intelectuales. Por lo demás, no le fué fácil ganar un pleito en que no tenía ciertamente por adversario a su interlocutor.

Este nuevo libro, cuyo éxito había sido inmediato y muy

grande, a pesar de lo serio del asunto, había dado al nombre de Jorge Spero cierta celebridad; por esto en los salones acogían al joven escritor con viva simpatía. Los dos jóvenes empezaban apenas a hablar, cuando Spero se vió convertido en punto de mira de los amigos de la casa, que lo obligaron a contestar varias preguntas, interrumpiendo de este modo su plática con Iclea. Uno de los más eminentes críticos de la época había consagrado precisamente, por aquellos días, un largo artículo a la obra nueva, y el asunto del libro se convirtió de golpe en objeto de la conversación general. Iclea no tomó parte en ella; la joven sentía, y en esto no se engañan las mujeres, que el héroe de la fiesta se había fijado en ella, que sus pensamientos estaban enlazados por un hilo invisible y que al contestar las preguntas más o menos insignificantes que le dirigían, su espíritu se encaminaba por otros senderos. Este triunfo íntimo le bastaba; ningún otro podía serle más grato, pues en el perfil de Spero había reconocido la silueta misteriosa de la aparición aérea y al joven viajero del buque de Cristianía.

Spero no tardó en manifestar su entusiasmo por los maravillosos paisajes de la Noruega y en referirle su viaje. La niña ardía en deseos de oir una palabra, una alusión, por pequeña que fuese, al fenómeno aéreo que tanto la impresionara, y no comprendía el silencio y la discreción de su interlocutor. El, que no había observado la antelia en el momento en que la joven aparecía proyectada en la nube, no tenía por qué mostrarse sorprendido de un fenómeno que le era familiar, por haberlo observado muchas veces, en mejores condiciones, desde la barquilla de un globo aerostático. Tampoco le fué a la memoria el instante del embarque, y aunque le parecía haber visto antes aquella cabecita rubia, no podía precisar dónde ni cuándo. En cuanto a mí, la reconocí inmediatamente. Spero habló de los lagos, de los ríos, de los fiords y las montañas; supo que la madre de Iclea había muerto muy joven de una enfermedad del corazón, que su padre prefería la vida de París a la de todas las restantes ciudades, y que, probablemente, sólo de tarde en tarde, volverían a su patria.

Los dos jóvenes se hicieron en seguida grandes amigos; atraíanlos uno hacia otro la recíproca estimación, una vivísima simpatía, y la comunidad de ideas y de gustos. Ella, que había sido educada a la manera inglesa, gozaba de la independencia de espíritu y de la libertad de acción que las mujeres de Francia no conocen hasta después del matrimonio, y no se sentía contenida por ninguna de esas costumbres sociales que en nuestras naciones parecen destinadas a proteger la inocencia y la

virtud. Dos amigas suyas de la misma edad habían venido solas a París para terminar su educación musical, y vivían juntas, en plena Babilonia, tranquilas y seguras, sin notar los peligros de que se pretende que está llena la gran ciudad. La joven recibió las visitas de Jorge Spero, como hubiera podido recibirlas su padre, y unas cuantas semanas bastaron para que la afinidad de sus caracteres y de sus gustos, los asociasen en los mismos estudios, en los mismos trabajos, y, con frecuencia, en los mismos pensamientos. Casi todas las tardes, y como si una atracción secreta lo llamase, Spero se encaminaba desde el barrio latino hacia las orillas del Sena, que seguía hasta el Trocadero, y pasaba varias horas con Iclea, en la biblioteca o en el mirador del jardín, cuando no se iban a pasear juntos por el bosque de Boulogne.

En el alma de Iclea se había grabado profundamente la primera impresión producida por la aparición celeste. La joven consideraba a Spero, si no como un dios o como un héroe, a lo menos como un hombre superior a sus contemporáneos. La lectura de sus libros fortaleció esta impresión y hasta la aumentó, inspirándole más que admiración, verdadera veneración. Cuando lo conoció personalmente, el grande hombre no bajó de su pedestal. Le pareció tan eminente, tan trascendente en sus estudios, en sus trabajos e investigaciones, y al mismo tiempo tan sencillo, tan sincero, tan bueno e indulgente para con todos, y lo vió tratado con tal injusticia por algunos rivales, cuando ella, aprovechando todos los pretextos, pronunciaba su nombre, que acabó por amarlo con afecto casi maternal. ¿Existe acaso en el corazón de las jóvenes este sentimiento de cariño protector? Quizá sí; pero lo cierto es que Iclea empezó por amar a Jorge de esta manera. Me parece haber dicho antes que el fondo del carácter de este pensador era un tanto melancólico, con la melancolía del alma de que habla Pascal y que es como la nostalgia del Cielo. En efecto, su preocupación constante era la solución del eterno problema, el To be or not to be, SER O NO SER, de Hamlet. A veces se hubiera podido verlo triste, aterrado, casi hasta morir. Pero, por un singular contraste, cuando sus negros pensamientos se habían, por decirlo así, agotado y consumido en el trabajo intelectual; cuando el cerebro exhausto perdía la facultad de seguir vibrando, se producía en él una especie de reposo y de serenidad. Entonces la circulación de su sangre roja reanimaba la vida orgánica y el filósofo desaparecía para dejar el puesto libre a un verdadero niño, fácil de contentar, a quien todo y la más insignificante cosa divertían, dotado casi de gustos femeninos, apasionado por las flores, los perfumes y la música, y que en ocasiones asombraba por la indiferencia con que miraba las cosas.

III

TO BE OR NOT TO BE

Esta fase de su vida intelectual era precisamente la que había unido de manera tan íntima aquellas dos almas. Contenta de vivir en la flor de su primavera, vislumbrando apenas la luz de la vida, arpa que vibraba con todas las armonías de la Naturaleza, la hermosa criatura del Norte soñaba aún, en ocasiones, con los espíritus y las hadas de su clima y con los ángeles y misterios de la religión cristiana que mecieran su cuna; pero la piedad y la credulidad de sus primeros años no habían obscurecido su razón, y sabía pensar libremente, buscando de modo sincero la verdad, y lamentando, tal vez, no creer aún en el paraíso de los predicadores. Sin embargo, sentía imperiosos deseos de vivir eternamente, y la muerte le parecía una injusticia cruel. El recuerdo de su madre, extendida en el lecho de muerte, bella, con todo el esplendor de la belleza de treinta años, arrebatada del mundo en pleno florecimiento de las rosas para ser llevada a un cementerio verde y perfumado, lleno de cantos de pájaros, y borrada súbitamente del libro de los vivos mientras la Naturaleza entera seguía cantando, floreciendo y brillando; el recuerdo, decimos, de aquel rostro pálido, no se presentaba nunca en su memoria sin hacerla estremecerse de pies a cabeza. No, su madre no había muerto. No, ella tampoco moriría, ni a los treinta años ni más tarde. ¿Y él? ¡Morir él! ¿Acaso aquella sublime inteligencia iba a extinguirse porque la respiración o el corazón se parasen un momento? No, tal cosa no era posible. Los hombres se engañan y algún día se sabrá la verdad.

Ella también pensaba a veces en estos misterios, más bien bajo la forma estética y sentimental que bajo la científica, pero pensaba. Sus preguntas, sus dudas, el objetivo secreto de sus conversaciones, la razón de ese apego tan rápido a su amigo, todo esto reconocía como causa la inmensa sed de saber que sentía su alma. Tenía fe en Jorge por haber hallado ya en sus escritos la solución de gravísimos problemas. Aquéllos le habían dado a conocer el Universo, y este conocimiento resultaba más hermoso, más animado, mayor y más poético que los errores y las ilusiones antiguas. Desde el día en que oyó decir a su amigo que su vida no tenía más objeto que esta investigación de la realidad, la joven tenía por seguro que Spero averiguaría lo que deseaba, y su espíritu se apegaba y se enlazaba con el del sabio más enérgicamente aún que su corazón.

Ya hacía unos tres meses que vivían así, en completa comunidad intelectual, pasando cada tarde varias horas en la lectura de las memorias originales escritas en diversas lenguas sobre la filosofía científica, la teoría de los átomos, la física molecular, la química orgánica, la termodinámica y las distintas ciencias que tienen por fin el conocimiento del ser, disertando sobre las contradicciones reales o aparentes de las hipótesis, encontrando a veces, en los escritores puramente literarios, sorprendentes relaciones y coincidencias con los axiomas científicos, admirando las adivinaciones maravillosas de algunos grandes autores. Estas lecturas, trabajos y comparaciones les habían interesado principalmente por la eliminación que sus inteligencias, más ilustradas cada vez, les habían llevado a efectuar con las nueve décimas partes de los escritores, cuyas obras están desprovistas de todo saber, y de la mitad de la última décima parte, cuyos escritos sólo tienen valor muy superficial. Una vez que despejaron de esta manera el campo de la literatura, sintieron gran placer al quedarse reducidos a la poco numerosa sociedad de los espíritus superiores. Tal vez en esto había un ligero sentimiento de orgullo.

Un día se presentó Spero más temprano que de costumbre. **¡Eureka!** exclamó al llegar; pero temiendo haberse aventurado mucho, añadió: **Quizás...**

Y apoyándose en la chimenea, donde chisporroteaba un fuego muy vivo, mientras su compañera lo contemplaba con sus grandes ojos llenos de curiosidad, se puso a hablar con una especie de solemnidad inconsciente, como si conversara con su propio espíritu en un bosque solitario:

—Cuanto vemos no es más que apariencia. La realidad es distinta.

El Sol parece girar en torno de la Tierra, saliendo por la mañana y poniéndose por la tarde, mientras nuestro planeta parece inmóvil. La verdad es lo contrario. Vivimos sobre un proyectil giratorio, disparado en el espacio con velocidad setenta y cinco veces mayor que la de una bala de cañón.

Un armonioso concierto viene a encantar nuestros oídos. El sonido no existe, no es más que una impresión de nuestros sentidos, originada por vibraciones del aire, de cierta amplitud y de cierta velocidad, las cuales son en sí mismas silenciosas. Sin el cerebro y el nervio auditivo no habría sonidos. En realidad lo único que existe es el movimiento.

El arco iris extiende su círculo radioso, la rosa y el aciano

mojados por la lluvia brillan al sol, la verde pradera y el dorado surco dan variedad a la llanura con sus brillantes colores. Pero no hay colores, ni hay luz; lo que hay son ondulaciones del éter que ponen en vibración el nervio óptico. Apariencias engañadoras. El sol calienta y fecunda, la leña arde: pues bien, no hay calor; sólo hay sensaciones. El calor, lo mismo que la luz, no es más que un modo de movimiento. Movimientos invisibles, pero soberanos, supremos.

Aquí tengo una fuerte viga de hierro, de las que hoy se emplean tanto en las construcciones. La coloco en el aire, a diez metros de altura, sobre dos paredes, donde se apoyan sus extremos. No cabe duda que es fuerte: en su punto medio se ha colocado un peso de mil, de dos mil, de diez mil kilogramos y la viga no parece notar siquiera que soporta tan enorme peso; apenas se observa, valiéndose del nivel, una insignificante flexión. Sin embargo, esta viga está compuesta de moléculas que no se tocan, que están en perpetua vibración, que se alejan unas de otras bajo la influencia del calor, acercándose por la acción del frío. ¿Qué es lo que constituye la solidez de esta barra de hierro? ¿Sus átomos materiales? De seguro que no, pues ni siquiera se tocan. Esta solidez reside en la atracción molecular, o lo que es lo mismo, en una fuerza inmaterial.

Hablando en absoluto, el sólido no existe. Tomemos en nuestras manos una pesada bala de hierro. Esta bala se compone de moléculas invisibles, que no se tocan, las cuales están formadas a su vez por átomos que tampoco se tocan. De manera que la continuidad que la superficie de esta bala parece presentar y su aparente solidez, son puras ilusiones. Un espíritu que analizara su estructura íntima vería que la bala se reduce a un torbellino de moscas como las que revolotean en la atmósfera durante el verano. Por lo demás, calentemos esta bala que nos parece sólida, y la veremos convertirse en un chorro líquido; calentémosla más, y entonces se evaporará, sin por esto cambiar de naturauleza; líquido o gas, siempre será hierro.

En este momento estamos en una casa. Esas paredes, esos pisos, esas alfombras, estos muebles, esta chimenea de mármol, están compuestas de moléculas que tampoco se tocan, y esas moléculas de los cuerpos se encuentran en movimiento de circulación unas alrededor de otras.

Nuestro cuerpo se encuentra en el mismo caso, pues está formado por una perpetua circulación de moléculas; es una llama que se consume y se renueva incesantemente; es un río en

cuya orilla va uno a sentarse creyendo ver siempre la misma agua, y en el cual la corriente perpetua de las cosas lleva agua constantemente renovada.

Cada glóbulo de nuestra sangre es un mundo (y tenemos cinco millones de ellos por milímetro cúbico). En nuestras arterias como en nuestras venas, en nuestra carne como en nuestro cerebro, todo circula, todo anda, sucesivamente, sin tregua ni descanso, precipitándose en un torbellino vital tan rápido proporcionalmente como el de los cuerpos celestes. Nuestro cerebro, nuestro cráneo, nuestros ojos, nuestros nervios y nuestra carne se renuevan molécula por molécula, constantemente y con tal rapidez, que el cuerpo humano queda reconstituído por completo al cabo de unos cuantos meses.

Fundándose en consideraciones moleculares se ha calculado que en una minúscula gota de agua proyectada con la punta de un alfiler, la cual es invisible a simple vista, pues mide apenas un milésimo de milímetro cúbico, hay más de doscientos veinticinco millones de moléculas.

En una cabeza de alfiler hay nada menos que ocho sextillones de átomos, o sean ocho mil millones de miles de millón, y estos átomos están separados unos de otros por distancias mucho mayores que sus propias dimensiones; éstas son, por lo demás, invisibles, aun cuando se las examine con el más poderoso microscopio. Si se quisiera contar el número de estos átomos contenidos en una cabeza de alfiler, separando de ella, por medio del pensamiento, mil millones de aquéllos por segundo, sería preciso continuar esta operación durante doscientos cincuenta y tres mil años para poder terminarla.

En una gota de agua y en una cabeza de alfiler hay muchísimos más átomos, sin comparación posible, que estrellas en todo el cielo conocido de los astrónomos armados con sus más poderosos telescopios.

¿Quién sostiene a la Tierra, al Sol y a todos los astros del Universo en el espacio eterno? ¿Quién sostiene esta larga viga de hierro apoyada en dos paredes, y sobre la cual se van a edificar varios pisos? ¿Quién mantiene la forma de todos los cuerpos? La Fuerza.

El mundo, las cosas y los seres, cuanto nosotros vemos está formado de átomos invisibles e imponderables. El Universo

es un dinamismo. Dios es el alma universal: **in eo vivimus, movemur et sumus.**

¡Así como el alma es la fuerza que mueve el cuerpo, así el ser infinito es la fuerza que mueve al cosmos! La teoría puramente mecánica del Universo es incompleta para el analizador que va al fondo de las cosas. La **voluntad** humana es ciertamente poca cosa respecto de las fuerzas cósmicas. Sin embargo, con enviar un tren de París a Marsella, o un navío de Marsella a Suez, hago libremente que cambie de sitio una parte infinitesimal de la masa terrestre y modifico el curso de la Luna. Ciegos del siglo XIX, volved al cisne de Mantua: **Mens agitat molem.**

Si diseco la materia encuentro, en el fondo de todo, el átomo invisible: la materia desaparece, se convierte en humo. Si mi vista tuviera el poder de penetrar la realidad, vería, a través de las paredes, que están constituídas por moléculas separadas, y a través de los cuerpos, que son torbellinos de átomos. Nuestros ojos de carne no ven lo que es. Con los que hay que mirar es con los del espíritu. No nos fiemos del simple testimonio de nuestros sentidos: durante el día hay sobre nuestras cabezas tantas estrellas como por la noche.

En la Naturaleza no existe astronomía, ni física, ni química, ni mecánica: estas ciencias son puramente métodos subjetivos de observación. No hay más que una unidad. Lo infinitamente grande es idéntico a lo infinitamente pequeño. El espacio es infinito sin ser grande. La duración es eterna sin ser larga. Estrellas y átomos son lo mismo.

El Universo está constituído por la fuerza invisible, imponderable, inmaterial, que mueve los átomos. Si uno solo de éstos dejara de ser impulsado por la fuerza, el Universo se pararía. La Tierra gira alrededor del Sol, el Sol gravita en torno de un foco sideral, que es movible a su vez; los millones, los miles de millones de soles que pueblan el Universo, corren más de prisa que los proyectiles de la artillería; esas estrellas, que nos parecen inmóviles, son soles lanzados en el vacío eterno con la velocidad de diez, veinte, treinta millones de kilómetros por día, todos los cuales, soles, planetas, tierras, satélites, cometas vagabundos, se dirigen hacia un fin ignorado; el punto fijo, el centro de gravedad buscado por el que analiza, huye a medida que se va en pos suyo y no existe realmente en ninguna parte. Los átomos que constituyen los cuerpos se mueven relativamente tan de prisa como las estrellas en el Cielo. El movimiento rige todo, da forma a todo.

A su vez el átomo no es una materia inerte, sino un centro de fuerza.

Lo que constituye esencialmente el ser humano, lo que lo organiza, no es su substancia material; no es el protoplasma, ni la celda, ni esas maravillosas y fecundas asociaciones del carbono con el hidrógeno, el oxígeno y el nitrógeno: es la **Fuerza** anímica, invisible, inmaterial. Esta es la que agrupa, dirige y mantiene asociadas las innumerables moléculas que componen la admirable armonía del cuerpo vivo.

La materia y la energía no han sido vistas nunca separadas; la existencia de una, implica la de la otra; tal vez hay entre ambas identidad substancial.

Nada importa que el cuerpo se desagregue de pronto después de la muerte, según lo hace poco a poco, renovándose perpetuamente durante la vida. El alma subsiste. **El átomo psíquico organizador es el centro de esta fuerza**. También él es indestructible.

Lo que vemos es engañador. LO REAL ES LO INVISIBLE.

Una vez terminado este discurso se puso a andar a grandes pasos. La joven lo había escuchado como se oye a un apóstol, a un apóstol adorado, y aunque Jorge no hubiese en realidad hablado más que para ella, ni siquiera había parecido darse cuenta de su presencia, tan silenciosa e inmóvil había permanecido. Iclea se acercó a su amigo y tomando entre las suyas una de sus manos, le dijo con entusiasmo:—¡Oh, si acaso no has alcanzado aún la Verdad, ten por seguro que sabrás descubrirla.

Y luego, animándose a su vez y aludiendo a una reserva hecha muchas veces por Spero, añadió:—Crees que el hombre terrestre no puede llegar a poseer la verdad porque no tenemos más que cinco sentidos, lo cual es causa de que multitud de manifestaciones naturales permanezcan extrañas a nuestro espíritu, que carece de medios para percibirlas. Así como no veríamos si estuviésemos privados del nervio óptico; así como no oiríamos si careciéramos de nervio acústico, etc., así quedan desconocidas para nosotros las vibraciones, las manifestaciones de la fuerza que pasan por entre las cuerdas de nuestro instrumento orgánico sin hacerlas vibrar. Lo admito y reconozco contigo que los habitantes de ciertos mundos pueden ser mucho menos imperfectos que nosotros. Pero me parece que, aunque eres habitante de la Tierra, has hallado lo que buscabas.

—Queridísima mía — replicó Jorge, sentándose junto a ella

en el diván de la biblioteca, — es cierto que nuestra arpa terrestre está falta de cuerdas, y que un habitante del sistema de Sirio se burlaría de nuestras pretensiones. El pedazo de hierro imantado más insignificante, es más inteligente que Newton y que Leibnitz para descubrir el polo magnético, y la golondrina conoce mejor que Colón y que Magallanes las variaciones de latitud. ¿Qué he dicho hace un momento? Que las apariencias son engañadoras y que nuestro espíritu debe penetrar a través de la materia hasta llegar a la fuerza invisible. Esto es lo que sé de más cierto. La materia no es lo que parece, y ningún hombre conocedor de los progresos de las ciencias positivas podría declararse hoy materialista.

—De modo — replicó Iclea, — que según esto el átomo psíquico cerebral, principio del organismo humano, debe ser inmortal, como lo son por lo demás todos los átomos, si hemos de creer los principios fundamentales de la química. Mas este difiere de los otros en categoría por estar adherida a él nuestra alma. ¿Y crees que conserva conciencia de su vida? ¿Será comparable el alma a una substancia eléctrica? Recuerdo haber visto una vez pasar el rayo por un salón y apagar todas las luces. Cuando volvieron a encenderlas, se observó que el reloj de sobremesa había sido desdorado, y dorada, por el contrario, en muchos puntos, la araña de plata cincelada. Esta es una fuerza sutil.

—No hagamos comparaciones, que darían todas idea muy errónea de la realidad. Sabemos que morimos, pero no lo creemos. ¿Cómo podríamos creerlo? ¿Cómo podríamos comprender la muerte, que es un cambio de estado de lo conocido a lo desconocido, de lo visible a lo invisible? No cabe dudar que el alma existe como fuerza. Podemos admitir que forma un todo único con el átomo cerebral organizador, y de este modo concebimos que sobreviva a la disolución del cuerpo.

—¿Pero qué es de ella? ¿Adónde va?

—La mayor parte de las almas no tienen conciencia ninguna de su propia existencia. De los mil cuatrocientos millones de seres humanos que pueblan nuestro planeta, mil trescientos ochenta y seis piensan apenas. ¿Qué harían esos de la inmortalidad, gran Dios? Así como la molécula de hierro flota, sin saberlo, en la sangre que late en las sienes de Lamartine y de Víctor Hugo, o permanece fija durante un tiempo en la espada de César; así como la molécula de hidrógeno brilla en el gas del salón de descanso de la Opera, o se sumerge en la gota de agua que el pez se traga en el obscuro fondo de los mares, así dormitan los átomos vivientes que nunca han pensado.

Las almas que piensan son las que realmente pertenecen a la vida intelectual. Estas conservan el *patrimonio de la humanidad* y lo aumentan para el porvenir. Sin esta inmortalidad de las almas humanas que tienen conciencia de su vida, la historia entera de la Tierra debería acabar en la nada, y la creación entera, lo mismo la de los mundos más sublimes que la de nuestro ínfimo planeta, sería una engañadora decepción, más miserable y absurda que el escremento de una lombriz de tierra. ¡Esta tiene su razón de ser y no la tendría el Universo! ¿Puedes imaginarte los miles de millones de mundos que han alcanzado los esplendores de la vida y del pensamiento para sucederse eternamente en la historia del universo sideral, y que sólo lograrían originar esperanzas perpetuamente frustradas y grandezas siempre destruídas? Por humildes que nos creamos, no podemos admitir que el objetivo del progreso eterno, demostrado en la historia de la Naturaleza, sea la nada. Ahora bien, las almas son las simientes de las humanidades planetarias.

—¿Acaso pueden trasladarse de un mundo a otro?

—Nada es tan difícil de comprender como lo que se ignora; nada es más sencillo que lo que se sabe. ¿Quién se asombra hoy de ver el telégrafo eléctrico llevar instantáneamente el pensamiento a través de los continentes y de los mares? ¿Quién se extraña al observar que la atracción lunar eleva las aguas del Océano y produce las mareas? ¿Quién se admira de que la luz se transporte de un astro a otro con la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo? Por lo demás, únicamente los pensadores podrían estimar en lo que valen esas maravillas; el vulgo no se asombra de nada. Si mañana se efectuara un descubrimiento que permitiese dirigir señales a los habitantes de Marte y recibir sus respuestas, las tres cuartas partes de los hombres no manifestarían ninguna sorpresa.

Sí, las fuerzas anímicas pueden transportarse de un mundo a otro, no siempre ni a todas partes seguramente, ni tampoco todas. En esto hay leyes y condiciones. Mi voluntad puede levantar mi brazo y lanzar una piedra con ayuda de mis músculos; si tomo un peso de veinte kilogramos, aun podré levantar mi brazo; pero con mil, ya será imposible. Ciertos espíritus son incapaces de toda actividad; otros han adquirido facultades trascendentes. A los seis años imponía Mozart a sus auditores el poder de su genio músico, y a los ocho publicaba sus dos primeras colecciones de sonatas, mientras que el mayor dramático que ha existido, Shakespeare, no había escrito todavía a los treinta años ninguna obra digna de su futura gloria. No hay que creer que el alma pertenece a algún mundo sobrenatural.

Todo está en la Naturaleza. Apenas hace unos cien mil años que la humanidad terrestre ha surgido de la crisálida animal; durante la larga serie de los períodos primario, secundario y terciario, esto es, por espacio de millones de años, no existía en la Tierra ni una sola inteligencia que apreciara aquellos grandiosos espectáculos, ni una sola mirada humana que los contemplara. El progreso ha ido elevando lentamente las almas inferiores de las plantas y de los animales; el hombre es muy reciente en el planeta. La Naturaleza vive en progreso constante; el Universo es un perpetuo futuro; la ascensión es la ley suprema.

No todos los mundos — siguió diciendo Spero, — están habitados actualmente. Unos se encuentran en su aurora, otros en su crepúsculo. Por ejemplo: en nuestro sistema solar, Marte, Venus, Saturno y varios de sus satélites, parecen hallarse en plena actividad vital; Júpiter no ha salido aún probablemente de su período primario; la Luna no conserva, quizás, ya ningún habitante. Nuestra época no tiene en la historia general del Universo más importancia que nuestro hormiguero en lo infinito. En toda la eternidad, y antes de la existencia de la Tierra, ha habido mundos poblados de humanidades. Cuando nuestro planeta exhale el postrer suspiro, cuando la última familia humana se duerma con eterno sueño a orillas de la última llanura del helado Océano, seguirán brillando siempre en el infinito soles innumerables, y siempre habrá mañanas y tardes, primaveras y flores, esperanzas y alegrías. Existirán otros soles, otras tierras, otras humanidades. El espacio sin límites está poblado de tumbas y de cunas. Pero el objetivo final de la creación son y serán la vida, el pensamiento, el progreso eterno.

La Tierra es satélite de una estrella. Hoy, y lo mismo en lo futuro, somos y seremos ciudadanos del Cielo. Sepámoslo o no, la verdad es que vivimos en las estrellas.

Así conversaban los dos amigos sobre los graves problemas que preocupaban sus pensamientos. Cuando obtenían una solución, por más que fuera incompleta, de estos problemas, sentían verdadero contento por haber dado un paso más en la investigación de lo desconocido, y luego hablaban con mayor tranquilidad de las cosas ordinarias de la vida. Eran dos espíritus igualmente ansiosos de saber, y que en el fervor de su juventud creían poder aislarse del mundo, dominar las impresiones humanas y alcanzar en su celeste vuelo la estrella de la verdad, que centelleaba sobre sus cabezas, en las profundidades de lo infinito.

IV

AMOR

Pero en esta vida de dos faltaba algo, a pesar de lo íntima y encantadora que era. Aquellas conversaciones sobre los formidables problemas del ser y del no ser, la comunicación mutua de sus respectivas ideas sobre el análisis de la humanidad, las disquisiciones sobre el objetivo final de la existencia de las cosas, las contemplaciones astronómicas y las cuestiones que de ellas surgen, bastaban a satisfacer en ocasiones sus espíritus, pero no sus corazones. Cuando habían hablado largamente, sentados uno junto a otro, ya debajo del cobertizo del jardín, que dominaba el panorama de la gran ciudad, ya en la silenciosa biblioteca, el estudiante, el trabajador, no podía separarse de su compañera, y ambos permanecían entonces con las manos enlazadas, sin hablar, atraídos y retenidos por una fuerza avasalladora. Al separarse sentían en el pecho un vacío singular, doloroso, un malestar indefinible, como si se hubiese roto algún lazo necesario a su vida mutua y no vivían hasta que no se volvían a ver. El la amaba, no para sí, sino por ella, con afecto casi impersonal, con un sentimiento profundo de estimación y de ardiente amor, y había sabido resistir a sus pasiones por un combate constante contra las atracciones de la carne. Pero un día en que, sentados uno junto a otro, en el gran diván de la biblioteca, lleno, según costumbre, de libros y papeles, permanecían silenciosos, sucedió que la cabeza del joven autor, demasiado recargada con el peso de los esfuerzos realizados desde hacía tanto tiempo para resistir a una atracción irresistible, se inclinó insensiblemente sobre los hombros de su compañera y que... sus bocas se encontraron casi inmediatamente...

... ...

¡Oh dichas indescriptibles del amor correspondido! ¡Embriaguez insaciable del ser sediento de felicidad, transportes sin fin de la imaginación no domada, suave música de los corazones; a qué alturas etéreas sabéis elevar las almas que se abandonan a vuestros goces supremos! Entonces ellas olvidan súbitamente la tierra inferior y vuelan rápidamente hacia los paraísos encantados, perdiéndose en las profundidades celestes y cerniéndose en las sublimes regiones del eterno deleite. El mundo con sus miserias y sus comedias deja de existir para esas almas que viven en la luz y en el fuego, como salamandras o fénix, desprovistas de todo peso, ligeras como la llama, consumiéndose

y renaciendo de sus propias cenizas, siempre luminosas, siempre ardientes, invulnerables e invencibles.

La expansión tanto tiempo contenida de aquellos primeros transportes, sumió a ambos amantes en vida de éxtasis que les hizo olvidar la metafísica y sus problemas. Este período duró seis meses. El más dulce pero al mismo tiempo más imperioso de los sentimientos había venido a completar en ellos las insuficientes satisfacciones intelectuales del espíritu, absorbiéndolos por completo, anonadándolos casi. A partir del día del beso, Jorge Spero desapareció completamente de la escena del mundo y cesó de escribir, llegando hasta dejar de venir a verme, no obstante la prolongada y real amistad que me había demostrado. Un lógico hubiera podido deducir de esta conducta que al fin estaba satisfecho por haber hallado la solución del gran problema, el objeto supremo de la existencia de los seres.

Ambos vivían en aquel egoísmo de dos que, al alejar de nuestro centro visual a la humanidad, disminuye sus defectos y la hace aparecer más amable y hermosa. Satisfechos con su mutuo afecto, todo cantaba en torno suyo, en la Naturaleza y la humanidad, un perpetuo cántico de dicha y de amor.

Al caer de la tarde iban a pasearse con frecuencia por las orillas del Sena para contemplar, mientras daban rienda suelta a sus ensueños, los maravillosos efectos de luz y de sombra que se observan en el cielo de París, tan admirable en la hora del crepúsculo, cuando las siluetas de las torres y de los palacios se proyectan con negras líneas sobre el fondo luminoso de Occidente. Las nubes rosadas y purpurinas, que el reflejo lejano del mar donde brilla el sol desaparecido ilumina, dan a nuestro cielo un carácter especial que no es el de Nápoles, bañado occidentalmente por el espejo del Mediterráneo, pero que quizás supera al de Venecia, cuya iluminación es oriental y de color más claro. Ya los condujesen sus pasos hacia la antigua isla de Francia, ya descendieran río abajo, pasando frente a Nuestra Señora y el antiguo Chatelet, que destacaba su negra silueta ante el cielo todavía luminoso, ya se encaminaran, atraídos por el brillo de la puesta del sol y de la campiña, hasta pasar el recinto fortificado de la gran ciudad, para perderse en las soledades de Boulogne y de Billancourt, que las negras colinas de Meudón y de Saint-Cloud terminan; a donde quiera que se dirigían iban contemplando la Naturaleza, sin recordar la ruidosa población que dejaban a su espalda. Andaban con paso igual, unidos como si formasen un solo ser, recibiendo al mismo tiempo las mismas impresiones, pensando los mismos pensamientos y hablando el mismo mudo lenguaje. El río corría a

sus pies, los ruidos de la tarde se extinguían y en el cielo brillaban las primeras estrellas. Iclea decía siempre a Jorge sus nombres a medida que aparecían.

Las veladas de marzo y abril son a veces en París bastante suaves, como si en ellas circularan las primeras templadas brisas de la primavera. Las brillantes estrellas de Orión, el brillante Sirio, los Gemelos, Cástor y Pólux centellean en el inmenso cielo; las Pléyades se inclinan hacia el horizonte occidental, pero Arcturo y el Boyero, pastor de los ganados celestes, vuelven a presentarse y unas cuantas horas más tarde la blanca y resplandeciente Vega se alza en el horizonte oriental, seguida al cabo de poco tiempo por la Vía láctea. El dorado Arcturo era siempre la primera estrella divisada, por su agudo brillo y por hallarse en la prolongación de la Osa Mayor. En ocasiones la media luna se cernía en el cielo occidental y la joven admiraba en sus contemplaciones, como Ruth junto a Booz, "aquella hoz de oro en el campo de las estrellas".

Las estrellas rodean la Tierra; este planeta está en el cielo. Spero y su compañera lo comprendían perfectamente, y tal vez en ninguna tierra celeste había dos enamorados que viviesen más íntimamente que ellos en el cielo y en lo infinito.

Sin embargo, insensiblemente, y tal vez sin darse cuenta de esto, el joven filósofo continuó de manera gradual y por fragmentos sus interrumpidos estudios, mas ahora analizaba las cosas con un profundo sentimiento de optimismo que antes le era desconocido a pesar de su natural bondad; eliminaba las conclusiones crueles, porque le parecían debidas a un conocimiento incompleto de las causas, y contemplaba bajo nuevos aspectos los panoramas de la Naturaleza y de la humanidad. Ella también continuó, a lo menos parcialmente, los estudios que habían empezado juntos, pero un nuevo e inmenso sentimiento llenaba su alma, y su espíritu no poseía la misma libertad para el trabajo intelectual. Absorta en su amor de cada momento por un ser que le pertenecía enteramente, no veía ni hacía nada más que por él. Durante las tranquilas horas de la tarde, cuando Iclea se sentaba al piano, fuera para tocar una sonata de Chopin, que se admiraba de no haber comprendido antes de amar, fuera para acompañarse al cantar con su voz pura los lieders noruegos de Griez y de Bull, o las melodías de nuestro Gounod, parecíale, tal vez sin comprenderlo, que su adorado era el único oyente capaz de saborear aquellas inspiraciones de su alma. ¡Qué horas tan deliciosas pasó Jorge en la ancha biblioteca de la casa de Passy, echado en un diván, siguiendo en ocasiones con la mirada las caprichosas espirales del humo de un

biérase dicho que proyectaban de mala gana su débil luz. Yo las miraba estupefacto. Lo más extraño quizás, más todavía que el espectáculo en conjunto, era que la luna occidental, tres veces mayor que su compañera del Este, aunque cinco veces menos ancha que nuestra luna terrestre, andaba en el cielo con movimiento fácil de distinguir a simple vista, corriendo velozmente de derecha a izquierda para ir a juntarse en el Oriente con su celeste hermana.

En los últimos resplandores del poniente, que fenecía se divisaba otra luna, o mejor dicho, una brillante estrella. Era más pequeña que el menor de los satélites y no presentaba disco sensible, pero su luz deslumbraba. Cerníase en el cielo de la tarde, como Venus en el nuestro, cuando en los días de su más espléndido brillo "el lucero verpestino" reina como soberano sobre las indolentes veladas de la soñadora y tierna primavera. En los cielos iban encendiéndose ya las estrellas más brillantes; distinguíanse Arcturo, de áureos reflejos, Vega, tan blanca y pura, los siete astros del Septentrión y varias constelaciones zodiacales. La estrella de la tarde, la nueva Vésper, centelleaba entonces en Piscis. Después de haber estudiado algunos instantes su situación en el cielo, de haberme orientado por medio de las constelaciones, de haber examinado los satélites y pensado en la ligereza de mi propio peso, no tardé en convencerme de que me encontraba en el planeta Marte, y que aquel encantador lucero de la tarde era... la Tierra.

Mis ojos se fijaron en ella, impregnados del melancólico sentimiento de amor que oprime nuestro corazón cuando el pensamiento vuela a dar con un ser querido de que una cruel distancia nos separa. Contemplé mucho tiempo esta patria donde se mezclan y chocan en las fluctuaciones de la vida tantos sentimientos diversos, y exclamé:

"¡Cuán lamentable es que los innumerables seres humanos
" que habitan en esa pequeña morada no sepan dónde están!
" ¡Qué encantadora es la minúscula Tierra, iluminada como en
" este momento por el Sol, con su luna más microscópica to-
" davía, que parece a su lado un simple punto! Sostenida en lo
" invisible por las divinas leyes de la atracción, átomo flotante
" en la inmensa armonía de lòs cielos, la Tierra ocupa su pues-
" to y se cierne en lo alto como una isla angélica, pero sus
" habitantes lo ignoran. ¡Qué singular humanidad! Su mundo
" le ha parecido demasiado grande y por esto se ha dividido
" en rebaños que pasan su tiempo en fusilarse unos a otros. En

" esta isla celeste hay tantos soldados como habitantes. Todos
" se han armado allí unos contra otros, cuando tan sencillo hu-
" buiera sido vivir tranquilos, y les parece glorioso cambiar de
" tiempo en tiempo los nombres de los países y el color de las
" banderas. Tal es la ocupación favorita de las naciones y la
" educación primordial de los ciudadanos. Fuera de esto, em-
" plean su existencia en adorar la materia, desdeñan el mérito
" intelectual, consideran con indiferencia los más maravillosos
" problemas de la creación y viven sin fin ni objeto. ¡Qué lás-
" tima! Un habitante de París que no hubiese oído pronunciar
" nunca el nombre de esta ciudad ni el de la Francia, no sería
" más extranjero que aquellos lo son en su propia patria. ¡Ah!
" si pudieran ver la Tierra desde aquí, ¡con cuánto placer vol-
" verían a ella y cuán mortificadas quedarían todas sus ideas,
" generales y particulares! En este caso conocerían por lo me-
" nos el país donde habitan; así empezarían y más tarde estu-
" diarían progresivamente las realidades sublimes que los ro-
" dean, en vez de agitarse en una neblina inacabable, y pronto
" vivirían la vida verdadera, la vida intelectual".

—"¡Cuán bien la trata! Diríase en verdad que ha dejado algún amigo en aquel presidio!"

Yo no había pronunciado ni una palabra, y, sin embargo, oí distintamente la frase anterior, que parecía contestar a mi conversación íntima. Dos habitantes de Marte me miraban, y me habían comprendido en virtud del sexto sentido de la percepción magnética de que he hablado antes. Quedé sorprendido y, ¿por qué no decirlo? molesto al oir aquel apóstrofe: "¡Después de todo — pensé, — amo la Tierra, porque es mi
" país y yo tengo patriotismo!"

Mis dos vecinos se echaron de esta vez a reir a un mismo tiempo.

—Sí — contestó uno de ellos con inesperado tono de bondad, — usted tiene patriotismo. Ya se ve que viene de la Tierra.

Y el más viejo agregó:

—Deje usted allá a sus compatriotas, que nunca serán ni más inteligentes ni menos ciegos que hoy. Hace ya ochenta mil años que están así. Y, según usted mismo confiesa, aún no son capaces de pensar... Realmente, nos causa usted admiración cuando mira la Tierra con ojos tan tiernos. Eso es demasiada sencillez.

¿No habéis encontrado nunca en vuestro camino, lectores

amigos, algunos de esos hombres penetrados de imperturbable orgullo, que se creen sincera e inquebrantablemente superiores al resto del mundo? Cuando esos arrogantes personajes se ven frente a frente de una superioridad, ésta les es instantáneamente antipática y no pueden aguantarla. Pues bien, mientras pronunciaba el ditirambo que antecede (y del cual no os he dado sino una traducción atenuada), sentíame yo muy superior a la humanidad terrestre, puesto que le tenía lástima y que deseaba para ella mejores días. Pero cuando aquellos dos habitantes de Marte parecieron compadecerse de mí a su vez, y cuando creí notar en ellos cierta fría superioridad respecto de mí, me convertí por un momento en uno de aquellos necios orgullosos. Mi sangre se sublevó, y si bien me contuve por un resto de cortesía, abrí la boca para decirles:

—Después de todo, caballeros, los habitantes de la Tierra no son tan necios como parecen creerlos ustedes y valen tal vez más que los de aquí.

Por desgracia, ni siquiera me dejaron empezar mi frase, puesto que la habían adivinado mientras se formaba, y esto gracias a las vibraciones de las celdas de mi cerebro.

—Permítame usted decirle sin tardanza — exclamó el más joven, — que su planeta se echó a perder hace unos diez mil años por efecto de una circunstancia fortuita. Fué en el período primario del género terrestre. Ya había allí plantas, algunas admirables, y tanto en el fondo de los mares como en sus orillas, aparecían los primeros animales, los moluscos sin cabeza, sordos, mudos y desprovistos de sexo. Usted sabe que la respiración basta a los árboles para su alimentación completa, y que sus más robustos robles, sus cedros más gigantescos no han comido nunca nada, lo cual no les ha impedido crecer. Bástales respirar. La desgracia, la fatalidad quiso que un molusco primitivo tuviese el cuerpo atravesado por una gota de agua más densa que el medio ambiente. Quizá la encontró de su gusto. En todo caso, este fué el origen del primer tubo digestivo, que debía ejercer tan funesta acción sobre las especies animales todas, y más tarde sobre la misma humanidad. El primer asesino fué el molusco que comió.

Aquí no comemos, ni se ha comido nunca, ni se comerá jamás. La creación se ha desarrollado gradual, pacífica, noblemente, según había empezado. Los organismos se nutren ,o en otros términos, renuevan sus moléculas por una simple respiración, según lo efectúan sus árboles de usted, cada una de sus hojas es un pequeño estómago. En su querida patria no pueden vivir ni un solo día sino a condición de matar. Entre ustedes

la ley de la vida es la de la muerte. Aquí no ha tenido nadie nunca la idea de matar ni siquiera un pajarito.

Todos ustedes son carniceros, en más o en menos. Tienen los brazos cubiertos de sangre y el estómago lleno de vituallas. ¿Cómo pueden concebir ideas sanas, puras, elevadas y hasta diré (dispense usted mi franqueza), ideas propias, con organismos tan groseros como esos? ¿Qué almas podrían vivir en semejantes cuerpos? Reflexione usted un instante y no se contente con ilusiones ciegas, demasiado ideales para semejante mundo.

—¡Cómo! — exclamé interrumpiéndole, — ¿nos niega usted la posibilidad de tener ideas propias? ¿Toma usted acaso por animales a los seres humanos? ¿No tuvieron nunca, por ventura, aspiraciones elevadas Homero, ni Platón, Fidias, Séneca, Virgilio, el Dante, Colón, Bacon, Galileo, Pascal, Leonardo, Rafael, Mozart y Beethoven? Usted considera groseros y repugnantes nuestros cuerpos: si hubiese usted visto pasar ante sus ojos Elena, Friné, Aspasia, Safo, Cleopatra, Lucrecia Borgia, Agnés Sorel, Diana de Poitiers, Margarita de Valois, Borghese, Talien, la Recamier, Georges y sus admirables rivales, pensaría probablemente de distinto modo. ¡Ah, querido marciano, permítame usted lamentar a mi vez que no conozca usted a la Tierra sino de lejos!

—Se engaña usted, pues he vivido cincuenta años en ese mundo. Esto me ha bastado, y le aseguro que nunca volveré a él. Todo está allí mal hecho, hasta... lo que más encantador le parece a usted. ¿Se imagina usted que las flores dan origen a los frutos de la misma manera en todas las Tierras del Cielo? ¿No sería esto un tanto cruel? En cuanto a mí, me gustan las primaveras y los capullos de rosa.

—Pero — repliqué yo entonces, — a pesar de todo, no cabe negar que ha habido en la Tierra grandes talentos y criaturas admirables. ¿No cabe abrigar la esperanza de que la belleza física y moral irá perfeccionándose cada vez más, según lo ha hecho hasta el presente, y que las inteligencias se iluminarán progresivamente? No todo el tiempo se gasta en comer. Los hombres acabarán, no obstante sus trabajos materiales, por consagrar cada día algunas horas al desarrollo de su inteligencia. Entonces no continuarán sin duda fabricando pequeños dioses a su antojo, y tal vez suprimirán sus pueriles fronteras para dejar que imperen la armonía y la fraternidad.

—No, amigo mío, pues si así lo quisieran lo harían desde hoy. Y, sin embargo, se guardan de ello. El hombre terrestre es un pequeño animal que por una parte no siente la necesidad de pensar, pues ni siquiera tiene la independencia del alma, y

que por otra gusta de combatir y admite sin escrúpulo que la fuerza es el fundamento del derecho. Tal es su gusto y tal su naturaleza. Jamás dará peras el olmo.

Fíjese usted en que las más espléndidas bellezas terrestres de que hablaba usted hace un instante, son simplemente monstruos gróseros al lado de las mujeres aéreas de Marte, que viven del aire de nuestras primaveras, de los perfumes de nues tras flores, y que tan voluptuosas son con el simple estremecimiento de sus alas y el beso ideal de una boca que nunca ha comido. Si la Beatriz del Dante hubiera tenido tal naturaleza, nunca habría podido escribir dos cantos de su "Divina Comedia" el inmortal florentino: hubiera empezado por el Paraíso y jamás habría salido de él. Piense usted en que de manera innata, nuestros adolescentes tienen tanta ciencia como Pitágoras, Arquímides, Euclides, Képler, Newton, Laplace y Darwin, después de sus laboriosos estudios: nuestros doce sentidos nos ponen en comunicación directa con el Universo. Desde aquí sentimos a cien millones de leguas la atracción de Júpiter que pasa; vemos a simple vista los anillos de Saturno: adivinamos la llegada de un cometa, y nuestro cuerpo está impregnado de la electricidad solar que pone en vibración toda la Naturaleza. Aquí no ha habido nunca fanatismo religioso, ni verdugos, ni mártires, ni divisiones internacionales, ni guerras, sino que desde los primeros días de la humanidad, naturalmente pacífica y libre de toda necesidad material, ha vivido con independencia de cuerpo y de espíritu, en constante actividad intelectual, elevándose, sin pararse nunca, en el conocimiento de la verdad. Pero venga usted hacia donde estamos.

Di algunos pasos con mis interlocutores hacia la cima de la montaña. Al llegar a la vista de la otra vertiente, distinguí multitud de luces de diversos colores que revoloteaban en los aires. Eran los habitantes, que por la noche pueden volverse luminosos si así lo desean. Unos carros aéreos, que parecían hechos con flores fosforescentes, llevaban unas orquestas y coros. Uno de ellos pasó junto a nosotros y entramos en él envueltos por una nube de aromas. Las sensaciones que yo experimentaba eran completamente distintas de las que había saboreado en la Tierra, y esta primera noche mía en Marte pasó como un sueño, pues al rayar el alba me encontraba aún en el carro aéreo, discurriendo con mis interlocutores, sus amigos y sus indefinibles compañeras. ¡Qué panorama al salir el sol! Flores, frutos, perfumes, palacios encantados iban apareciendo en islas de ve-

getación de color anaranjado. Las aguas se extendían en límpidos espejos y varias alegres parejas aéreas bajaban girando a aquellas magníficas riberas. Allí se ejecutan todos los trabajos materiales por medio de máquinas, bajo la dirección de varias razas de animales perfeccionados, cuya inteligencia es poco más o menos del mismo grado que la de los humanos en la Tierra. Los habitantes no viven sino por el espíritu y para él. Su sistema nervioso ha llegado a tal punto de desarrollo, que cada uno de esos seres, que son al mismo tiempo muy delicados y muy robustos, parece un aparato eléctrico, y que sus más sensuales impresiones, sentidas mucho más por sus almas que por sus cuerpos, sobrepujan cien veces a cuantas pueden proporcionarnos juntos nuestros cinco sentidos terrestres... Debajo de nuestra góndola aérea se abría una especie de palacio de verano, iluminado por los rayos del sol naciente. Mi vecina, cuyas alas se estremecían de impaciencia, posó su delicado pie sobre un grupo de flores que se elevaban entre dos saltos de agua perfumados.—"¿Volverás a la Tierra?", — me preguntó, tendiéndome los brazos.

—¡Jamás! — contesté... — Y me lancé hacia ella...

Pero al mismo tiempo y de golpe volví a verme, solitario, cerca de mi bosquecillo, en la vertiente de la colina a cuyo pie serpenteaba el Sena de ondulosas curvas.

—**¡Jamás!** — repetí, — procurando grabar en la memoria los detalles del suave ensueño desvanecido. ¿Dónde estaba yo, pues? Era un sitio muy hermoso.

El Sol acababa de ponerse y ya el planeta Marte, entonces muy deslumbrador, se encendía en el cielo.

—¡Ah! — exclamé, como si hubiese atravesado mi cerebro un relámpago fugaz; estaba allí. Mecidos por la misma atracción los dos planetas cercanos se miran a través del espacio transparente. ¿No será acaso esta fraternidad celeste una imagen previa del viaje eterno? Ya la Tierra no está sola en el mundo; los panoramas de lo infinito empiezan a abrirse. Y ya habitemos aquí o acullá, somos en realidad, no ciudadanos de un país o de un mundo, sino CIUDADANOS DEL CIELO.

III

EL PLANETA MARTE

¿Había sido yo juguete de un sueño?

¿Se había transportado realmente mi espíritu al planeta Marte, o bien era yo víctima de una ilusión absolutamente imaginaria?

El sentimiento de la realidad había sido tan vivo, tan intenso, y las cosas por mí vistas estaban tan conformes con las nociones científicas que ya poseemos sobre la naturaleza física del mundo marciano, que no podía abrigar duda ninguna sobre el caso, si bien consideraba con estupefacción aquel viaje extático y me hacía mil preguntas contradictorias.

La ausencia de Spero en toda esta visión me causaba gran extrañeza. Me sentía siempre tan íntimamente enlazado con su querido recuerdo, que me parecía que debí adivinar su presencia, volar directamente a su encuentro, verle, hablarle, y oirle. Mas, ¿no habría sido el magnetizado de Nancy juguete de su imaginación, o de la mía, o de la del experimentador? Por otra parte, aun admitiendo que mis dos amigos hubiesen encarnado de nuevo en este planeta cercano, me contestaba a mí mismo que es muy fácil no encontrarse cuando dos personas recorren la misma ciudad, y, con mayor motivo, un mundo entero. Y, sin embargo, lo que habría que invocar aquí no es el cálculo de las probabilidades, pues un sentimiento tal como el que nos había unido debía modificar por fuerza el azar de los encuentros y echar en la balanza un elemento superior a todo lo demás.

Mientras discurría conmigo mismo volví a mi Observatorio de Juvisy, donde había preparado varias baterías eléctricas para un experimento de óptica que debía realizar en correspondencia con la torre de Montlhéry. Cuando me cercioré de que todo estaba perfectamente en orden, dejé a mi ayudante el cuidado de hacer las señales convenidas, de diez a once, y me marché a la antigua torre, donde me instalé una hora después. Había llegado la noche. Desde lo alto del antiguo torreón se divisa un horizonte perfectamente circular, enteramente abierto en toda su circunferencia, y que alcanza un radio de veinte a veinticinco kilómetros alrededor de dicho punto céntrico. Había otro punto de observación que comunicaba con nosotros y estaba en París. El objeto del experimento era saber si los rayos de los diversos colores del espectro luminoso tienen todos la misma velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. El resultado fué afirmativo.

Las experiencias terminaron a eso de las doce, pero como la noche estrellada era bellísima y empezaba a salir la luna, puse rápidamente a cubierto los aparatos en lo interior de la torre y volví a la plataforma superior para contemplar el inmenso paisaje iluminado por los primeros rayos de la luna naciente. La atmósfera estaba tranquila y tibia. Casi hacía calor.

Mas cuando apenas llegaba al último peldaño, me detuve petrificado de espanto, lanzando un grito que pareció ahogarse en mi garganta. Spero, Spero en persona estaba delante de mí,

sentado sobre el pretil. Alcé los brazos al Cielo y creí que iba a desmayarme, pero él me dijo, con su suave voz, que tan bien conocía yo:

—Qué, ¿te doy miedo?

No tuve aliento para contestar ni para acercarme a él, pero me atreví a mirar de frente a mi amigo, que sonreía. Su querido rostro, iluminado por la luna, era el mismo que yo había visto en el momento de salir de París para Cristianía, joven, agradable, pensativo, y de mirada muy brillante. Al fin dejé el último escalón y sentí impulso íntimo, que me llevaba a precipitarme hacia él para estrecharlo en mis brazos; pero no me atreví y permanecí delante de él mirándolo.

No tardé en recobrar la posesión de mí mismo:—¡Spero — le dije entonces... — eres tú!

—Estaba ahí durante tu experimento — me contestó, — y yo fuí quien te dió la idea de comparar el extremo encarnado con el violado del espectro para conocer la velocidad de las ondas luminosas. Sólo que por el momento era invisible, como los rayos ultraviolados.

—¿Cómo es posible? — añadí; — déjame mirarte y palparte.

Pasé las manos por su rostro, por su cuerpo y su cabellera, y sentí la misma impresión que si se hubiera tratado de un ser vivo. Mi razón se negaba a admitir el testimonio de mi vista, de mis manos y de mis oídos, y, sin embargo, no podía dudar de que fuera él. No hay parecido que llegue a tanto. Además, mis dudas habrían desaparecido desde sus primeras frases, pues no tardó en decir:

—En este momento se halla mi cuerpo durmiendo en Marte.

—¿De modo — contesté, — que sigues existiendo... y al fin has obtenido la respuesta al gran problema que te preocupaba tanto?... ¿E Iclea?

—Vamos a hablar — replicó; — tengo muchas cosas que decirte.

Sentéme junto a él, en la orilla del ancho parapeto que domina la antigua torre. He aquí lo que oí:

Poco tiempo después del accidente del lago de Tyrifiorden, mi amigo había creído despertarse de largo y pesado sueño. Estaba solo, en la negra noche, a orillas de un lago, sintiéndose vivo, pero sin poder verse ni tocarse. El aire no le producía sensación ninguna al chocar contra él. No solamente era ligero, sino también imponderable. Lo que le parecía subsistir de su propio ser era la facultad de pensar.

Su primera idea, al recordar estos hechos, fué que se despertaba de su caída en el lago noruego. Pero cuando llegó el día, notó que se encontraba en otro mundo. Las dos lunas que giraban rápidamente en el cielo, siguiendo sentidos contrarios, le hicieron pensar que se hallaba en nuestro vecino planeta Marte, y otras pruebas más confirmaron su idea.

Durante algún tiempo permaneció en estado de espíritu, reconoció allí la presencia de una humanidad muy elegante, en la cual reina como soberano el sexo femenino, gracias a su incontestable superioridad sobre el masculino. Los organismos son ligeros y delicados, la densidad de los cuerpos muy pequeña, y la gravedad más todavía. En la superficie de este mundo desempeña la fuerza un papel muy secundario. La delicadeza de las sensaciones es todo. Allí existen gran número de especies animales y varias razas humanas, que presentan todas la particularidad de ser en ellas el sexo femenino más hermoso y fuerte (pues la fuerza consiste en la superioridad de las sensaciones) que el sexo masculino, y él es quien gobierna las cosas.

Su deseo de conocer la vida que ante sí tenía lo resolvió a no permanecer mucho tiempo en estado de espíritu contemplativo y a renacer bajo una forma corporal humana. Dada la condición orgánica de aquel planeta, Spero eligió el sexo femenino.

Entre las almas terrestres que flotaban en la atmósfera de Marte había encontrado ya (pues las almas se sienten) la de Iclea, que había seguido la suya, arrastrada por una atracción constante. Por su parte, ella se sentía inclinada hacia una encarnación masculina.

Así se habían reunido uno con otro en uno de los países más privilegiados de aquel mundo, como si hubieran estado destinados a encontrarse de nuevo en la vida y a compartir las mismas emociones, los mismos pensamientos y los mismos trabajos. Además, aunque la memoria de su existencia terrestre permaneciera velada y como borrada por la nueva transformación, un vago sentimiento les indicaba que había entre ellos parentesco espiritual, y apenas volvieron a verse, los unió inmediatamente viva simpatía. Su superioridad psíquica, la naturaleza de sus pensamientos habituales, el estado de sus espíritus acostumbrados a averiguar los fines y las causas, les habían dado una especie de penetración íntima que los apartaban de la ignorancia general de los vivos. Habíanse amado tan pronto, habían experimentado de manera tan pasiva el influjo magnético de su encuentro, que no tardaron en constituir un solo y mismo ser, tan íntimo como el que formaban al ocurrir la separación

terrestre. Recordaban que ya se habían visto en otra parte y pretendían que era en la Tierra, en aquel planeta cercano, que brilla al caer de la tarde con tan vivos resplandores en el cielo de Marte; y en sus vuelos solitarios por encima de las colinas pobladas de plantas aéreas, se ponían a contemplar, a veces, el "lucero vespertino", procurando reanudar el hilo de la interrumpida tradición.

Un acontecimiento inesperado acabó por explicar sus reminiscencias y probarles que no se engañaban.

Los habitantes de Marte son muy superiores a los de la Tierra, en su organización, en el número y agudeza de sus sentidos y en facultades intelectuales.

La circunstancia de ser muy escasa la densidad en la superficie de aquel mundo, y de pesar menos allá que aquí las substancias constitutivas de los cuerpos, ha permitido la formación de seres incomparablemente menos pesados, más aéreos, más delicados y sensibles. El hecho de que la atmósfera de Marte es nutritiva, ha librado allí, a los organismos, de las groseras necesidades terrestres. Es un estado completamente distinto del nuestro. La luz es menos viva que la terrestre, por causa de la mayor distancia del sol, y el nervio óptico más sensible. Como las acciones eléctricas y magnéticas son muy intensas en el mencionado mundo, los habitantes poseen sentidos que nosotros desconocemos y que los pone en comunicación con aquellas fuerzas. Todo se encadena en la Naturaleza. Los seres se adaptan en todas partes a los medios donde habitan y en cuyo seno han tenido origen. Tan difícil sería a los organismos revestir en Marte caracteres terrestres, como ser aéreos en el fondo del mar.

Además, el estado de superioridad preparado por este orden de cosas se ha desarrollado espontáneamente, gracias a la facilidad de realización de todo trabajo intelectual. La Naturaleza parece obedecer al pensamiento. El arquitecto de Marte que quiere levantar un edificio, el ingeniero que desea modificar la superficie del suelo, ya se trate de edificar o de demoler, de abrir fosos en las montañas o de terraplenar los valles, no chocan como en la Tierra con el obstáculo del peso de los materiales y con las dificultades prácticas. Así es que el arte ha realizado allá, desde sus orígenes, rapidísimos progresos.

Otra cosa más. Como la humanidad marciana es varios miles de años más antigua que la nuestra, ha podido recorrer fases de su desarrollo que la terrestre no ha alcanzado aún. Nuestros más trascendentales progresos científicos son juegos de niños comparados con el saber de los habitantes de aquel planeta.

Principalmente en astronomía están mucho más adelantados que nosotros y conocen la Tierra mucho mejor de lo que nosotros conocemos su patria.

Entre otras cosas, han inventado una especie de aparato telefotográfico en el cual un rollo de tela que va extendiéndose, recibe perpetuamente las imágenes de nuestro mundo, fijándolas de manera inalterable. Esas fotografías eternas se conservan por orden cronológico en un inmenso museo, consagrado especialmente a los planetas del sistema solar. Allí está toda la historia de la Tierra: la de la Francia de Carlomagno, la de Grecia en tiempos de Alejandro, la del Egipto de Ramsés. Sirviéndose de microscopios se pueden distinguir hasta los menores detalles, como París durante la revolución francesa, la Roma de los Borgias, la escuadrilla española de Colón llegando a América, los francos de Clodoveo tomando posesión de las Galias, el ejército de César detenido en la conquista de Inglaterra por la marea que dispersó sus naves, las tropas del Rey David, fundador de los ejércitos permanentes, y así la mayor parte de las escenas históricas, fáciles de reconocer en ciertos caracteres especiales.

Un día que ambos amigos visitaban ese museo, su reminiscencia, hasta entonces vaga, se iluminó de pronto por un paisaje nocturno atravesado por un relámpago. En efecto, habían reconocido el aspecto de París durante la Exposición de 1867. Esto dió precisión a sus recuerdos. Ambos sintieron separadamente que habían estado allí, y en seguida quedaron dominados por la certidumbre de haber vivido juntos. Su memoria fué aclarándose poco a poco, no por interminentes resplandores, sino más bien como va aumentando la luz a partir del momento en que despunta la aurora.

Entonces ambos recordaron como por una inspiración súbita, estas palabras del Evangelio:

"En la casa del Señor hay varias moradas".

Y estas otras, de Jesús a Nicodemo:

"En verdad te digo que si un hombre no vuelve a nacer, " no verá el reino de Dios... es preciso que nazcáis de nuevo".

Desde ese día no les quedó duda ninguna de su existencia terrestre anterior y se convencieron de que continuaban en el planeta Marte su vida precedente. Ambos pertenecían a la categoría de los grandes talentos de todos los siglos, que saben que el destino humano no acaba en el mundo actual, sino que continúa en el Cielo, y que también saben que cada planeta, Tierra, Marte, etc., es un astro del Cielo.

El hecho singular del cambio de sexo, que me parecía de-

ber tener cierta importancia, carecía de ella por completo, según parece. Contra lo que entre nosotros se admite, Spero me dijo que las almas no tienen sexo y que su destino es idéntico. También supe que en aquel planeta, menos material que el nuestro, la organización no se parece en nada a la de los cuerpos terrestres. Las concepciones y los nacimientos se efectúan de manera distinta que aquí y en forma que recuerda la fecundación de las flores y su desarrollo. El placer no viene acompañado de amargura. Allí no se conocen las pesadas cargas terrestres ni los desgarramientos del dolor. Todo es más aéreo, más etéreo, más inmaterial que en nuestro mundo. Podría decirse que los marcianos son flores vivas, aladas y que piensan, pero en realidad, ningún ser terrestre podría servirnos de término de comparación para ayudarnos a concebir su forma y modo de existencia.

Yo oía el relato del alma difunta casi sin interrumpirlo, pues siempre me parecía que iba a desaparecer de la misma manera que había llegado. Sin embargo, al recordar mi sueño, que la coincidencia de estas descripciones con lo que yo había visto evocaba en mi mente, no pude menos de referir a mi celeste amigo aquel suceso, expresándole mi extrañeza por no haberlo encontrado en Marte y diciéndole que esto me hacía dudar de que realmente lo hubiese efectuado.

—Pero si te vi — replicó, — y tú también me viste y me hablaste... Pues yo era...

La entonación de su voz fué tan singular al decir estas últimas palabras, que reconocí inmediatamente la melodiosa voz de la hermosa marciana que tal impresión me había producido.

—Sí — añadió, — era yo, que quise darme a conocer; pero tú, a pesar de que parecías deslumbrado por aquel espectáculo que cautivava tu ánimo, no te desprendías de las sensaciones terrestres, seguías siendo sensual y terreno y no lograste elevarte hasta la percepción pura. Sí, yo fuí quien te tendió los brazos para hacer bajar del carro aéreo a nuestra morada, cuando de pronto te despertaste.

—Pero si tú eres esa marciana — exclamé yo, — ¿cómo es que me apareces aquí bajo la forma de Spero, que ya no existe?

—Yo no estoy produciendo acción ninguna sobre tu retina y tu nervio óptico — replicó, — sino en tu ser mental y tu cerebro. En este momento me encuentro en comunicación contigo y ejerzo influjo directo sobre el centro cerebral de tus sensaciones. En realidad, mi ser mental no tiene forma, lo mismo que el tuyo y que todas las almas. Pero cuando me pongo como en este momento en relación directa con tu pensamiento, no

puedes verme sino como me has conocido. Lo mismo ocurre durante el sueño, esto es, durante un período superior a la cuarta parte de vuestra vida terrestre — de setenta años, veinte; — en ese caso, veis, oís, habláis y palpáis con la misma impresión, con la misma claridad, con la misma certidumbre que en las horas de existencia normal, y, sin embargo, vuestros ojos están cerrados, vuestro tímpano es insensible, vuestra boca está muda, y vuestros brazos están extendidos sin movimiento. Otro tanto ocurre en los estados de sonambulismo, de hipnotismo y de sugestión. Tú me ves, me oyes y me tocas por medio de tu cerebro, sobre el cual actúo yo. Pero mi existencia, bajo la forma que tú me atribuyes, es análoga a la del arco iris, que sólo tiene realidad en la vista del observador.

—¿Podrías, acaso, aparecérteme con tu forma marciana?

—No, a menos que no seas transportado en espíritu a mi planeta. Este sería un medio de comunicación completamente distinto. Aquí, en nuestra conversación, todo es sugestivo para ti. Los elementos de mi forma marciana no existen en la atmósfera terrestre, y tu cerebro no podría representártelos. No podrías volverme a ver más que por el recuerdo de tu sueño de hoy; pero apenas quisieras analizar los detalles, se desvanecería la imagen. Tú no nos viste exactamente tales como somos, porque tu espíritu no puede juzgar sino por medio de tus ojos terrestres, que no son sensibles a todas las radiaciones, y porque carecéis de muchos de nuestros sentidos.

—Confieso — contesté, — que no comprendo bien vuestra vida marciana en estado de seres de seis miembros.

—Si estas formas no fueran tan elegantes, te habrían parecido monstruosas. Cada mundo posee sus organismos apropiados a sus condiciones de existencia. A mi vez te confieso que el Apolo del Belvedere y la Venus de Médicis son para los habitantes de Marte verdaderos monstruos, por causa de su pesadez animal.

En nuestro mundo todo es de exquisita ligereza. Aunque nuestro planeta sea mucho más pequeño que el vuestro, los seres son allí mucho mayores que en la Tierra, porque como la gravedad es más débil, los organismos pueden elevarse más sin que lo impida su peso y sin que su estabilidad quede en peligro.

Son mayores y más ligeros porque los materiales constitutivos de este planeta tienen muy escasa densidad. Allí ha pasado lo que habría ocurrido en la tierra, de no ser tan intensa en ella la gravedad. Las especies aladas habrían dominado el mundo, en vez de [illegible] la imposibilidad de un desarrollo.

En Marte se ha efectuado el desenvolvimiento orgánico en la serie de las especies aladas. En efecto, la humanidad marciana es una especie de origen sextípeda, pero hoy es bípeda, bimana, y lo que podríamos llamar **biala**, puesto que estos seres poseen dos alas.

El género de vida es completamente distinto del terrestre, primero, porque lo mismo se habita en los aires y las plantas aéreas que en la superficie del suelo, y además, porque, siendo nutritiva la atmósfera, no se come. Las pasiones no son las mismas que en tu mundo. El homicidio nos es desconocido y la humanidad, que carece de necesidades materiales, no ha tenido nunca para qué vivir, ni siquiera durante las primeras edades, en la rapiña y la guerra. Las ideas y los sentimientos son de naturaleza completamente intelectual.

Sin embargo, en mi morada planetaria, se encuentran, no diré semejanzas con la Tierra, pero sí algunas analogías. Así, allí hay lo mismo que aquí, sucesión de días y de noches, que no difiere mucho de la vuestra, puesto que el día marciano es de 24 horas, 39 minutos y 35 segundos. Como nuestro año tiene 668 de estos días, tenemos más tiempo que vosotros para nuestros trabajos, investigaciones, estudios y placeres. Nuestras estaciones son análogamente iguales a dos de las vuestras, pero tienen la misma intensidad. Los climas no difieren mucho de los que vosotros conocéis. Hay en Marte regiones situadas en las orillas del mar ecuatorial, cuyo clima se distingue menos del de Francia que el de Laponia del de Nubia.

Un habitante de la Tierra no se encuentra allí muy desorientado. La mayor diferencia entre ambos mundos consiste, ciertamente, en la gran superioridad de nuestra humanidad sobre la vuestra.

Esta superioridad se debe principalmente a los progresos realizados por la ciencia astronómica y a la propagación universal de sus verdades entre nosotros. Y ya sabes tú que sin ella no hay precisión en las ideas, ni se ven tales como son la vida, la creación y los destinos. Hemos sido muy favorecidos por lo agudo y penetrante de nuestros sentidos y la fuerza de nuestro cielo. En Marte hay mucha menos agua y muchas menos nubes que en la Tierra.

El cielo está allí casi siempre despejado, sobre todo en la zona intermedia.

—Sin embargo, a veces tienen ustedes inundaciones.

—Sí, y no ha mucho que vuestros telescopios han señalado una muy extensa, a lo largo de las riberas de un mar a que tus colegas han dado un nombre que me será siempre amado, aun

hallándome lejos de la Tierra. La mayor parte de nuestras costas son playas llanas. Tenemos pocas montañas y nuestros mares no son profundos. Los habitantes aprovechan las inundaciones para regar vastas campiñas. Al efecto, han rectificado, ensanchando y canalizando las aguas corrientes, habiendo en los continentes una red de canales inmensos. Estos continentes no se encuentran como los de la Tierra erizados por levantamientos alpestres o himaláyicos, sino que son **llanuras inmensas**, atravesadas en todos sentidos por los ríos canalizados y por los canales que ponen en comunicación los diversos mares.

En otra época había en Marte, dada la relación de volúmenes, casi tanta agua como en la Tierra, pero una parte de este líquido fué atravesando insensiblemente las capas del suelo y no ha vuelto a la superficie. Habiéndose combinado químicamente con las rocas, se ha retirado de la circulación atmosférica. Además, las lluvias seculares, las nieves, los vientos, las heladas del invierno y las sequías del verano, han desmoronado las montañas, y las corrientes de agua han arrastrado esos terrenos al fondo de los mares, disminuyendo así sus profundidades. Ya no tenemos grandes Océanos ni mares profundos, sino sólo Mediterráneos, y muchos estrechos, golfos y cuencas análogos a la Mancha, al Mar Rojo, al Adriático, al Báltico y al Caspio, playas agradables, abras tranquilas, lagos y anchos ríos, flotas aéreas más bien que acuáticas y cielo casi siempre azul, sobre todo por las mañanas. No hay auroras terrestres tan luminosas como las nuestras.

El régimen meteorológico se diferencia mucho del vuestro, porque como la atmósfera está más enrarecida, las aguas, que forman depósitos de anchas superficies y escasas profundidades, se evaporan más fácilmente, y, además, porque al condensarse de nuevo, pasan casi sin transición del estado gaseoso al líquido, en vez de formar nubes duraderas. Así es que apenas tenemos cielos cubiertos ni neblinas.

La pureza del cielo hace que se cultive mucho la astronomía. Tenemos dos satélites cuyo curso parece singular a los astrónomos de la Tierra, pues mientras uno nos da meses de ciento treinta y una horas, o sea de cinco días marcianos y ocho horas, el otro, cuyo movimiento está combinado con el de rotación diurna del planeta, sale en el momento del ocaso y se pone en el del orto, atravesando el cielo, de Oeste a Este, en cinco horas y media, y pasando en menos de tres de una fase a otra. Este es un espectáculo único en todo el sistema solar, y que ha contribuído mucho a llamar la atención de los habitantes sobre el estudio del cielo. Además, tenemos casi todos

los días eclipses de lunas, pero no conocemos los eclipses totales de sol porque nuestros satélites son demasiado pequeños.

La Tierra nos aparece como Venus a vosotros, siendo nuestra estrella de la mañana y de la tarde, y en la antigüedad, antes de que se inventaran los instrumentos de óptica, que nos han enseñado que es un planeta habitado como el nuestro — aunque inferiormente, — nuestros antepasados la adoraban, saludando en ella una divinidad tutelar. Todos los mundos han imaginado durante sus siglos de infancia una mitología, que siempre tiene por origen, base y objeto, el aspecto aparente de los cuerpos celestes.

A veces ocurre que la Tierra y la Luna pasan por entre nosotros y el Sol y se proyectan sobre su disco como dos pequeñas manchas negras, una mayor y otra menor. Allí sigue con curiosidad todo el mundo estos fenómenos celestes. Nuestra prensa se ocupa mucho más de ciencia que de teatros, literatura disputas políticas y asuntos judiciales.

El Sol nos parece un poco más pequeño y nos da un poco menos de luz y de calor que a vosotros. Nuestros ojos, más sensibles que los vuestros, ven mejor. La temperatura es algo más elevada que en la Tierra.

—¿Cómo puede ser — repliqué, —que, hallándose Marte más lejos del Sol que la Tierra, tenga más calor que nosotros?

—Chamounix está algo más lejos del Mediodía que la cima del Monte Blanco — me contestó. — La distancia al Sol no es la única causa que determina las temperaturas: al mismo tiempo hay que tener en cuenta la constitución de la atmósfera. Nuestros hielos polares se funden más completamente que los vuestros al llegar el verano.

—¿Cuáles son las regiones más pobladas de Marte?

—Unicamente están inhabitadas las zonas polares, cuyas nieves y hielos veis fundirse desde la Tierra cada primavera. La población de las regiones templadas es muy densa, pero las más pobladas son las tierras ecuatoriales, donde la proporción de habitantes es análoga a la de China, y, sobre todo, las orillas de los mares, a pesar de las inundaciones. Multitud de ciudades están edificadas casi encima del agua, suspendidas en los aires, dominando de cierto modo las inundaciones, esperadas y calculadas de antemano.

—¿Acaso vuestras artes e industrias se parecen a las nuestras? ¿Tenéis caminos de hierro, buques de vapor, telégrafos y teléfonos?

—Es otra cosa. Nunca hemos tenido vapores ni caminos de hierro, porque siempre hemos conocido la electricidad y porque

" que la noticia era cierta: su madre había muerto. Pero no
" entró en más explicaciones.

"Unos meses más tarde, la señorita R... quiso poner en
" orden los papeles de su tío, durante una ausencia de éste que,
" como otros muchos hombres de ciencia, no gustaba de que
" le arreglasen su escritorio; entre ellos encontró una carta en
" que se referían los últimos momentos de su madre. ¡Cuál
" no sería su sorpresa al leer todas las particularidades de su
" sueño!".

¡Alucinación, coincidencia fortuita! ¿Es, acaso, esta una explicación suficiente? En todo caso, no explica nada.

Multitud de ignorantes de toda edad y oficio, rentistas, comerciantes o diputados, escépticos por temperamento o por jactancia, declaran simplemente que no creen en todas esas historias y que en ellas no hay nada verdadero. Tampoco ésta me parece una solución realmente seria. Los espíritus acostumbrados al estudio no pueden contentarse con una negativa tan ligera.

Un hecho es un hecho. No es posible no admitirlo, aun cuando no quepa explicarlo en el estado actual de nuestros conocimientos.

Ciertamente, los anales de medicina atestiguan que hay realmente alucinaciones de más de un género y que ciertas organizaciones nerviosas son víctimas de ellas. Pero de esto a deducir que todos los fenómenos psico-biológicos no explicados son alucinaciones, hay un abismo.

El espíritu científico de nuestro siglo, trata con razón de separar todos estos hechos de las nieblas engañadoras del supernaturalismo, puesto que no hay nada sobrenatural y que la Naturaleza abarca todo en su infinito imperio. Hace algunos años se ha constituído en Inglaterra una sociedad científica especial, consagrada al estudio de estos fenómenos, la **Society for psychical Research**, al frente de la cual se encuentran algunos de los más ilustres sabios británicos. Ya ha dado a luz importantes publicaciones. Estos fenómenos de visión a distancia han sido agrupados con el título general de "Telepatía". Los testimonios son comprobados con el mayor rigor; su variedad es grande. Hojeemos por un instante una de esas colecciones (1) y hablemos de algunos casos probados, perfecta y científicamente.

---

(1) "Phantasmas of the living", por E. Gurney y Fr. Myers, profesores de la Universidad de Cambridge, y Frank Podmore, Londres, 1886. La "Society for Psychical Research" tiene por presidente al profesor Balfour Stewart, de la Sociedad Real de Londres.

En el siguiente, ocurrido no ha mucho, el observador estaba completamente despierto, como ustedes y yo en este momento. Trátase de un tal Roberto Bee, habitante en Wigan (Inglaterra). He aquí esta singular revelación, escrita por el observador en persona.

"El 18 de diciembre de 1873 mi mujer y yo fuimos a casa " de su familia, en Southport, dejando a mis padres en perfecto " estado de salud, según las apariencias. Al día siguiente por " la tarde, salimos a dar un paseo por las orillas del mar, cuan- " do me encontré tan triste, que me fué imposible interesarme " en lo que veía, de modo que no tardamos en volvernos.

"De pronto manifestó mi mujer cierto sentimiento de dis- " gusto y me dijo que iba al cuarto de su madre por unos mi- " nutos. Un instante después me levanté yo a mi vez del sillón " y pasé a la sala.

"Entonces vi salir de la alcoba vecina, vestida como para " ir de paseo, una señora que llegó hasta cerca de mí. No me " fijé en sus facciones, porque no miraba adonde estaba yo; sin " embargo, le dirigí la palabra, saludándola, pero no recuerdo " lo que le dije.

"En el mismo momento, y mientras esto sucedía, volvió mi " mujer del cuarto de su madre, pasando precisamente por el " punto donde estaba aquella señora, sin fijarse, al parecer, en " ella. En seguida dije con vivo sentimiento de sorpresa:—¿Quién " es esa señora a cuyo lado acabas de pasar?—¡Pero si no he " encontrado a nadie!—¡Cómo!, repliqué, ¿no acabas de ver aho- " ra mismo una señora que acaba de pasar por ahí, precisa- " mente por donde estás tú, que sin duda sale de casa de tu " madre y que ahora debe encontrarse en el vestíbulo?

—"Imposible — contestó mi esposa; — en casa no hay más " mujeres que mi madre y yo en este momento.

"En efecto, ninguna extraña había venido y por más que " buscamos inmediatamente, no encontramos a nadie.

"Entonces eran las ocho menos diez. Al día siguiente por " la mañana nos anunciaba un telegrama la muerte repentina " de mi madre a la misma hora, por efecto de una enfermedad " del corazón. Al ocurrir su muerte se hallaba en la calle, ves- " tida exactamente como la desconocida que acababa de pasar " delante de mí".

Tal es el relato del observador. La comprobación efectuada por la sociedad de las investigaciones psíquicas ha demostrado su absoluta autenticidad y la concordancia de los testimonios. Este es un hecho tan positivo como una observación meteorológica, astronómica, física o química; pero ¿puede que-

dar satisfecha con tal contestación una crítica realmente científica?

Otro caso más:

Federico Wingfield, habitante de Belle-Isle en Terre (Francia, depart. de las Costas del Norte) escribe que, habiéndose acostado el 25 de marzo de 1880 bastante tarde, después de haber leído parte de la velada, soñó que su hermano, quien vivía en el Condado inglés de Essex, se encontraba junto a él; pero que en vez de contestar a una pregunta que le hizo, sacudió la cabeza, se levantó de su silla y se marchó. La impresión había sido tan viva, que el narrador se lanzó medio dormido fuera de la cama, despertándose cuando ponía los pies en el suelo y llamando a su hermano. Tres días después recibía la noticia de que éste acababa de morir de resultas de una caída de caballo, el mismo 25 de marzo de 1880, a las ocho y media de la noche, pocas horas antes del sueño que acaba de ser referido.

Una información demostró que la fecha de esa muerte era exacta, y que el autor del relato había escrito su sueño en una agenda al ocurrir el suceso y no después.

Un caso aún:

"S... y L... empleados ambos en una administración, es-
" taban, desde hacía ocho años, en íntimas relaciones de amis-
" tad. El lunes 19 de marzo de 1883, al ir L... a su oficina,
" se sintió indigesto y entró en casa de un boticario, quien le
" dió una medicina. El jueves siguiente continuaba enfermo, y
" el sábado no había vuelto aún a su trabajo.

"El sábado 24 por la noche, S... se encontraba en su casa
" con dolor de cabeza; quejóse a su mujer de tener demasiado
" calor, cosa que no le había pasado en dos meses, y se acostó.
" Un minuto después vió delante de sí a L... en pie, vestido
" como de costumbre. S... se fijó en varios detalles: el som-
" brero de su amigo ostentaba un crespón negro, su gabán es-
" taba abierto, y en la mano llevaba un bastón. L... miró fija-
" mente a S... y siguió andando.

"Entonces S... recordó aquella frase del libro de Job:

"Un espíritu pasó delante de mi rostro y mis carnes se eri-
" zaron". En este momento sintió en todo el cuerpo un esca-
" lofrío y el cabello se le puso de punta. Preguntó a su mujer
" qué hora era, y ella contestó: "Las nueve menos doce". El
" agregó: "Si te lo pregunto, es porque L... ha muerto; acabo
" de verlo". Su esposa procuró tranquilizarlo, asegurándole que
" veía visiones; pero él persistió en su dicho y sostuvo del modo

" más formal que ningún razonamiento podría hacerle mudar
" de parecer".

Tal es el relato de S... que no tuvo noticia de la muerte de su amigo L... hasta el día siguiente a las tres de la tarde.

En efecto, L... había muerto el sábado por la noche a eso de las nueve menos diez minutos.

Este hecho se parece mucho al que ocurrió en el momento de morir el cardenal de Lorena. Refiérelo Agrippa de Aubigné:

"Hallándose el Rey en Aviñón, el 23 de diciembre de 1574,
" murió allí Carlos, cardenal de Lorena. La Reina (Catalina de
" Médicis), quiso acostarse ese día más temprano que de cos-
" tumbre: hacíanle sociedad varias personas notables, como el
" Rey de Navarra, el Arzobispo de Lyón, las señoras de Retz,
" de Lignerolles. de Saunes y otras, dos de las cuales han con-
" firmado este relato. Cuando Catalina se apresuraba a dar las
" buenas noches, se detuvo de pronto, y arrojándose a la ca-
" becera de su cama, se puso las manos delante del rostro y
" lanzó un agudo grito pidiendo socorro y llamando a todos
" para que viesen al pie de la cama al cardenal de Lorena, que
" le tendía la mano. La Reina exclamó varias veces: "Señor
" Cardenal, no tengo nada que ver con usted". El Rey de Na-
" varra mandó al mismo tiempo a casa del Cardenal uno de sus
" gentiles hombres, que volvió al poco rato, para anunciar la
" muerte del prelado".

En su libro sobre "la humanidad póstuma", que vió la luz en 1882, Adolfo de Assier responde del hecho siguiente, que una señora de Saint-Gaudens le había contado como sucedido a ella misma.

"Era yo todavía soltera, me dijo, y dormía con mi hermana
" mayor. Una noche acabábamos de acostarnos y de apagar la
" luz, dejando el cuarto alumbrado sólo por los últimos res-
" plandores de la chimenea, cuando al volver la vista hacia ésta,
" vi con gran sorpresa, que junto a ella estaba sentado un cura,
" en actitud de calentarse las manos. Su estatura, su aspecto
" general y sus facciones eran los de uno de nuestros tíos, arci-
" preste, que vivía en las inmediaciones. Llamé a mi hermana,
" díjele lo que ocurría, y ella vió lo mismo que yo, reconocien-
" do también a nuestro tío. Entonces se apoderó de nosotras
" indecible espanto y gritamos cuanto pudimos pidiendo soco-
" rro. Mi padre, que dormía en un cuarto inmediato, acudió
" inmediatamente con una vela en la mano. El fantasma había
" desaparecido y ya no veíamos a nadie en la alcoba. Al día
" siguiente supimos por una carta que nuestro tío, el arcipreste,
" había muerto esa misma noche".

Otro hecho más, contado igualmente por el mismo discípulo de Augusto Comte y anotado en sus libros durante una estancia en Río Janeiro:

"Era en 1858. Aún se hablaba entre la colonia francesa de " la capital brasileña, de una aparición singular ocurrida años antes. Una familia alsaciana, compuesta del marido, de la mu- " jer y de una niña de muy escasa edad todavía, hacían vela " para ir a reunirse con otros compatriotas suyos allí estable- " cidos. La travesía fué larga, la mujer enfermó y, fuera por " falta de cuidados o por mala alimentación, sucumbió antes " de llegar. El día de su muerte tuvo un síncope que le duró " largo rato, y cuando recobró el sentido, dijo a su esposo que " estaba junto a ella: "Muero contenta, pues estoy tranquila " respecto del porvenir de nuestra niña. Vengo de Río Janeiro, " donde he encontrado la calle y la casa de nuestro amigo " Fritz, el carpintero. Estaba en el umbral de la puerta y le " presenté la chica; estoy segura de que la conocerá cuando " lleguéis y que será bueno para ella". El marido oyó con sor- " presa este relato, sin darle importancia. El mismo día y a " la misma hora, Fritz el carpintero, el alsaciano de que acabo " de hablar, se encontraba en el umbral de su puerta en Río " Janeiro, cuando le pareció ver pasar por la calle a una de " sus compatriotas con una niña en los brazos. La transeunte " lo miraba con aire de súplica y parecía presentarle la cria- " tura. Su cara le recordó, a pesar de lo flaca que estaba, la de " Latta, mujer de su amigo y compatriota Schmidt. La expre- " sión de la mujer, lo extraño de su modo de andar, que más " parecía de una visión que de un ser vivo, impresionaron mu- " cho a Fritz. Queriendo cerciorarse de que no era víctima de " una alucinación, llamó a uno de sus obreros que trabajaba en " la tienda, y que era no sólo alsaciano como él, sino del mis- " mo pueblo.

"—Mira — le dijo, — ¿no ves una mujer que pasa por la " calle con una niña en brazos? ¿No se diría que es Latta, la " mujer de nuestro paisano Schmidt?

"—No sé — contestó el otro; — no la distingo bien.

"Fritz no habló más del asunto, pero las diversas circuns- " tancias de esta aparición real o imaginaria se grabaron vi- " vamente en su espíritu, sobre todo el día y la hora. Poco des- " pués vió llegar a su paisano Schmidt con una niña en bra- " zos. Entonces recordó la visita de Latta, y antes de que su ami- " go abriese la boca, le dijo:

"—Pobre amigo mío; sé todo. Tu mujer ha muerto durante " la travesía, y antes de morir vino a presentarme tu hijita para

" que yo cuide de ella. He aquí el día y la hora".

Estos eran, en efecto, los apuntados por Schmidt a bordo del barco.

En el libro que Gougenot des Mousseaux publicó en 1864 sobre los altos fenómenos de la Magia, se relata el hecho siguiente, que dicho autor presenta como absolutamente auténtico.

Sir Roberto Bruce, de la ilustre familia escocesa de este nombre, era segundo de un barco. Un día en que navegaban cerca de Terranova, púsose a hacer unos cálculos y le pareció ver a su capitán en la mesa principal, pero al fijarse, notó que era una persona desconocida, cuya mirada inmóvil le extrañó. Sube a cubierta y ve al capitán; éste nota su asombro y le pregunta qué ocurre.

—¿Quién está sentado en su mesa? — dice Bruce.

—Nadie.

—¿Cómo nadie? Hay una persona, cuya cara no conozco... ¿Y cómo puede ser?

—Usted sueña... o bromea.

—No señor; tenga usted la bondad de bajar a su cámara y lo verá.

Bajan, pero no encuentran a nadie. Registran todo el barco sin descubrir ningún rostro desconocido.

—Sin embargo — añade Bruce, — el que yo vi escribía en su pizarra.

Cogen la pizarra y leen estas palabras: "Steer to the north-west", es decir: "Gobernad al Noroeste".

—Pero esta letra es de usted, o de alguien de a bordo.

—No, señor.

Todo el mundo escribe la misma frase; pero la letra de la pizarra no se parece a la de ninguno de los marinos.

—Pues bien — dijo al fin el capitán; — obedezcamos al sentido de esta frase; el viento es bueno y lo permite: gobiérnese al Noroeste.

Tres horas después señalaba el vigía una montaña de hielo y veía junto a ella un buque de Quebec, desarbolado y cubierto de gente, que se dirigía a Liverpool. Las chalupas de Bruce recogieron a los náufragos.

En el momento en que uno de éstos subía al barco salvador, Bruce se estremeció y retrocedió, vivamente conmovido.

Acababa de reconocer al forastero que había visto escribiendo en la pizarra y lo contó así a su capitán.

—Haga usted el favor de escribir: "Steer to the north-west" en esta pizarra — dijo el capitán al recién llegado, presentándole la cara donde no había nada.

El náufrago hizo lo que le pedían.

—¿Esta es su letra de costumbre? — preguntó el marino, sorprendido por lo análogo de la forma.

—¡Ya lo creo! ¿No me ha visto usted escribir?

El capitán entonces volvió la pizarra, y el forastero quedó atónito al conocer su letra.

—¿Ha soñado usted que escribía en esta pizarra? — preguntó a su pasajero el comandante del buque náufrago.

—No conservo recuerdo ninguno de ello.

—¿Qué hacía a las doce de la mañana este pasajero? — preguntó a su colega el capitán salvador.

—Durmióse profundamente, declarando que estaba muy cansado, y si mal no recuerdo, fué poco antes de las doce. Una hora después apenas, se despertó y me dijo: "Capitán, hoy mismo seremos socorridos. He soñado que estaba a bordo de un barco y que venía en ayuda nuestra". Después me describió el barco y su arboladura, y mi sorpresa fué grande al divisarlos a ustedes y ver que la pintura era exacta.

Finalmente, el pasajero dijo a su vez: "Lo más raro es que " cuanto veo me parece conocido, y que, sin embargo, no he " estado aquí nunca".

El barón Dupotet refiere, por su parte, en su curso de "Magnetismo animal", el hecho siguiente, que hizo público en 1814 el célebre Iung Stilling, quien lo había oído de labios del mismo observador, Barón de Sulza, chambelán del Rey de Suecia.

Una noche de verano volvía a su casa a las doce, hora que en dicha estación del año es bastante clara en Suecia para permitir la lectura de la más pequeña letra de imprenta, cuando "al " llegar — dice — vi a mi padre, que salía a mi encuentro hasta " la entrada del parque. Estaba vestido como de costumbre y " llevaba en la mano un bastón esculpido por mi hermano. " Saludélo y hablamos juntos largo rato, llegando así hasta la " casa y la entrada de su dormitorio. Al penetrar en éste, vi " a mi padre metido en la cama y, en el mismo momento, se " desvaneció la visión. Poco después se despertó mi padre y me " miró como si hubiese querido interrogarme. — Mi querido " Edmundo — me dijo; — que Dios sea loado por traerte aquí " sano y salvo, pues he tenido un sueño muy penoso por causa " tuya. Me pareció que habías caído al agua y que estabas en " peligro de muerte. —Pues bien — añadió el Barón, — ese día " había ido yo a pescar cangrejos en el río con uno de mis " amigos, y estuve a punto de ser llevado por la corriente. En- " tonces referí a mi padre que había visto su imagen a la en- " trada de la finca, y que habíamos hablado largo rato. El me

" contestó que con frecuencia ocurrían cosas análogas".

En estos diversos relatos y apariciones espontáneas y apariciones provocadas, digámoslo así, por el deseo o la voluntad. ¿Puede ir hasta ese punto la sugestión mental? Los autores del libro "Phantasms of the Living", del cual hemos hablado antes, contestan afirmativamente con siete ejemplos bien comprobados. Citaré uno más. Helo aquí:

"El Rev. C. Godfrey, habitante de Eastbourne, en el con-
" dado de Sussex, había leído un relato de aparición premedi-
" tada, y esto lo impresionó tanto que resolvió comprobarlo ha-
" ciendo a su vez un ensayo. El 15 de noviembre de 1886, a
" eso de las once de la noche, dirigió toda la fuerza de imagi-
" nación y de voluntad de que era capaz, sobre la idea de apa-
" recerse a una señora amiga suya, manteniéndose en pie junto
" a su cama. El esfuerzo duró unos ocho minutos, después de
" lo cual Godgrey se sintió cansado y se durmió. Al día siguien-
" te, la señora que había sido objeto de la experiencia, fué es-
" pontáneamente a referir a Godfrey lo que había visto. Invitada
" a anotar por escrito este recuerdo, lo hizo en los términos si-
" guientes: "La noche última me desperté sobresaltada creyen-
" do que alguien había entrado en mi cuarto. También oí rui-
" do, pero supuse que serían los pájaros en la pajarera situada
" junto a la parte exterior de la ventana. Después sentí como
" una inquietud y un vago deseo de salir del cuarto y de pasar
" al piso bajo de la casa. Este sentimiento llegó a ser tan in-
" tenso, que acabé por levantarme; encendí una bujía, y bajé
" con intento de tomar algo para calmarme. Al volver a mi
" cuarto vi a Godfrey, en pie, debajo de la ventana que da luz
" a la escalera. Estaba vestido como de costumbre y tenía la
" expresión que he notado en él cuando mira atentamente algo.
" Permanecía inmóvil, mientras yo, con la luz levantada, lo mi-
" raba en extremo sorprendida. Esto duró tres o cuatro segun-
" dos, pasados los cuales seguí subiendo: Godfrey desapareció.
" Yo no tenía miedo, pero mi agitación era grande y no pude
" volverme a dormir.

"Godfrey pensó con mucho tino que su experimento adqui-
" ría más importancia en el caso de repetirse. La segunda ten-
" tativa fracasó, pero la tercera salió bien. Ya se supondrá que
" la persona sobre quien operaba no tenía más noticias de su
" intento que la primera vez. "Anoche, martes 7 de diciembre
" — escribía, — me acosté a las diez y media, no tardando en
" dormirme. Mas, de pronto, oí una voz que exclamaba: "Des-
" piértese usted", y sentí una mano que caía sobre la parte iz-
" quierda de mi cabeza. (Esta vez, la intención de Godfrey ha-

"bía sido hacer sentir su presencia por la voz y el tacto). In-
" mediatamente me desperté; en el cuarto había un sonido cu-
" rioso, análogo al de un birimbao. Al mismo tiempo sentí co-
" mo un hálito frío que me envolvió, mi corazón empezó a latir
" violentamente, y distinguí muy bien una figura inclinada sobre
" mí. La única luz que alumbraba el cuarto procedía de una
" lámpara situada fuera de él, y formaba una larga raya lumi-
" nosa en la pared por encima del tocador. La figura obscure-
" cía de manera muy perceptible esta raya. Volvíme rápidamen-
" te y la mano pareció caer entonces de mi cabeza a la almohada.
" La figura se inclinaba sobre mí, apoyándose contra uno de los
" lados de la cama. Yo distinguía el brazo descansando sobre la
" almohada y las facciones del rostro, aunque envueltas en una
" especie de neblina. Entonces eran próximamente las doce y
" media. La figura había separado un tanto las cortinas, pero
" esta mañana las encontré cerradas como de costumbre. No
" abrigo duda de que la figura era la de Godfrey, a quien co-
" nocí en la forma de los hombros y del rostro. Durante todo
" el tiempo que permaneció allí, pasaba a través de todo el
" cuarto una corriente de aire frío, como si hubiesen estado
"abiertas las dos ventanas".

Todos estos son **hechos.**

Sería temerario querer explicarlos en el estado actual de nuestros conocimientos. Nuestra psicología no está bastante adelantada, pero hay cosas que tenemos que admitir sin poder explicarlas en manera alguna. Negar lo que no se comprende sería pura demencia. ¿Se explicaba acaso, mil años atrás, el sistema del mundo? Aun hoy, ¿explicamos la atracción? Pero la ciencia marcha y su pogreso no tendrá límites.

¿Conocemos por ventura todo el alcance de las facultades humanas? El pensador no puede dudar un instante de que todavía existen en la Naturaleza fuerzas que nos son desconocidas, como lo era, por ejemplo, la electricidad, hace un siglo, ni que hay en el Universo otros seres, dotados de otros sentidos y de otras facultades que las nuestras. ¿Pero acaso se conoce de manera completa al hombre terrestre? No lo parece.

Hay hechos cuya realidad tenemos que admitir sin poder explicarlos en modo alguno.

La vida de Swedenborg presenta tres de esta índole. Dejemos ahora a un lado las visiones planetarias y siderales, que parecen más subjetivas que objetivas. Notemos, sin embargo, de paso, que Swedenborg era un sabio de primer orden en geología, en mineralogía y cristalografía, miembro de las Academias de ciencias de Upsal, de Stockolmo y San Petersburgo, y

contentémonos con recordar los acontecimientos siguientes:

Al volver este filósofo de un viaje a Inglaterra, el 19 de julio de 1759, desembarcó en Gottemburgo y fué a comer en casa de un amigo suyo, Guillermo Costel, donde había bastante gente. "Por la tarde, a las seis, Swedenborg, que había salido, " volvió al salón, pálido y consternado, diciendo que en aquel " mismo momento acababa de estallar un incendio en Stockolmo, " en el Sudermoln, y en la misma calle donde él vivía, agregan- " do que el fuego amenazaba su casa. Poco después salió otra " vez, y al entrar de nuevo se lamentó de que había sido des- " truída la casa de uno de sus amigos, y de que la suya propia " corría el mayor peligro. A las ocho efectuó otra salida y vol- " vió más contento, exclamando: "Gracias a Dios, el incendio " ha terminado tres puertas antes de la mía".

La noticia circuló por la ciudad, causando tanto mayor sobresalto cuanto que el gobernador se mostraba inquieto, y que muchos se preocupaban de la suerte de sus bienes o de sus amigos... Dos días después llegó el correo real con detalles del suceso. Entre éstos y los de Swedenborg no había ninguna diferencia; el incendio quedó terminado a las ocho de la noche.

Este relato fué escrito por el ilustre Manuel Kant, que quiso tomar informes sobre la exactitud del hecho, y que, después de narrarlo, agrega: "¿Qué cabe alegar contra la autenticidad " de este suceso?"

Pues bien, Gottenburgo se halla a doscientos kilómetros de Stockolmo.

Swedenborg tenía entonces setenta y dos años.

He aquí el segundo hecho:

En 1761, la señora de Marteville, viuda de un ministro holandés en Suecia, recibe la reclamación de un acreedor de su marido que pide veinticinco mil florines, esto es, unos diez mil pesos. La viuda sabía que su marido había pagado esta suma. Por otra parte, no le era dado abonarla de nuevo sin arruinarse. Y no podía encontrar el recibo.

Entonces va a referir sus cuitas a Swedenborg, y ocho días después ve en sueños a su marido, quien le indica el sitio donde está el recibo, con un alfiler para el pelo adornado con veinte diamantes, que ella creía también perdido. Eran las dos de la mañana. Llena de alegría se levanta y encuentra los objetos en el punto indicado. Habiéndose vuelto a acostar, duerme hasta las nueve. A las once le anuncian la visita de Swedenborg. Y antes de enterarse de lo ocurrido, el sabio refiere que la noche anterior había visto el espíritu de De Marteville, el cual le manifestó que iba a dar con su mujer.

He aquí el tercer hecho:

Hallándose Swedenborg en Londres, en el mes de febrero de 1772, escribió al reverendo Juan Wesley (fundador de la comunión de los Weslesyanos) para decirle que tendría mucho gusto en conocerlo. El ardiente predicador recibió esta misiva cuando se disponía a partir para una misión, y contestó que aprovecharía este amable permiso para hacerle una visita, al volver de su viaje, que debía durar unos seis meses. Swedenborg replicó: "que en tal caso, no se verían en este mundo, puesto " que él debía morir el 29 de marzo siguiente".

Y, en efecto, Swedenborg murió en la fecha por él indicada más de un mes antes.

He ahí tres hechos cuya autenticidad no se puede negar, pero que nadie podría explicar en el estado actual de nuestros conocimientos.

Podríamos multiplicar indefinidamente estos relatos auténticos. Los hechos análogos a los referidos antes, comunicaciones a distancia, sea en el momento de la muerte, sea en el estado normal de la vida, no son tan raros — sin por esto abundar demasiado — que nuestros lectores no tengan conocimiento de alguno, ya por haberlo oído contar, ya por haberlo observado personalmente en más de una circunstancia. Por lo demás, los experimentos realizados en los dominios del magnetismo testifican igualmente que en determinados casos psicológicos un experimentador puede actuar sobre su paciente a distancia, no sólo a unos cuantos metros, sino a varios kilómetros y hasta más de ciento, según la lucidez del médium, y probablemente, según la intensidad de la voluntad del magnetizador. Además, el espacio no es lo que nosotros creemos. La distancia de París a Londres, grande para un andarín, y hasta infranqueable cuando no había barcos, es nula para la electricidad. La de la Tierra a la Luna es enorme dados nuestros medios actuales de transporte, pero es cero para la atracción. En rigor, si nos colocamos en un punto de vista absoluto, el espacio que nos separa de Sirio no es una parte mayor de lo infinito que la distancia de París a Versalles, o que de nuestro ojo derecho al izquierdo.

Hay más todavía: la separación que nos parece existir entre la Tierra y la Luna, o entre la Tierra y Marte, y aun entre la Tierra y Sirio, no es sino una ilusión que se debe a lo insuficiente de nuestras percepciones. La Luna actúa constantemente sobre la Tierra y la perturba sin cesar. La atracción de Marte es también sensible para nuestro planeta, y nosotros, a nuestra vez, modificamos la órbita de Marte al experimentar la

influencia de la Luna. Hasta actuamos sobre el Sol y lo hacemos moverse, como si lo tocáramos. En virtud de la atracción, la Luna hace que la Tierra gire mensualmente alrededor de su centro común de gravedad, punto que se mueve a mil setecientos kilómetros por debajo de la superficie del globo. La Tierra hace que el Sol gire anualmente en torno de ese centro común de gravedad, situado a cuatrocientos cincuenta y seis kilómetros del centro solar. Todos los mundos actúan perpetuamente unos sobre otros, de manera que entre ellos no hay aislamiento ni separación real. El espacio es más bien un lazo de comunicación que un hueco que separa los astros unos de otros. Pues bien, si la atracción establece de este modo una comunicación real, perpetua, activa e indiscutible, probada por la precisión de las observaciones astronómicas, entre la Tierra y sus hermanas de la inmensidad, no se ve con qué derecho podrían declarar supuestos positivistas que no hay comunicación posible entre dos seres que se encuentran más o menos alejados uno de otro, ya sea en la Tierra, ya en dos mundos distintos.

¿No pueden ser agitados por la misma fuerza psíquica dos cerebros que vibran al unísono a varios kilómetros de distancia? ¿No puede la emoción que sale de un cerebro ir a través del éter, como la atracción, a chocar con otro cerebro que vibra a una distancia cualquiera, del modo que un sonido va a hacer vibrar las cuerdas de un piano o de un violín a través de un cuarto? No olvidemos que nuestros cerebros están compuestos de moléculas que no se tocan y que se encuentran en perpetua vibración.

¿Y por qué hablar de cerebros? ¿No pueden el pensamiento, la voluntad, la fuerza psíquica, sea cual fuere su naturaleza, ir a ejercer una acción a distancia sobre un ser que le está unido, mediante los lazos simpáticos e indisolubles del parentesco individual? ¿No se transmiten por ventura súbitamente a un corazón las palpitaciones de otro que con él vibra al unísono?

¿Debemos admitir que, en los casos de aparición apuntados, el espíritu del muerto ha tomado antes, realmente, forma corporal junto al observador? Esta hipótesis no parece necesaria la mayor parte de las veces. En nuestros sueños creemos ver personas que no están delante de nuestra vista, y eso con los ojos cerrados. Vémoslas perfectamente, tan bien como en pleno día; les hablamos, las oímos y conversamos con ellas. No cabe negar que los que las ven no son nuestra retina y nuestro nervio óptico, como no son nuestros oídos los que las oyen. Las únicas que ahí funcionan son nuestras celdas cerebrales.

Ciertas apariciones pueden ser objetivas, exteriores, subs-

tanciales, otras subjetivas. En este caso, el ser que se manifiesta parece actuar a distancia sobre el ser que ve, y este influjo sobre su cerebro debe determinar la visión interna, que parece exterior, como en los sueños, pero que también puede ser puramente subjetiva e interior.

Así como un pensamiento, un recuerdo, evocan en nuestro ánimo una imagen que puede ser muy evidente y muy viva, así un ser que actúa sobre otro puede hacer que surja en éste una imagen que le cause por un instante la ilusión de la realidad. Hoy se obtienen experimentalmente estos hechos en los estudios del hiptonismo y de sugestión; estudios que no hacen sino empezar y que, sin embargo, suministran ya resultados dignos de la mayor atención, tanto en el orden psicólogo como en el fisiológico. Lo que hay no es que la retina sea herida por una realidad efectiva, sino que las capas ópticas del cerebro son excitadas por una fuerza psíquica. La impresión se ejerce directamente sobre el ser mental. ¿Cómo? No lo sabemos.

Tales son las inducciones más racionales que parecen deber deducirse de los fenómenos que acaban de preocuparnos, fenómenos no explicados todavía, pero muy antiguos, pues la historia de todos los pueblos ha conservado, desde la más remota antigüedad, multitud de ejemplos que sería difícil negar u olvidar.

Mas, nos dirán: ¿cómo podemos admitir, en nuestro siglo de método experimental y ciencia positiva, que un moribundo y aun un muerto, puedan ponerse en comunicación con los vivos?

¿Qué es un muerto?

Cada segundo perece un ser humano en todo el globo terrestre, o lo que es lo mismo, ochenta y seis mil cuatrocientos al día, treinta y un millones al año o más de tres mil millones por siglo. En diez siglos han sido entregados a la tierra treinta mil millones de cadáveres, y devueltos a la circulación general bajo la forma de productos diversos, agua, gas, vapores, etc. Teniendo en cuenta la disminución de la población humana a medida que ascendemos en las edades históricas, hallamos que, en diez mil años, "han sido formados por la tierra y la atmósfera, mediante la alimentación y la respiración, para volver a ellas más tarde, doscientos mil millones de cuerpos humanos por lo menos". Las moléculas de oxígeno, de hidrógeno, de ácido carbónico y de nitrógeno que han constituído estos cuerpos, han servido de abono a la tierra y han vuelto a la circulación atmosférica.

Sí, la Tierra en que vivimos está formada en parte hoy por

esos miles de millones de organismos que en ella han vivido. Andamos sobre nuestros abuelos, como ellos andarán sobre nosotros. Las frentes de los pensadores, los ojos que han contemplado, sonreído y llorado, las bocas que han cantado el amor, los sabios purpurinos y los senos de mármol, las entrañas de las madres, los brazos de los trabajadores, los músculos de los guerreros, la sangre de los vencidos, los niños y los ancianos, los buenos y los malos, los ricos y los pobres, cuanto ha vivido y ha pensado, yace en la misma tierra. Hoy sería difícil dar un paso en el planeta sin marchar sobre los despojos de los muertos, sería difícil comer y beber sin absorber de nuevo lo que ha sido comido y bebido miles de veces, y difícil respirar sin hacer propio el hálito de los muertos. Los elementos constitutivos de los cuerpos que salieron de la Naturaleza volvieron a ella, y cada uno de nosotros lleva en sí átomos que precedentemente han pertenecido a otros cuerpos.

Pues bien, ¿creeis que eso es toda la humanidad? ¿Imagináis que ésta no ha dejado nada más noble, nada mayor y más espiritual? ¿Es que cada uno de nosotros no da al Universo, cuando exhala el postrer suspiro, más que sesenta u ochenta kilogramos de carne y de huesos que van a desagregarse y a volver a los elementos? El alma que nos anima, ¿no subsiste también, con el mismo motivo que cada molécula de oxígeno, de nitrógeno o de hierro? Y las almas que han vivido, ¿no siguen existiendo?

No tenemos derecho ninguno para afirmar que el hombre está compuesto únicamente de elementos materiales y que la facultad de pensar no es sino una propiedad de la organización. Por el contrario, tenemos las razones más íntimas para admitir que el alma es una entidad individual y que ella es la que dirige las moléculas para organizar la forma viva del cuerpo humano.

¿Qué es de las moléculas invisibles e intangibles que han constituído nuestro cuerpo durante la vida? Van a pertenecer a nuevos cuerpos. ¿Qué es de las almas igualmente invisibles e intangibles? Se puede suponer que vuelven a encarnar en otros organismos, cada cual con arreglo a su naturaleza, a sus facultades y a su destino.

El alma pertenece al mundo psíquico. Es indudable que aun se encuentran en la Tierra innumerables almas todavía brutas, groseras, que se han desprendido apenas de la materia, incapaces de concebir las realidades intelectuales. Pero otras hay que viven en el estudio, en la contemplación, cultivando el mundo psíquico o espiritual. Esas pueden no quedar prisioneras en la Tierra y su destino es vivir la vida uránica.

El alma uránica vive, aun durante sus encarnaciones terrestres, en el mundo de lo absoluto y de lo divino, pues sabe que al habitar la Tierra mora realmente en el cielo y que nuestro planeta es un astro como los demás.

¿Cuál es la naturaleza íntima del alma, cuáles sus modos de manifestación cuando llega a ser en ella permanente la memoria y a mantener con certidumbre la identidad consciente, bajo qué diversidad de formas y de substancias puede vivir, qué extensión del espacio le es dado atravesar, cuál es el grado de parentesco intelectual que existe entre los diversos planetas de un mismo sistema, cuál la fuerza germinadora que puebla los mundos, cuándo podremos entrar en comunicación con las patrias vecinas, cuándo penetraremos el profundo secreto de los destinos? Misterio e ignorancia hoy, pero "lo desconocido de ayer es la verdad de mañana".

Hay un hecho de orden histórico y científico absolutamente incontestable, y es que en todos los siglos, en todos los pueblos y bajo las apariencias religiosas más diversas, la idea de la inmortalidad permanece invulnerable en el fondo de la conciencia humana. La educación le ha dado mil formas, pero no la ha inventado. Esta idea indestructible existe por sí. Todo ser humano trae consigo, al venir al mundo, bajo forma más o menos vaga, este sentimiento íntimo, este deseo, esta esperanza.

II

ITER ESTATICUM COELESTE

Las horas y los días que consagraba yo al estudio de estas cuestiones de psicología y de telepatía, no me impedían observar a Marte en el telescopio y sacar algunos croquis de sus aspectos cuando el estado de nuestra atmósfera, tan a menudo cubierta de nubes, me lo permitía. Por lo demás, es fácil reconocer que en el estudio de la Naturaleza y de las ciencias, no sólo se encadenan todas las cuestiones, sino que, además, la astronomía y la psicología son solidarias, toda vez que el Universo psíquico tiene por morada el material. Y toda vez que la astronomía tiene por objeto el estudio de las regiones de la vida eterna, no podríamos formarnos idea ninguna de éstas si no las conociéramos astronómicamente. Sepámoslo o no, lo cierto es que en este mismo momento habitamos una región del Cielo, y todos los seres, sean cuales fueren, son eternamente ciudadanos del Cielo. La antigüedad había penetrado y

adivinado hasta cierto punto el fondo de las cosas cuando hizo de Urania la musa de todas las ciencias.

Así, pues, mi pensamiento se había ocupado mucho en estudiar el planeta Marte, cuando un día, en un paseo solitario por los linderos de un bosque, sofocado por el calor de una tarde de julio, me senté al pie de un grupo de encinas y no tardé en adormecerme.

El aire parecía de fuego, no se oía ningún ruido, y el Sena semejaba un canal en el fondo del valle. Al despertarme, después de un instante de somnolencia, quedé vivamente sorprendido, pues no reconocía el paisaje, ni los árboles cercanos, ni el río que corría al pie de la colina, ni la ondulada pradera que se perdía en los límites del horizonte. El Sol se ponía, pareciendo más pequeño de lo que tenemos costumbre de verlo. El aire se estremecía con ruidos armoniosos que la Tierra ignora, y unos árboles sin hojas, cubiertos de gigantescas flores encarnadas. Me levanté lleno de asombro y con movimiento tan enérgico, que de pronto quedé en pie, sintiéndome en extremo ligero. Cuando hube dado unos cuantos pasos me figuré que la mitad del peso de mi cuerpo se había evaporado durante mi sueño. Esta sensación íntima me causó impresión más viva aún que la metamorfosis de la Naturaleza que se extendía ante mi vista.

Apenas podía creer a mis ojos y a mis sentidos. Por lo demás, ni veía del mismo modo que antes, ni oía de la misma manera, y aun noté desde el primer momento que mi organismo estaba dotado de varios sentidos nuevos, completamente distintos de los de nuestra arpa terrestre, y en particular de uno magnético, por el cual cabe establecer comunicaciones con otro ser sin que sea necesario traducir el pensamiento en palabras susceptibles de ser oídas: este sentido se parece al de la aguja imantada, que se estremece y se agita en el fondo de un sótano del Observatorio de París cuando se enciende una aurora boreal en Siberia, o cuando se produce en el Sol una explosión eléctrica.

El astro del día acababa de apagarse en las aguas de un lago lejano, y los rosados resplandores del crepúsculo se cernían en el fondo de los cielos como un postrer ensueño de la luz. Entonces se iluminaron dos satélites a diversas alturas, el primero en forma de media luna, sobre el lago mismo detrás del cual había desaparecido el sol; y el segundo en forma de cuarto creciente, mucho más elevado en el cielo y por la parte de Oriente. Estas lunas eran muy pequeñas y sólo remotamente se parecían al inmenso luminar de las noches terrestres. Hu-

biérase dicho que proyectaban de mala gana su débil luz. Yo las miraba estupefacto. Lo más extraño quizás, más todavía que el espectáculo en conjunto, era que la luna occidental, tres veces mayor que su compañera del Este, aunque cinco veces menos ancha que nuestra luna terrestre, andaba en el cielo con movimiento fácil de distinguir a simple vista, corriendo velozmente de derecha a izquierda para ir a juntarse en el Oriente con su celeste hermana.

En los últimos resplandores del poniente, que fenecía se divisaba otra luna, o mejor dicho, una brillante estrella. Era más pequeña que el menor de los satélites y no presentaba disco sensible, pero su luz deslumbraba. Cerníase en el cielo de la tarde, como Venus en el nuestro, cuando en los días de su más espléndido brillo "el lucero verpestino" reina como soberano sobre las indolentes veladas de la soñadora y tierna primavera. En los cielos iban encendiéndose ya las estrellas más brillantes; distinguíanse Arcturo, de áureos reflejos, Vega, tan blanca y pura, los siete astros del Septentrión y varias constelaciones zodiacales. La estrella de la tarde, la nueva Vésper, centelleaba entonces en Piscis. Después de haber estudiado algunos instantes su situación en el cielo, de haberme orientado por medio de las constelaciones, de haber examinado los satélites y pensado en la ligereza de mi propio peso, no tardé en convencerme de que me encontraba en el planeta Marte, y que aquel encantador lucero de la tarde era... la Tierra.

Mis ojos se fijaron en ella, impregnados del melancólico sentimiento de amor que oprime nuestro corazón cuando el pensamiento vuela a dar con un ser querido de que una cruel distancia nos separa. Contemplé mucho tiempo esta patria donde se mezclan y chocan en las fluctuaciones de la vida tantos sentimientos diversos, y exclamé:

"¡Cuán lamentable es que los innumerables seres humanos
" que habitan en esa pequeña morada no sepan dónde están!
" ¡Qué encantadora es la minúscula Tierra, iluminada como en
" este momento por el Sol, con su luna más microscópica to-
" davía, que parece a su lado un simple punto! Sostenida en lo
" invisible por las divinas leyes de la atracción, átomo flotante
" en la inmensa armonía de los cielos, la Tierra ocupa su pues-
" to y se cierne en lo alto como una isla angélica, pero sus
" habitantes lo ignoran. ¡Qué singular humanidad! Su mundo
" le ha parecido demasiado grande y por esto se ha dividido
" en rebaños que pasan su tiempo en fusilarse unos a otros. En

" esta isla celeste hay tantos soldados como habitantes. Todos
" se han armado allí unos contra otros, cuando tan sencillo hu-
" buiera sido vivir tranquilos, y les parece glorioso cambiar de
" tiempo en tiempo los nombres de los países y el color de las
" banderas. Tal es la ocupación favorita de las naciones y la
" educación primordial de los ciudadanos. Fuera de esto, em-
" plean su existencia en adorar la materia, desdeñan el mérito
" intelectual, consideran con indiferencia los más maravillosos
" problemas de la creación y viven sin fin ni objeto. ¡Qué lás-
" tima! Un habitante de París que no hubiese oído pronunciar
" nunca el nombre de esta ciudad ni el de la Francia, no sería
" más extranjero que aquellos lo son en su propia patria. ¡Ah!
" si pudieran ver la Tierra desde aquí, ¡con cuánto placer vol-
" verían a ella y cuán mortificadas quedarían todas sus ideas,
" generales y particulares! En este caso conocerían por lo me-
" nos el país donde habitan; así empezarían y más tarde estu-
" diarían progresivamente las realidades sublimes que los ro-
" dean, en vez de agitarse en una neblina inacabable, y pronto
" vivirían la vida verdadera, la vida intelectual".

—"¡Cuán bien la trata! Diríase en verdad que ha dejado algún amigo en aquel presidio!"

Yo no había pronunciado ni una palabra, y, sin embargo, oí distintamente la frase anterior, que parecía contestar a mi conversación íntima. Dos habitantes de Marte me miraban, y me habían comprendido en virtud del sexto sentido de la percepción magnética de que he hablado antes. Quedé sorprendido y, ¿por qué no decirlo? molesto al oir aquel apóstrofe: "¡Después de todo — pensé, — amo la Tierra, porque es mi
" país y yo tengo patriotismo!"

Mis dos vecinos se echaron de esta vez a reir a un mismo tiempo.

—Sí — contestó uno de ellos con inesperado tono de bondad, — usted tiene patriotismo. Ya se ve que viene de la Tierra.

Y el más viejo agregó:

—Deje usted allá a sus compatriotas, que nunca serán ni más inteligentes ni menos ciegos que hoy. Hace ya ochenta mil años que están así. Y, según usted mismo confiesa, aún no son capaces de pensar... Realmente, nos causa usted admiración cuando mira la Tierra con ojos tan tiernos. Eso es demasiada sencillez.

¿No habéis encontrado nunca en vuestro camino, lectores

amigos, algunos de esos hombres penetrados de imperturbable orgullo, que se creen sincera e inquebrantablemente superiores al resto del mundo? Cuando esos arrogantes personajes se ven frente a frente de una superioridad, ésta les es instantáneamente antipática y no pueden aguantarla. Pues bien, mientras pronunciaba el ditirambo que antecede (y del cual no os he dado sino una traducción atenuada), sentíame yo muy superior a la humanidad terrestre, puesto que le tenía lástima y que deseaba para ella mejores días. Pero cuando aquellos dos habitantes de Marte parecieron compadecerse de mí a su vez, y cuando creí notar en ellos cierta fría superioridad respecto de mí, me convertí por un momento en uno de aquellos necios orgullosos. Mi sangre se sublevó, y si bien me contuve por un resto de cortesía, abrí la boca para decirles:

—Después de todo, caballeros, los habitantes de la Tierra no son tan necios como parecen creerlos ustedes y valen tal vez más que los de aquí.

Por desgracia, ni siquiera me dejaron empezar mi frase, puesto que la habían adivinado mientras se formaba, y esto gracias a las vibraciones de las celdas de mi cerebro.

—Permítame usted decirle sin tardanza — exclamó el más joven, — que su planeta se echó a perder hace unos diez mil años por efecto de una circunstancia fortuita. Fué en el período primario del género terrestre. Ya había allí plantas, algunas admirables, y tanto en el fondo de los mares como en sus orillas, aparecían los primeros animales, los moluscos sin cabeza, sordos, mudos y desprovistos de sexo. Usted sabe que la respiración basta a los árboles para su alimentación completa, y que sus más robustos robles, sus cedros más gigantescos no han comido nunca nada, lo cual no les ha impedido crecer. Bástales respirar. La desgracia, la fatalidad quiso que un molusco primitivo tuviese el cuerpo atravesado por una gota de agua más densa que el medio ambiente. Quizá la encontró de su gusto. En todo caso, este fué el origen del primer tubo digestivo, que debía ejercer tan funesta acción sobre las especies animales todas, y más tarde sobre la misma humanidad. El primer asesino fué el molusco que comió.

Aquí no comemos, ni se ha comido nunca, ni se comerá jamás. La creación se ha desarrollado gradual, pacífica, noblemente, según había empezado. Los organismos se nutren ,o en otros términos, renuevan sus moléculas por una simple respiración, según lo efectúan sus árboles de usted, cada una de sus hojas es un pequeño estómago. En su querida patria no pueden vivir ni un solo día sino a condición de matar. Entre ustedes

la ley de la vida es la de la muerte. Aquí no ha tenido nadie nunca la idea de matar ni siquiera un pajarito.

Todos ustedes son carniceros, en más o en menos. Tienen los brazos cubiertos de sangre y el estómago lleno de vituallas. ¿Cómo pueden concebir ideas sanas, puras, elevadas y hasta diré (dispense usted mi franqueza), ideas propias, con organismos tan groseros como esos? ¿Qué almas podrían vivir en semejantes cuerpos? Reflexione usted un instante y no se contente con ilusiones ciegas, demasiado ideales para semejante mundo.

—¡Cómo! — exclamé interrumpiéndole, — ¿nos niega usted la posibilidad de tener ideas propias? ¿Toma usted acaso por animales a los seres humanos? ¿No tuvieron nunca, por ventura, aspiraciones elevadas Homero, ni Platón, Fidias, Séneca, Virgilio, el Dante, Colón, Bacon, Galileo, Pascal, Leonardo, Rafael, Mozart y Beethoven? Usted considera groseros y repugnantes nuestros cuerpos: si hubiese usted visto pasar ante sus ojos Elena, Friné, Aspasia, Safo, Cleopatra, Lucrecia Borgia, Agnés Sorel, Diana de Poitiers, Margarita de Valois, Borghese, Talien, la Recamier, Georges y sus admirables rivales, pensaría probablemente de distinto modo. ¡Ah, querido marciano, permítame usted lamentar a mi vez que no conozca usted a la Tierra sino de lejos!

—Se engaña usted, pues he vivido cincuenta años en ese mundo. Esto me ha bastado, y le aseguro que nunca volveré a él. Todo está allí mal hecho, hasta... lo que más encantador le parece a usted. ¿Se imagina usted que las flores dan origen a los frutos de la misma manera en todas las Tierras del Cielo? ¿No sería esto un tanto cruel? En cuanto a mí, me gustan las primaveras y los capullos de rosa.

—Pero — repliqué yo entonces, — a pesar de todo, no cabe negar que ha habido en la Tierra grandes talentos y criaturas admirables. ¿No cabe abrigar la esperanza de que la belleza física y moral irá perfeccionándose cada vez más, según lo ha hecho hasta el presente, y que las inteligencias se iluminarán progresivamente? No todo el tiempo se gasta en comer. Los hombres acabarán, no obstante sus trabajos materiales, por consagrar cada día algunas horas al desarrollo de su inteligencia. Entonces no continuarán sin duda fabricando pequeños dioses a su antojo, y tal vez suprimirán sus pueriles fronteras para dejar que imperen la armonía y la fraternidad.

—No, amigo mío, pues si así lo quisieran lo harían desde hoy. Y, sin embargo, se guardan de ello. El hombre terrestre es un pequeño animal que por una parte no siente la necesidad de pensar, pues ni siquiera tiene la independencia del alma, y

que por otra gusta de combatir y admite sin escrúpulo que la fuerza es el fundamento del derecho. Tal es su gusto y tal su naturaleza. Jamás dará peras el olmo.

Fíjese usted en que las más espléndidas bellezas terrestres de que hablaba usted hace un instante, son simplemente monstruos groseros al lado de las mujeres aéreas de Marte, que viven del aire de nuestras primaveras, de los perfumes de nues tras flores, y que tan voluptuosas son con el simple estremecimiento de sus alas y el beso ideal de una boca que nunca ha comido. Si la Beatriz del Dante hubiera tenido tal naturaleza, nunca habría podido escribir dos cantos de su "Divina Comedia" el inmortal florentino: hubiera empezado por el Paraíso y jamás habría salido de él. Piense usted en que de manera innata, nuestros adolescentes tienen tanta ciencia como Pitágoras, Arquímides, Euclides, Képler, Newton, Laplace y Darwin, después de sus laboriosos estudios: nuestros doce sentidos nos ponen en comunicación directa con el Universo. Desde aquí sentimos a cien millones de leguas la atracción de Júpiter que pasa; vemos a simple vista los anillos de Saturno: adivinamos la llegada de un cometa, y nuestro cuerpo está impregnado de la electricidad solar que pone en vibración toda la Naturaleza. Aquí no ha habido nunca fanatismo religioso, ni verdugos, ni mártires, ni divisiones internacionales, ni guerras, sino que desde los primeros días de la humanidad, naturalmente pacífica y libre de toda necesidad material, ha vivido con independencia de cuerpo y de espíritu, en constante actividad intelectual, elevándose, sin pararse nunca, en el conocimiento de la verdad. Pero venga usted hacia donde estamos.

Di algunos pasos con mis interlocutores hacia la cima de la montaña. Al llegar a la vista de la otra vertiente, distinguí multitud de luces de diversos colores que revoloteaban en los aires. Eran los habitantes, que por la noche pueden volverse luminosos si así lo desean. Unos carros aéreos, que parecían hechos con flores fosforescentes, llevaban unas orquestas y coros. Uno de ellos pasó junto a nosotros y entramos en él envueltos por una nube de aromas. Las sensaciones que yo experimentaba eran completamente distintas de las que había saboreado en la Tierra, y esta primera noche mía en Marte pasó como un sueño, pues al rayar el alba me encontraba aún en el carro aéreo, discurriendo con mis interlocutores, sus amigos y sus indefinibles compañeras. ¡Qué panorama al salir el sol! Flores, frutos, perfumes, palacios encantados iban apareciendo en islas de ve-

getación de color anaranjado. Las aguas se extendían en límpidos espejos y varias alegres parejas aéreas bajaban girando a aquellas magníficas riberas. Allí se ejecutan todos los trabajos materiales por medio de máquinas, bajo la dirección de varias razas de animales perfeccionados, cuya inteligencia es poco más o menos del mismo grado que la de los humanos en la Tierra. Los habitantes no viven sino por el espíritu y para él. Su sistema nervioso ha llegado a tal punto de desarrollo, que cada uno de esos seres, que son al mismo tiempo muy delicados y muy robustos, parece un aparato eléctrico, y que sus más sensuales impresiones, sentidas mucho más por sus almas que por sus cuerpos, sobrepujan cien veces a cuantas pueden proporcionarnos juntos nuestros cinco sentidos terrestres... Debajo de nuestra góndola aérea se abría una especie de palacio de verano, iluminado por los rayos del sol naciente. Mi vecina, cuyas alas se estremecían de impaciencia, posó su delicado pie sobre un grupo de flores que se elevaban entre dos saltos de agua perfumados.—"¿Volverás a la Tierra?", — me preguntó, tendiéndome los brazos.

—¡Jamás! — contesté... — Y me lancé hacia ella...

Pero al mismo tiempo y de golpe volví a verme, solitario, cerca de mi bosquecillo, en la vertiente de la colina a cuyo pie serpenteaba el Sena de ondulosas curvas.

—**¡Jamás!** — repetí, — procurando grabar en la memoria los detalles del suave ensueño desvanecido. ¿Dónde estaba yo, pues? Era un sitio muy hermoso.

El Sol acababa de ponerse y ya el planeta Marte, entonces muy deslumbrador, se encendía en el cielo.

—¡Ah! — exclamé, como si hubiese atravesado mi cerebro un relámpago fugaz; estaba allí. Mecidos por la misma atracción los dos planetas cercanos se miran a través del espacio transparente. ¿No será acaso esta fraternidad celeste una imagen previa del viaje eterno? Ya la Tierra no está sola en el mundo; los panoramas de lo infinito empiezan a abrirse. Y ya habitemos aquí o acullá, somos en realidad, no ciudadanos de un país o de un mundo, sino CIUDADANOS DEL CIELO.

III

EL PLANETA MARTE

¿Había sido yo juguete de un sueño?

¿Se había transportado realmente mi espíritu al planeta Marte, o bien era yo víctima de una ilusión absolutamente imaginaria?

El sentimiento de la realidad había sido tan vivo, tan intenso, y las cosas por mí vistas estaban tan conformes con las nociones científicas que ya poseemos sobre la naturaleza física del mundo marciano, que no podía abrigar duda ninguna sobre el caso, si bien consideraba con estupefacción aquel viaje extático y me hacía mil preguntas contradictorias.

La ausencia de Spero en toda esta visión me causaba gran extrañeza. Me sentía siempre tan íntimamente enlazado con su querido recuerdo, que me parecía que debí adivinar su presencia, volar directamente a su encuentro, verle, hablarle, y oirle. Mas, ¿no habría sido el magnetizado de Nancy juguete de su imaginación, o de la mía, o de la del experimentador? Por otra parte, aun admitiendo que mis dos amigos hubiesen encarnado de nuevo en este planeta cercano, me contestaba a mí mismo que es muy fácil no encontrarse cuando dos personas recorren la misma ciudad, y, con mayor motivo, un mundo entero. Y, sin embargo, lo que habría que invocar aquí no es el cálculo de las probabilidades, pues un sentimiento tal como el que nos había unido debía modificar por fuerza el azar de los encuentros y echar en la balanza un elemento superior a todo lo demás.

Mientras discurría conmigo mismo volví a mi Observatorio de Juvisy, donde había preparado varias baterías eléctricas para un experimento de óptica que debía realizar en correspondencia con la torre de Montlhéry. Cuando me cercioré de que todo estaba perfectamente en orden, dejé a mi ayudante el cuidado de hacer las señales convenidas, de diez a once, y me marché a la antigua torre, donde me instalé una hora después. Había llegado la noche. Desde lo alto del antiguo torreón se divisa un horizonte perfectamente circular, enteramente abierto en toda su circunferencia, y que alcanza un radio de veinte a veinticinco kilómetros alrededor de dicho punto céntrico. Había otro punto de observación que comunicaba con nosotros y estaba en París. El objeto del experimento era saber si los rayos de los diversos colores del espectro luminoso tienen todos la misma velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. El resultado fué afirmativo.

Las experiencias terminaron a eso de las doce, pero como la noche estrellada era bellísima y empezaba a salir la luna, puse rápidamente a cubierto los aparatos en lo interior de la torre y volví a la plataforma superior para contemplar el inmenso paisaje iluminado por los primeros rayos de la luna naciente. La atmósfera estaba tranquila y tibia. Casi hacía calor.

Mas cuando apenas llegaba al último peldaño, me detuve petrificado de espanto, lanzando un grito que pareció ahogarse en mi garganta. Spero, Spero en persona estaba delante de mí,

sentado sobre el pretil. Alcé los brazos al Cielo y creí que iba a desmayarme, pero él me dijo, con su suave voz, que tan bien conocía yo:

—Qué, ¿te doy miedo?

No tuve aliento para contestar ni para acercarme a él, pero me atreví a mirar de frente a mi amigo, que sonreía. Su querido rostro, iluminado por la luna, era el mismo que yo había visto en el momento de salir de París para Cristianía, joven, agradable, pensativo, y de mirada muy brillante. Al fin dejé el último escalón y sentí impulso íntimo, que me llevaba a precipitarme hacia él para estrecharlo en mis brazos; pero no me atreví y permanecí delante de él mirándolo.

No tardé en recobrar la posesión de mí mismo:—¡Spero — le dije entonces... — eres tú!

—Estaba ahí durante tu experimento — me contestó, — y yo fuí quien te dió la idea de comparar el extremo encarnado con el violado del espectro para conocer la velocidad de las ondas luminosas. Sólo que por el momento era invisible, como los rayos ultraviolados.

—¿Cómo es posible? — añadí; — déjame mirarte y palparte.

Pasé las manos por su rostro, por su cuerpo y su cabellera, y sentí la misma impresión que si se hubiera tratado de un ser vivo. Mi razón se negaba a admitir el testimonio de mi vista, de mis manos y de mis oídos, y, sin embargo, no podía dudar de que fuera él. No hay parecido que llegue a tanto. Además, mis dudas habrían desaparecido desde sus primeras frases, pues no tardó en decir:

—En este momento se halla mi cuerpo durmiendo en Marte.

—¿De modo — contesté, — que sigues existiendo... y al fin has obtenido la respuesta al gran problema que te preocupaba tanto?... ¿E Iclea?

—Vamos a hablar — replicó; — tengo muchas cosas que decirte.

Sentéme junto a él, en la orilla del ancho parapeto que domina la antigua torre. He aquí lo que oí:

Poco tiempo después del accidente del lago de Tyrifiorden, mi amigo había creído despertarse de largo y pesado sueño. Estaba solo, en la negra noche, a orillas de un lago, sintiéndose vivo, pero sin poder verse ni tocarse. El aire no le producía sensación ninguna al chocar contra él. No solamente era ligero, sino también imponderable. Lo que le parecía subsistir de su propio ser era la facultad de pensar.

Su primera idea, al recordar estos hechos, fué que se despertaba de su caída en el lago noruego. Pero cuando llegó el día, notó que se encontraba en otro mundo. Las dos lunas que giraban rápidamente en el cielo, siguiendo sentidos contrarios, le hicieron pensar que se hallaba en nuestro vecino planeta Marte, y otras pruebas más confirmaron su idea.

Durante algún tiempo permaneció en estado de espíritu, reconoció allí la presencia de una humanidad muy elegante, en la cual reina como soberano el sexo femenino, gracias a su incontestable superioridad sobre el masculino. Los organismos son ligeros y delicados, la densidad de los cuerpos muy pequeña, y la gravedad más todavía. En la superficie de este mundo desempeña la fuerza un papel muy secundario. La delicadeza de las sensaciones es todo. Allí existen gran número de especies animales y varias razas humanas, que presentan todas la particularidad de ser en ellas el sexo femenino más hermoso y fuerte (pues la fuerza consiste en la superioridad de las sensaciones) que el sexo masculino, y él es quien gobierna las cosas.

Su deseo de conocer la vida que ante sí tenía lo resolvió a no permanecer mucho tiempo en estado de espíritu contemplativo y a renacer bajo una forma corporal humana. Dada la condición orgánica de aquel planeta, Spero eligió el sexo femenino.

Entre las almas terrestres que flotaban en la atmósfera de Marte *había encontrado ya (pues las almas se sienten)* la de Iclea, que había seguido la suya, arrastrada por una atracción constante. Por su parte, ella se sentía inclinada hacia una encarnación masculina.

Así se habían reunido uno con otro en uno de los países más privilegiados de aquel mundo, como si hubieran estado destinados a encontrarse de nuevo en la vida y a compartir las mismas emociones, los mismos pensamientos y los mismos trabajos. Además, aunque la memoria de su existencia terrestre permaneciera velada y como borrada por la nueva transformación, un vago sentimiento les indicaba que había entre ellos parentesco espiritual, y apenas volvieron a verse, los unió inmediatamente viva simpatía. Su superioridad psíquica, la naturaleza de sus pensamientos habituales, el estado de sus espíritus acostumbrados a averiguar los fines y las causas, les habían dado una especie de penetración íntima que los apartaban de la ignorancia general de los vivos. Habíanse amado tan pronto, habían experimentado de manera tan pasiva el influjo magnético de su encuentro, que no tardaron en constituir un solo y mismo ser, tan íntimo como el que formaban al ocurrir la separación

terrestre. Recordaban que ya se habían visto en otra parte y pretendían que era en la Tierra, en aquel planeta cercano, que brilla al caer de la tarde con tan vivos resplandores en el cielo de Marte; y en sus vuelos solitarios por encima de las colinas pobladas de plantas aéreas, se ponían a contemplar, a veces, el "lucero vespertino", procurando reanudar el hilo de la interrumpida tradición.

Un acontecimiento inesperado acabó por explicar sus reminiscencias y probarles que no se engañaban.

Los habitantes de Marte son muy superiores a los de la Tierra, en su organización, en el número y agudeza de sus sentidos y en facultades intelectuales.

La circunstancia de ser muy escasa la densidad en la superficie de aquel mundo, y de pesar menos allá que aquí las substancias constitutivas de los cuerpos, ha permitido la formación de seres incomparablemente menos pesados, más aéreos, más delicados y sensibles. El hecho de que la atmósfera de Marte es nutritiva, ha librado allí, a los organismos, de las groseras necesidades terrestres. Es un estado completamente distinto del nuestro. La luz es menos viva que la terrestre, por causa de la mayor distancia del sol, y el nervio óptico más sensible. Como las acciones eléctricas y magnéticas son muy intensas en el mencionado mundo, los habitantes poseen sentidos que nosotros desconocemos y que los pone en comunicación con aquellas fuerzas. Todo se encadena en la Naturaleza. Los seres se adaptan en todas partes a los medios donde habitan y en cuyo seno han tenido origen. Tan difícil sería a los organismos revestir en Marte caracteres terrestres, como ser aéreos en el fondo del mar.

Además, el estado de superioridad preparado por este orden de cosas se ha desarrollado espontáneamente, gracias a la facilidad de realización de todo trabajo intelectual. La Naturaleza parece obedecer al pensamiento. El arquitecto de Marte que quiere levantar un edificio, el ingeniero que desea modificar la superficie del suelo, ya se trate de edificar o de demoler, de abrir fosos en las montañas o de terraplenar los valles, no chocan como en la Tierra con el obstáculo del peso de los materiales y con las dificultades prácticas. Así es que el arte ha realizado allá, desde sus orígenes, rapidísimos progresos.

Otra cosa más. Como la humanidad marciana es varios miles de años más antigua que la nuestra, ha podido recorrer fases de su desarrollo que la terrestre no ha alcanzado aún. Nuestros más trascendentales progresos científicos son juegos de niños comparados con el saber de los habitantes de aquel planeta.

Principalmente en astronomía están mucho más adelantados que nosotros y conocen la Tierra mucho mejor de lo que nosotros conocemos su patria.

Entre otras cosas, han inventado una especie de aparato telefotográfico en el cual un rollo de tela que va extendiéndose, recibe perpetuamente las imágenes de nuestro mundo, fijándolas de manera inalterable. Esas fotografías eternas se conservan por orden cronológico en un inmenso museo, consagrado especialmente a los planetas del sistema solar. Allí está toda la historia de la Tierra: la de la Francia de Carlomagno, la de Grecia en tiempos de Alejandro, la del Egipto de Ramsés. Sirviéndose de microscopios se pueden distinguir hasta los menores detalles, como París durante la revolución francesa, la Roma de los Borgias, la escuadrilla española de Colón llegando a América, los francos de Clodoveo tomando posesión de las Galias, el ejército de César detenido en la conquista de Inglaterra por la marea que dispersó sus naves, las tropas del Rey David, fundador de los ejércitos permanentes, y así la mayor parte de las escenas históricas, fáciles de reconocer en ciertos caracteres especiales.

Un día que ambos amigos visitaban ese museo, su reminiscencia, hasta entonces vaga, se iluminó de pronto por un paisaje nocturno atravesado por un relámpago. En efecto, habían reconocido el aspecto de París durante la Exposición de 1867. Esto dió precisión a sus recuerdos. Ambos sintieron separadamente que habían estado allí, y en seguida quedaron dominados por la certidumbre de haber vivido juntos. Su memoria fué aclarándose poco a poco, no por interminentes resplandores, sino más bien como va aumentando la luz a partir del momento en que despunta la aurora.

Entonces ambos recordaron como por una inspiración súbita, estas palabras del Evangelio:

"En la casa del Señor hay varias moradas".

Y estas otras, de Jesús a Nicodemo:

"En verdad te digo que si un hombre no vuelve a nacer, " no verá el reino de Dios... es preciso que nazcáis de nuevo".

Desde ese día no les quedó duda ninguna de su existencia terrestre anterior y se convencieron de que continuaban en el planeta Marte su vida precedente. Ambos pertenecían a la categoría de los grandes talentos de todos los siglos, que saben que el destino humano no acaba en el mundo actual, sino que continúa en el Cielo, y que también saben que cada planeta, Tierra, Marte, etc., es un astro del Cielo.

El hecho singular del cambio de sexo, que me parecía de-

ber tener cierta importancia, carecía de ella por completo, según parece. Contra lo que entre nosotros se admite, Spero me dijo que las almas no tienen sexo y que su destino es idéntico. También supe que en aquel planeta, menos material que el nuestro, la organización no se parece en nada a la de los cuerpos terrestres. Las concepciones y los nacimientos se efectúan de manera distinta que aquí y en forma que recuerda la fecundación de las flores y su desarrollo. El placer no viene acompañado de amargura. Allí no se conocen las pesadas cargas terrestres ni los desgarramientos del dolor. Todo es más aéreo, más etéreo, más inmaterial que en nuestro mundo. Podría decirse que los marcianos son flores vivas, aladas y que piensan, pero en realidad, ningún ser terrestre podría servirnos de término de comparación para ayudarnos a concebir su forma y modo de existencia.

Yo oía el relato del alma difunta casi sin interrumpirlo, pues siempre me parecía que iba a desaparecer de la misma manera que había llegado. Sin embargo, al recordar mi sueño, que la coincidencia de estas descripciones con lo que yo había visto evocaba en mi mente, no pude menos de referir a mi celeste amigo aquel suceso, expresándole mi extrañeza por no haberlo encontrado en Marte y diciéndole que esto me hacía dudar de que realmente lo hubiese efectuado.

—Pero si te vi — replicó, — y tú también me viste y me hablaste... Pues yo era...

La entonación de su voz fué tan singular al decir estas últimas palabras, que reconocí inmediatamente la melodiosa voz de la hermosa marciana que tal impresión me había producido.

—Sí — añadió, — era yo, que quise darme a conocer; pero tú, a pesar de que parecías deslumbrado por aquel espectáculo que cautivava tu ánimo, no te desprendías de las sensaciones terrestres, seguías siendo sensual y terreno y no lograste elevarte hasta la percepción pura. Sí, yo fuí quien te tendió los brazos para hacer bajar del carro aéreo a nuestra morada, cuando de pronto te despertaste.

—Pero si tú eres esa marciana — exclamé yo, — ¿cómo es que me apareces aquí bajo la forma de Spero, que ya no existe?

—Yo no estoy produciendo acción ninguna sobre tu retina y tu nervio óptico — replicó, — sino en tu ser mental y tu cerebro. En este momento me encuentro en comunicación contigo y ejerzo influjo directo sobre el centro cerebral de tus sensaciones. En realidad, mi ser mental no tiene forma, lo mismo que el tuyo y que todas las almas. Pero cuando me pongo como en este momento en relación directa con tu pensamiento, no

puedes verme sino como me has conocido. Lo mismo ocurre durante el sueño, esto es, durante un período superior a la cuarta parte de vuestra vida terrestre — de setenta años, veinte; — en ese caso, veis, oís, habláis y palpáis con la misma impresión, con la misma claridad, con la misma certidumbre que en las horas de existencia normal, y, sin embargo, vuestros ojos están cerrados, vuestro tímpano es insensible, vuestra boca está muda, y vuestros brazos están extendidos sin movimiento. Otro tanto ocurre en los estados de sonambulismo, de hipnotismo y de sugestión. Tú me ves, me oyes y me tocas por medio de tu cerebro, sobre el cual actúo yo. Pero mi existencia, bajo la forma que tú me atribuyes, es análoga a la del arco iris, que sólo tiene realidad en la vista del observador.

—¿Podrías, acaso, aparecérteme con tu forma marciana?

—No, a menos que no seas transportado en espíritu a mi planeta. Este sería un medio de comunicación completamente distinto. Aquí, en nuestra conversación, todo es sugestivo para ti. Los elementos de mi forma marciana no existen en la atmósfera terrestre, y tu cerebro no podría representártelos. No podrías volverme a ver más que por el recuerdo de tu sueño de hoy; pero apenas quisieras analizar los detalles, se desvanecería la imagen. Tú no nos viste exactamente tales como somos, porque tu espíritu no puede juzgar sino por medio de tus ojos terrestres, que no son sensibles a todas las radiaciones, y porque carecéis de muchos de nuestros sentidos.

—Confieso — contesté, — que no comprendo bien vuestra vida marciana en estado de seres de seis miembros.

—Si estas formas no fueran tan elegantes, te habrían parecido monstruosas. Cada mundo posee sus organismos apropiados a sus condiciones de existencia. A mi vez te confieso que el Apolo del Belvedere y la Venus de Médicis son para los habitantes de Marte verdaderos monstruos, por causa de su pesadez animal.

En nuestro mundo todo es de exquisita ligereza. Aunque nuestro planeta sea mucho más pequeño que el vuestro, los seres son allí mucho mayores que en la Tierra, porque como la gravedad es más débil, los organismos pueden elevarse más sin que lo impida su peso y sin que su estabilidad quede en peligro.

Son mayores y más ligeros porque los materiales constitutivos de este planeta tienen muy escasa densidad. Allí ha pasado lo que habría ocurrido en la tierra, de no ser tan intensa en ella la gravedad. Las especies aladas habrían dominado el mundo, en vez de atrofiarse en la imposibilidad de un desarrollo.

En Marte se ha efectuado el desenvolvimiento orgánico en la serie de las especies aladas. En efecto, la humanidad marciana es una especie de origen sextípeda, pero hoy es bípeda, bimana, y lo que podríamos llamar **biala**, puesto que estos seres poseen dos alas.

El género de vida es completamente distinto del terrestre, primero, porque lo mismo se habita en los aires y las plantas aéreas que en la superficie del suelo, y además, porque, siendo nutritiva la atmósfera, no se come. Las pasiones no son las mismas que en tu mundo. El homicidio nos es desconocido y la humanidad, que carece de necesidades materiales, no ha tenido nunca para qué vivir, ni siquiera durante las primeras edades, en la rapiña y la guerra. Las ideas y los sentimientos son de naturaleza completamente intelectual.

Sin embargo, en mi morada planetaria, se encuentran, no diré semejanzas con la Tierra, pero sí algunas analogías. Así, allí hay lo mismo que aquí, sucesión de días y de noches, que no difiere mucho de la vuestra, puesto que el día marciano es de 24 horas, 39 minutos y 35 segundos. Como nuestro año tiene 668 de estos días, tenemos más tiempo que vosotros para nuestros trabajos, investigaciones, estudios y placeres. Nuestras estaciones son análogamente iguales a dos de las vuestras, pero tienen la misma intensidad. Los climas no difieren mucho de los que vosotros conocéis. Hay en Marte regiones situadas en las orillas del mar ecuatorial, cuyo clima se distingue menos del de Francia que el de Laponia del de Nubia.

Un habitante de la Tierra no se encuentra allí muy desorientado. La mayor diferencia entre ambos mundos consiste, ciertamente, en la gran superioridad de nuestra humanidad sobre la vuestra.

Esta superioridad se debe principalmente a los progresos realizados por la ciencia astronómica y a la propagación universal de sus verdades entre nosotros. Y ya sabes tú que sin ella no hay precisión en las ideas, ni se ven tales como son la vida, la creación y los destinos. Hemos sido muy favorecidos por lo agudo y penetrante de nuestros sentidos y la fuerza de nuestro cielo. En Marte hay mucha menos agua y muchas menos nubes que en la Tierra.

El cielo está allí casi siempre despejado, sobre todo en la zona intermedia.

—Sin embargo, a veces tienen ustedes inundaciones.

—Sí, y no ha mucho que vuestros telescopios han señalado una muy extensa, a lo largo de las riberas de un mar a que tus colegas han dado un nombre que me será siempre amado, aun

hallándome lejos de la Tierra. La mayor parte de nuestras costas son playas llanas. Tenemos pocas montañas y nuestros mares no son profundos. Los habitantes aprovechan las inundaciones para regar vastas campiñas. Al efecto, han rectificado, ensanchando y canalizando las aguas corrientes, habiendo en los continentes una red de canales inmensos. Estos continentes no se encuentran como los de la Tierra erizados por levantamientos alpestres o himaláyicos, sino que son **llanuras inmensas**, atravesadas en todos sentidos por los ríos canalizados y por los canales que ponen en comunicación los diversos mares.

En otra época había en Marte, dada la relación de volúmenes, casi tanta agua como en la Tierra, pero una parte de este líquido fué atravesando insensiblemente las capas del suelo y no ha vuelto a la superficie. Habiéndose combinado químicamente con las rocas, se ha retirado de la circulación atmosférica. Además, las lluvias seculares, las nieves, los vientos, las heladas del invierno y las sequías del verano, han desmoronado las montañas, y las corrientes de agua han arrastrado esos terrenos al fondo de los mares, disminuyendo así sus profundidades. Ya no tenemos grandes Océanos ni mares profundos, sino sólo Mediterráneos, y muchos estrechos, golfos y cuencas análogos a la Mancha, al Mar Rojo, al Adriático, al Báltico y al Caspio, playas agradables, abras tranquilas, lagos y anchos ríos, flotas aéreas más bien que acuáticas y cielo casi siempre azul, sobre todo por las mañanas. No hay auroras terrestres tan luminosas como las nuestras.

El régimen meteorológico se diferencia mucho del vuestro, porque como la atmósfera está más enrarecida, las aguas, que forman depósitos de anchas superficies y escasas profundidades, se evaporan más fácilmente, y, además, porque al condensarse de nuevo, pasan casi sin transición del estado gaseoso al líquido, en vez de formar nubes duraderas. Así es que apenas tenemos cielos cubiertos ni neblinas.

La pureza del cielo hace que se cultive mucho la astronomía. Tenemos dos satélites cuyo curso parece singular a los astrónomos de la Tierra, pues mientras uno nos da meses de ciento treinta y una horas, o sea de cinco días marcianos y ocho horas, el otro, cuyo movimiento está combinado con el de rotación diurna del planeta, sale en el momento del ocaso y se pone en el del orto, atravesando el cielo, de Oeste a Este, en cinco horas y media, y pasando en menos de tres de una fase a otra. Este es un espectáculo único en todo el sistema solar, y que ha contribuído mucho a llamar la atención de los habitantes sobre el estudio del cielo. Además, tenemos casi todos

los días eclipses de lunas, pero no conocemos los eclipses totales de sol porque nuestros satélites son demasiado pequeños.

La Tierra nos aparece como Venus a vosotros, siendo nuestra estrella de la mañana y de la tarde, y en la antigüedad, antes de que se inventaran los instrumentos de óptica, que nos han enseñado que es un planeta habitado como el nuestro — aunque inferiormente, — nuestros antepasados la adoraban, saludando en ella una divinidad tutelar. Todos los mundos han imaginado durante sus siglos de infancia una mitología, que siempre tiene por origen, base y objeto, el aspecto aparente de los cuerpos celestes.

A veces ocurre que la Tierra y la Luna pasan por entre nosotros y el Sol y se proyectan sobre su disco como dos pequeñas manchas negras, una mayor y otra menor. Allí sigue con curiosidad todo el mundo estos fenómenos celestes. Nuestra prensa se ocupa mucho más de ciencia que de teatros, literatura disputas políticas y asuntos judiciales.

El Sol nos parece un poco más pequeño y nos da un poco menos de luz y de calor que a vosotros. Nuestros ojos, más sensibles que los vuestros, ven mejor. La temperatura es algo más elevada que en la Tierra.

—¿Cómo puede ser — repliqué, —que, hallándose Marte más lejos del Sol que la Tierra, tenga más calor que nosotros?

—Chamounix está algo más lejos del Mediodía que la cima del Monte Blanco — me contestó. — La distancia al Sol no es la única causa que determina las temperaturas: al mismo tiempo hay que tener en cuenta la constitución de la atmósfera. Nuestros hielos polares se funden más completamente que los vuestros al llegar el verano.

—¿Cuáles son las regiones más pobladas de Marte?

—Unicamente están inhabitadas las zonas polares, cuyas nieves y hielos veis fundirse desde la Tierra cada primavera. La población de las regiones templadas es muy densa, pero las más pobladas son las tierras ecuatoriales, donde la proporción de habitantes es análoga a la de China, y, sobre todo, las orillas de los mares, a pesar de las inundaciones. Multitud de ciudades están edificadas casi encima del agua, suspendidas en los aires, dominando de cierto modo las inundaciones, esperadas y calculadas de antemano.

—¿Acaso vuestras artes e industrias se parecen a las nuestras? ¿Tenéis caminos de hierro, buques de vapor, telégrafos y teléfonos?

—Es otra cosa. Nunca hemos tenido vapores ni caminos de hierro, porque siempre hemos conocido la electricidad y porque

la navegación aérea nos es natural. Nuestras flotas poseen motores eléctricos y son más bien aéreas que acuáticas. Vivimos principalmente en la atmósfera y no tenemos moradas de piedras, hierro y madera. No conocemos los rigores del invierno, porque nadie está expuesto a ellos; los que no viven en las regiones ecuatoriales emigran, al llegar el otoño, como algunas de vuestras aves. Te sería muy difícil formarte idea exacta de nuestro género de vida.

—¿Hay en Marte muchos humanos que ya han vivido en la Tierra?

—No. Los ciudadanos de tu planeta son, en su mayor parte, ignorantes, indiferentes o escépticos, y no están preparados para la vida del espíritu. Así es que están adscritos a la Tierra y lo estarán por espacio de mucho tiempo. Muchas almas duermen completamente. Las que viven y actúan, las que aspiran al conocimiento de la verdad, son las únicas que están llamadas a la inmortalidad consciente, las únicas a quienes interesa el mundo espiritual y que tienen aptitud para comprenderlo. Estas almas pueden abandonar la Tierra y renacer en otras patrias. Algunas van a vivir, por cierto espacio de tiempo, en Marte, primera etapa de un viaje ultraterrestre en sentido opuesto al Sol o a Venus, primero en dirección contraria. Mas Venus es un mundo análogo a la Tierra y menos privilegiado aún, por causa de sus estaciones demasiado rápidas, que obligan a los organismos a experimentar los más bruscos contrastes de temperatura. Ciertos espíritus van inmediatamente a las regiones estrelladas. Según tú sabes, el espacio no existe. En resumen, la justicia reina en el sistema del mundo moral como el equilibrio en el físico, y el destino de las almas no es sino el resultado perpetuo de sus aptitudes, de sus aspiraciones y, por consiguiente, de "sus propias obras". La vía uránica está abierta a todo el mundo, pero el alma no puede recorrerla más que cuando se desprende enteramente del peso de la vida material. Un día llegará en que no quede en vuestro mismo planeta más creencia ni más religión que el conocimiento del Universo y la certidumbre de la inmortalidad en sus regiones infinitas, en su eterno dominio.

—¡Qué cosa tan extraña — exclamé yo, — que nadie conozca en la Tierra esas sublimes verdades! Nadie mira al cielo. Vivimos aquí abajo como si en el Universo no existiera más que nuestro islote.

—No hay que desesperar — contestó Spero. — La humanidad terrestre es joven, está en la infancia y en la ignorancia primitiva. Así es que se divierte con fruslerías y obedece a se-

ñores que ella misma se impone. Vosotros gustáis de dividiros en naciones y os vestís con trajes nacionales para exterminaros luego al son de la música. Después levantáis estatuas a los que os llevan a la carnicería. Os arruináis y os suicidáis, y, sin embargo, no podéis vivir sin arrancar a la Tierra vuestro pan cotidiano. Esta es una triste situación, que, no obstante, basta ampliamente a la mayor parte de los habitantes de vuestro planeta. Si algunos de ellos, dotados de más elevadas aspiraciones, han pensado alguna vez en los problemas de orden superior, en la naturaleza del alma, en la existencia de Dios, el resultado no ha sido más satisfactorio, pues han arrojado a las almas de la Naturaleza y han inventado dioses singulares, infames, que no han existido nunca más que en imaginaciones pervertidas, y en cuyo nombre han cometido toda clase de atentados contra la conciencia humana, bendecido crímenes y sometido los espíritus débiles a una servidumbre de que será difícil librarlos. El animal más ínfimo de Marte es mejor, más hermoso, más dulce, más inteligente y más grande que el dios de los ejércitos de David, de Constantino, de Carlomagno y de todos vuestros asesinos coronados. No hay, pues, que extrañarse de la estupidez y grosería de los terrícolas. Pero la ley del progreso rige el mundo. Vosotros estáis ahora más adelantados que en tiempo de vuestros antepasados de la edad de piedra, cuya miserable existencia se consumía en disputar sus días y sus noches a las bestias feroces. Dentro de algunos miles de años seréis más civilizados que actualmente. Entonces reinará en vuestros corazones Urania.

—Sería necesario un hecho material, brutal, que instruyera y convenciese a los humanos. Si pudiéramos, por ejemplo, entrar algún día en comunicación con el planeta cercano en que tú vives, no en comunicación psíquica con un ser aislado, según lo hago yo en este momento, sino con el planeta mismo, de modo que hubiera centenares y millares de testigos, esto constituiría un prodigioso salto en el sentido del progreso.

—Desde ahora podríais realizarlo si quisieseis, pues nosotros estamos preparados para esto en Marte y aun lo hemos procurado muchas veces, pero ustedes no nos han contestado nunca. Unos reflectores solares que dibujan en nuestras vastas llanuras figuras geométricas, os prueban que existimos. Vosotros podríais contestarnos por medio de otras figuras análogas trazadas en vuestras llanuras, sea durante el día cuando hay sol, sea durante la noche empleando la luz eléctrica. Pero ni siquiera se os ocurre esto, y si alguno tratara de intentarlo, vuestros jueces le nombrarían un curador, pues aquella simple idea es

inaccesible al sufragio universal de los ciudadanos de tu planeta. ¿En qué se ocupan vuestras asambleas científicas? En conservar lo pasado. ¿En qué las políticas? En aumentar las cargas públicas. En el reino de los ciegos, el tuerto es rey.

Pero no hay que desesperar por completo. El progreso os arrastra a pesar vuestro. Un día sabréis al fin que sois ciudadanos del cielo. Entonces viviréis en la luz, en el verdadero mundo del espíritu.

Mientras el habitante de Marte me daba a conocer así los principales rasgos de su nueva patria, el globo terrestre había girado hacia Oriente, el horizonte se había inclinado y la luna elevado gradualmente en el cielo, que iluminaba con sus resplandores. De pronto, al mirar al sitio donde Spero estaba sentado, no pude reprimir un movimiento de sorpresa. La luz de la luna difundía la claridad sobre su persona lo mismo que sobre la mía, y, sin embargo, mientras que mi cuerpo producía en el parapeto una sombra, el suyo no daba origen a ninguna.

Levantéme bruscamente para comprobar mejor el hecho, y me volví en seguida, alargando la mano hasta su hombro y siguiendo en el parapeto la sombra que este gesto mío producía. Pero mi amigo había desaparecido instantáneamente y yo me encontraba solo en la silenciosa torre. Mi silueta se proyectaba con gran intensidad sobre la pared, pues la Luna era muy brillante. El pueblo dormía a mis plantas y ni la más insignificante brisa agitaba el tibio ambiente.

Sin embargo, me pareció oir pasos. Púseme a escuchar y me convencí de que, efectivamente, alguien se acercaba con pesado andar, subiendo a la torre.

—¿El señor no ha bajado aún? — me dijo el guardián presentándose. — Estoy esperando para cerrar las puertas, y creía que habían acabado las experiencias.

IV

EL PUNTO FIJO EN EL UNIVERSO

El recuerdo de Urania, del viaje celeste que di bajo su dirección, el de las verdades que me había hecho presentir la Musa, la historia de Spero, de sus combates en busca de lo absoluto, su aparición, su pintura de otro mundo, todo esto ocupaba vivamente mi pensamiento y presentaba perpetuamente ante mi espíritu los mismos problemas, en parte resueltos, y en parte velados por la incertidumbre de nuestros conocimientos. Comprendía que me había elevado gradualmente en la percepción de

la verdad y que, en rigor, el Universo visible no es más que una apariencia que es preciso traspasar para llegar a la realidad.

En el testimonio de nuestros sentidos todo es ilusión. La Tierra no es lo que parece, ni la Naturaleza lo que pensamos.

Aun considerando el universo físico, ¿dónde está el punto fijo alrededor del cual se encuentra la creación material en equilibrio?

La impresión directa y natural suministrada por la observación de la Naturaleza es que vivimos en la superficie de una tierra sólida, estable, fija en el centro del Universo. Se han necesitado largos siglos de estudios y audaz temeridad de espíritu para llegar a librarse de esta impresión natural y a reconocer que el mundo donde estamos se encuentra aislado en el espacio, sin que nada lo sostenga y moviéndose rápidamente sobre sí mismo y en torno del Sol. Mas para los siglos anteriores el análisis científico, para los pueblos primitivos, y aun hoy para las tres cuartas partes del género humano, nuestros pies descansan en una tierra sólida, firme en la base del Universo, y cuyos cimientos deben extenderse en las profundidades hasta lo infinito.

Sin embargo, desde que se averiguó que todos los días sale y se pone el mismo Sol y la misma Luna, y que siempre son las mismas estrellas y constelaciones las que giran alrededor nuestro, hubo que admitir, con incontestable certeza, que por debajo de la Tierra parece existir el espacio vacío necesario para dejar que pasen los astros todos del firmamento, en el tiempo que media desde su ocaso hasta su salida. Este hecho primordial era capitalísimo. La primera gran conquista de la Astronomía fué admitir el aislamiento de la Tierra en el espacio. Este era el primer paso que había que dar, y ciertamente el más difícil. ¡Imaginaos si era importante! ¡Suprimir los cimientos de la Tierra! Semejante idea no habría germinado nunca en cerebro alguno humano sin la observación de los astros, si, por ejemplo, la falta de transparencia de la atmósfera nos hubiese impedido contemplarlos. Si el cielo hubiera estado cubierto perpetuamente de nubes, el pensamiento humano habría quedado fijo al suelo terrestre, como las ostras a sus peñas.

Una vez que la Tierra quedó aislada en el espacio pudieron efectuarse nuevos progresos. Antes de esta revolución, cuyo alcance filosófico es tan grande como su importancia científica, se habían atribuído a nuestra morada sublunar toda clase de formas. Primeramente se tuvo a la Tierra por una isla que surgía sobre un Océano sin límites, y cuyos cimientos llegaban

hasta lo infinito. Después se supuso que el planeta entero, con sus mares, tenía la forma de un disco plano, circular, en cuyos bordes descansaba la bóveda del firmamento. Más tarde se le atribuyeron figuras cúbicas, cilíndricas, poliédricas, etc. Sin embargo, los progresos de la navegación tendían a revelar su naturaleza esférica, y cuando no quedó duda alguna sobre su aislamiento, esta esfericidad fué admitida como corolario natural de aquél y del movimiento circular de las esferas celestes en torno de nuestro globo, que se suponía situado en el centro.

Aislado ya en el espacio el globo terrestre, no era difícil echarlo a andar. Mientras se había considerado al cielo como una bóveda que cubría la maciza e indefinida Tierra, era absurdo e insostenible suponer a ésta en movimiento. Pero cuando se la vió con los ojos del espíritu colocada como una enorme bola en el centro de los movimientos celestes, pudo venir naturalmente, a la inteligencia del pensador, la idea de que quizás ese globo giraba sobre sí mismo, para evitar al cielo entero, al Universo inmenso, la obligación de realizar aquella operación cotidiana. En efecto, la hipótesis de la rotación diurna del globo terrestre se manifestó en las antiguas civilizaciones, entre los griegos, los egipcios, los indios, etc. Basta leer algunos capítulos de Phtolomeo, de Plutarco, del Surya-Siddhanta, para darse cuenta de estas tentativas. Pero si bien la nueva hipótesis era consecuencia de la primera, pareció muy audaz y contraria al sentimiento general que había originado la contemplación directa de la Naturaleza. La humanidad pensando tuvo que esperar hasta el siglo XVI de nuestra era, o mejor dicho, hasta el XVII, para conocer la verdadera posición de nuestro planeta en el Universo, y saber, de manera probada, que se mueve con doble movimiento, cada día sobre sí mismo, y anualmente alrededor del Sol. Unicamente a partir de esa fecha quedó constituída la Astronomía real, gracias a los trabajos de Copérnico, Galileo, Képler y Newton.

Sin embargo, esto no era más que un comienzo, pues el mismo Copérnico, el gran renovador del sistema del mundo, no adivinó los demás movimientos de la Tierra ni tuvo idea de las distancias a que se encuentran las estrellas. Estas medidas no han podido efectuarse hasta nuestro siglo, y únicamente en nuestros días es cuando los descubrimientos siderales nos han suministrado datos bastantes para permitir los ensayos de explicación sobre las fuerzas que mantienen el equilibrio universal.

La antigua idea de los interminables cimientos atribuídos a la Tierra, dejaba, evidentemente, mucho que desear a los espí-

ritus que procuran penetrar hasta el fondo de las cosas. En efecto, nos sería absolutamente imposible concebir un pilar o columna material, por grueso y ancho que se le suponga (del diámetro de la Tierra, v. g.), que penetrase hasta lo infinito, así como tampoco cabría admitir la existencia real de un bastón que sólo tuviese un extremo. Por lejos que nuestro espíritu llegue en la contemplación de esa columna material, siempre alcanza un punto en que se ve su fin. Al materializar la esfera celeste y al colocar la Tierra dentro de ella, en su parte inferior, se había velado la dificultad; pero por una parte era difícil justificar los movimientos de los astros, y por otra se comprendía que aquel universo material, contenido en inmenso globo de cristal, no estaba sostenido por nada, puesto que en torno suyo debía extenderse el espacio infinito, tanto por encima como por debajo. Los espíritus investigadores tuvieron que empezar por librarse de la idea vulgar de la gravedad.

Completamente aislada en el espacio, como un globo de caucho que flota en el aire, y más aún, puesto que éste es sostenido por las ondas atmosféricas, mientras que los mundos gravitan en el vacío, la Tierra es un juguete de las fuerzas cósmicas invisibles a que obedece, verdadera pompa de jabón que se mueve al menor soplo. Por lo demás, es fácil convencerse de esto considerando de golpe y reunidos, los once movimientos principales de que está animada. Quizás ellos nos ayudarán a encontrar ese "punto fijo" que nuestra ambición filosófica reclama.

Como nuestro planeta está a treinta y siete millones de leguas del Sol, y dado que efectúa a esta distancia su revolución anual alrededor del astro luminoso, resulta que anda con velocidad de seiscientas cuarenta y tres mil leguas por día, o sean veintiséis mil ochocientas por hora y veintinueve mil cuatrocientos cincuenta metros por segundo.

Esta velocidad es mil cien veces más rápida que la de un tren relámpago que recorriese cien kilómetros por hora.

Es un proyectil que se mueve con rapidez setenta y cinco veces superior a la de un obús, proyectil que anda eternamente sin llegar nunca a su objetivo. Esa bala terrestre vuelve al mismo punto de su órbita relativamente al Sol en trescientos sesenta y cinco días, seis horas, nueve minutos y diez segundos, y continúa después su camino. Por su parte, el Sol se mueve también en el espacio, siguiendo una línea oblicua al plano del movimiento anual de la Tierra y se dirige hacia la constelación de Hércules. De esto resulta que, en vez de trazar una curva cerrada, la Tierra describe una espiral, de manera que nunca ha

pasado dos veces por el mismo punto desde que existe. Así, pues, a su movimiento de revolución anual alrededor del Sol, se añade perpetuamente, como segundo movimiento, el del Sol mismo, que la arrastra con todo el sistema en un descenso oblicuo hacia la constelación de Hércules.

Durante este tiempo, nuestro globulillo gira sobre sí mismo en veinticuatro horas, proporcionándonos así la sucesión cotidiana y constante de los días y de las noches. La rotación diurna es, pues, el tercer movimiento.

Mas, nuestro planeta no gira sobre sí mismo recto a manera de una peonza que se moviera verticalmente sobre una mesa, sino que se inclina, como todo el mundo sabe, veintitrés grados, veintisiete segundos. Tampoco esta inclinación es estable, pues varía de año en año y de siglo en siglo, oscilando por períodos seculares. Ahí tenéis un nuevo género de movimiento, el cuarto.

La órbita que la Tierra recorre anualmente alrededor del Sol no es circular, sino elíptica. Esta elipsis varía igualmente, a su vez, de año en año y de siglo en siglo, acercándose ya a una circunferencia del círculo, ya alargándose hasta alcanzar considerable excentricidad. Es una especie de aro elástico que se deformase más o menos. Quinta complicación en los movimientos de nuestro mundo.

A su vez esta elipse no se presenta fija en el espacio, sino que gira en su propio plano, en un período de veintiún mil años. El perihelio, que al principio de nuestra era se efectuaba a sesenta y cinco grados de longitud a partir del equinoccio de primavera, se produce ahora a los ciento un grados. Este movimiento secular de la línea de los ápsides constituye una complicación más, la sexta, en los movimientos de nuestra morada.

He aquí la séptima. Hemos dicho hace un momento que el eje de rotación de nuestro globo está inclinado, y todo el mundo sabe que la prolongación ideal de esa línea se dirige hacia la estrella polar. Tampoco este eje es fijo, pues gira en veinticinco mil setecientos sesenta y cinco años, conservando su inclinación de veintidós a veinticuatro grados; de manera que su prolongación describe en la esfera celeste, alrededor del polo de la eclíptica, un círculo de cuarenta y cuatro a cuarenta y ocho grados de diámetro, según las épocas. Por efecto de este movimiento del polo es por lo que Vega se convertirá, dentro de doce mil años, en estrella polar, según fué hace ya otros catorce mil.

El octavo movimiento, que se debe a la acción de la Luna sobre la ampliación ecuatorial de la Tierra, el de mutación, hace

describir a un punto cualquiera del Ecuador una pequeña elipse en dieciocho años y ocho meses.

El noveno, originado igualmente por la atracción de nuestro satélite, modifica incesantemente la posición del centro de gravedad del globo y la posición de la Tierra en el espacio. Cuando la Luna está delante de nosotros, acelera la marcha del globo; cuando está detrás, la retrasa, como haría un freno: esta es una complicación mensual que se agrega a las precedentes.

Cuando la Tierra pasa por entre el Sol y Júpiter, la atracción de éste la hace desviarse 2' 1" fuera de su órbita absoluta, a pesar de los ciento cincuenta y cinco millones de leguas que median entre los dos planetas. La atracción de Venus produce una desviación de 1' 25" en sentido contrario. Saturno y Marte ejercen también esas acciones, pero en mucho menor grado. Estas son perturbaciones exteriores que constituyen un décimo género de correcciones, que hay que agregar a los movimientos de nuestro celeste esquife.

Como el conjunto de los planetas pesa próximamente 1|700 del peso del Sol, el centro de gravedad en torno del cual circula la Tierra anualmente, no se encuentra nunca en el centro mismo del Sol, sino lejos de él y aun en ocasiones fuera del globo solar. De modo que, hablando en absoluto, la Tierra no gira alrededor del Sol, sino que ambos astros Sol y Tierra, se mueven en torno de su centro común de gravedad. Así, pues, el centro del movimiento anual de nuestro planeta cambia constantemente de sitio, y podemos agregar esta oncena complicación a las anteriores.

Podríamos contar muchas más, pero lo que precede basta para apreciar lo ligera y sutil que es nuestra isla flotante, sometida, según se ve, a todas las fluctuaciones de las influencias celestes. El análisis matemático va mucho más allá de este sucinto resumen Ese análisis ha descubierto a la Luna, que tan tranquilamente parece girar alrededor nuestro, más de sesenta causas distintas de movimientos diferentes.

La expresión que habíamos empleado no tiene, en consecuencia, nada de exagerado: nuestro planeta no es más que un juguete de las fuerzas cósmicas que lo guían por los campos del cielo, y lo mismo ocurre con todos los mundos y con cuanto existe en el Universo. La materia obedece dócilmente a la fuerza.

¿Dónde está, pues, el punto fijo en que ambicionamos sostenernos?

En realidad, nuestro planeta, que otras edades colocaron en la base del mundo, está sostenido a distancia por el Sol, que

lo hace gravitar en torno suyo con velocidad correspondiente a esta distancia. Esta velocidad, producida por la misma masa solar, mantiene a nuestro planeta a la misma distancia media del astro central: si fuera menor, la gravedad dominaría y haría caer la Tierra en el Sol; si, por el contrario, fuese mayor, alejaría progresiva e infinitamente nuestro planeta del foco que le da vida. Mas por la velocidad que resulta de la gravitación, nuestra errante morada permanece en constante estabilidad. Análogamente, la Luna está sostenida en el espacio por la fuerza de gravedad de la Tierra, que la hace girar en torno suyo con la velocidad requerida para mantenerla constantemente a la misma distancia media. De esta manera la Tierra y la Luna forman en el espacio una pareja planetaria, que se sostiene en perpetuo equilibrio bajo la dominación suprema de la atracción solar. Si en el mundo no existiese más que la Tierra sola, permanecería eternamente inmóvil en el punto del vacío infinito donde hubiera sido colocada, sin poder bajar nunca, ni subir, ni mudar de posición fuera como fuese, y estas expresiones, bajar, subir, izquierda y derecha, no tienen ningún sentido absoluto. Si existiendo sola esa misma Tierra hubiese recibido un impulso cualquiera que la hubiera lanzado en una dirección determinada, correría eternamente en línea recta en esta dirección, sin poder pararse nunca, ni disminuir de velocidad, ni cambiar de movimiento. Lo mismo ocurriría si sólo existiesen ella y la Luna: ambas girarían en torno de su centro común de gravedad, cumpliendo su destino en el mismo punto del espacio y huyendo juntas en la dirección en que hubiesen sido proyectadas. Mas como el Sol existe y es el centro de su sistema, la Tierra, todos los planetas y sus satélites, dependen de él y tienen su suerte unida irrevocablemente a él.

¿Existe, pues, acaso en ese colosal y monstruoso globo del Sol el punto fijo que buscamos, la base sólida que parecemos apetecer para garantizar la estabilidad del Universo?

No, ciertamente, toda vez que el Sol no está en reposo, y puesto que nos lleva con todo su sistema hacia la constelación de Hércules.

¿Gravita por ventura nuestro Sol en torno de otro inmenso cuya atracción le alcanzara para regir sus destinos, como hace él con los planetas? ¿Acaso los trabajos de la astronomía sideral nos conducen a pensar que pueda existir un astro de tal potencia en una dirección que corte en ángulo recto la de nuestra marcha hacia Hércules? No. Nuestro Sol está sometido a las atracciones siderales, pero ninguna de ellas parece dominar

a las restantes y regir como soberana el movimiento de nuestro astro central.

Aunque sea perfectamente admisible, o por mejor decir, cierto, que el sol más cercano al nuestro, la estrella Alfa del Centauro, y nuestro propio sol, ejercen uno sobre otro mutua atracción, no es posible, sin embargo, considerar a estos dos astros como un par análogo a los de las estrellas dobles, primeramente porque todos los sistemas de éstas se componen de astros mucho más cercanos uno a otro; además, porque en la inmensidad de la órbita descripta con arreglo a esta hipótesis, las atracciones de las estrellas cercanas no podrían ser consideradas como desprovistas de influencia, y, finalmente, porque las velocidades reales de que esos soles se encuentran animados son mucho mayores que las que resultarían de su atracción mutua.

Sobre todo, la pequeña constelación de Perseo podría ejercer realmente una acción más poderosa que la de las Pléyades o que cualquier otro grupo de estrellas, y ser el punto fijo, el centro de gravedad de los movimientos de nuestro Sol, de Alfa del Centauro y de las estrellas cercanas, puesto que los agrupamientos de Perseo se encuentran, no sólo en ángulo recto respecto de la tangente de nuestra traslación hacia Hércules, sino también en el círculo máximo de las estrellas principales, y precisamente en su intersección con la Vía láctea. Pero en esto interviene otro factor, más importante que los anteriores, y es la Vía láctea, con sus dieciocho millones de soles, cuyo centro de gravedad sería realmente demasiado audaz buscar.

Pero ¿qué es en definitiva la Vía láctea entera, si se la compara con los miles de millones de estrellas que nuestro pensamiento contempla en el seno del universo sideral? ¿No se mueve a su vez esta Vía láctea como un archipiélago de islas flotantes? ¿No es cada nebulosa resoluble y cada grupo de estrellas una Vía láctea que se mueve impulsada por la gravitación de los restantes universos que la llaman y la solicitan a través de la noche infinita?

De estrellas en estrellas y de sistemas en sistemas, nuestro pensamiento pasa a considerar las magnitudes insondables y los movimientos celestes cuya velocidad ha empezado a ser calculada, pero que ya sobrepujan cuanto cabe imaginar. El movimiento anual propio del Sol del Alfa del Centauro pasa de ciento ochenta y ocho millones de leguas al año. El de la 61ª del Cisne (segundo sol en el orden de las distancias) equivale a trescientos setenta millones de leguas, o sea un millón próximamente al día. La estrella Alfa del Cisne viene sobre nosotros

en línea recta con una velocidad de quinientos millones de leguas al año. El movimiento propio de la estrella 1830 del Catálogo de Groobridge, se eleva a dos mil quinientos noventa millones de leguas anuales, lo que representa siete al día, ciento quince mil kilómetros por hora y trescientos veinte mil metros por segundo. Y estos son no más que valores mínimos, puesto que, ciertamente, nosotros no vemos de frente, sino oblicuamente, los movimientos estelares considerados.

¡Que proyectiles! Esos soles, miles y millones de veces más pesados y voluminosos que la Tierra, corren a través de los espacios insondables con velocidades ultravertiginosas y circulan en la inmensidad bajo la influencia de la gravitación de todos los astros del Universo. Y esos millones, y esos miles de millones de soles, de planetas, de agrupaciones estelares, de nebulosas, de mundos que empiezan y de mundos que acaban, se precipitan con velocidades análogas hacia objetivos que ignoran, con una energía y una intensidad de acción ante las cuales, la pólvora y la dinamita son soplos de pechos infantiles.

Así corren todos, quizás eternamente, sin poder acercarse nunca a los límites no existentes de lo infinito... En todas partes movimiento, actividad, luz y vida. Y eso felizmente, porque si todos los innumerables soles, planetas, tierras, lunas y cometas permanecieran fijos e inmóviles, como reyes petrificados en sus eternas tumbas, el aspecto de semejante universo sería mucho más formidable y profundamente doloroso. ¿Os representáis la Creación entera parada, estática, momificada? Tal idea no puede sostenerse. ¿No os parece por ventura fúnebre?

¿Y cuál es la causa de estos movimientos? ¿Quién los perpetúa y los rige? La gravitación universal, la fuerza invisible, a la cual obedece el Universo visible (lo que nosotros llamamos la materia). Un cuerpo atraído por la Tierra desde lo infinito, alcanzaría una velocidad de once mil trescientos metros por segundo; análogamente, un cuerpo lanzado desde la Tierra con esta velocidad no volvería a caer nunca en ella. Uno que el Sol atrajera, desde lo infinito también, llegaría a tener la velocidad de seiscientos ocho mil metros; del mismo modo un cuerpo lanzado por el Sol con esta velocidad, no regresaría nunca a su punto de partida. Los grupos de estrellas pueden determinar velocidades mucho más considerables aún, pero que se explican por la teoría de la gravitación. Basta con echar una ojeada sobre un mapa de los movimientos propios de las estrellas para darse cuenta de la variedad de estos movimientos y de su magnitud.

Así, pues, las estrellas, los soles, los planetas, los mundos, los cometas, las estrellas errantes, los uranolitos, en una palabra, todos los cuerpos constitutivos de este vasto Universo, descansan, no en bases sólidas, según parecía exigirlo la concepción primitiva e infantil de nuestros padres, sino "en las fuerzas invisibles e inmateriales" que rigen sus movimientos. Esos miles de millones de cuerpos celestes tienen como causa de estabilidad sus movimientos respectivos, y se apoyan unos a otros a través del vacío que los separa. El espíritu que supiera hacer abstracción del tiempo y del espacio vería a la Tierra, a los planetas, al Sol y a las estrellas llover de un cielo sin límites, en todas las direcciones imaginables, como gotas arrebatadas por los torbellinos de una gigantesca tempestad, y que atrajeran, no una base solamente, sino todas y cada una de ellas al mismo tiempo. Esas gotas cósmicas, esos mundos, esos soles, se mueven con tal rapidez, que el vuelo de las balas de cañón es el reposo absoluto respecto de sus velocidades. No se trata de cien, ni de quinientos, ni de mil metros, sino de diez mil, de veinte mil, de cincuenta mil, de cien mil, y hasta de doscientos y trescientos mil metros por segundo.

¿Cómo no se producen choques en medio de semejantes movimientos? Tal vez los hay: las "estrellas temporales" que parecen renacer de sus cenizas, lo indican quizás. Pero, en realidad, estos encuentros son muy difíciles, porque el espacio es inmenso relativamente a las dimensiones de los cuerpos celestes, y porque el movimiento que anima a cada cuerpo le impide precisamente experimentar de manera pasiva la atracción de otro cuerpo propio, porque no puede ser destruído, y se desliza en torno del foco que lo atrae como una mariposa que obedeciera a la atracción de una llama sin quemarse en ella. Por lo demás, hablando en absoluto, estos movimientos no son "rápidos".

En efecto, todo eso corre, vuela, cae, rueda, se precipita a través del vacío, pero a tales distancias respectivas que todo parece en calma. Si quisiéramos colocar en un marco de las dimensiones de París los astros cuya distancia ha sido medida hasta hoy, la estrella más cercana se encontraría a dos kilómetros del Sol, del cual distaría la Tierra un centímetro, Júpiter cinco y Neptuno treinta. La 61ª del Cisne quedaría a cuatro kilómetros, Sirio a diez, la Estrella polar a veintisiete, etc., y la inmensa mayoría de las estrellas saldría de los límites del departamento del Sena. Pues bien, animando a todos estos proyectiles y dándoles sus velocidades relativas, la Tierra debería emplear un año en recorrer su órbita de un centímetro de radio,

Júpiter doce en andar la suya de cinco centímetros y Neptuno ciento sesenta y cinco años. Los movimientos propios del Sol y de las estrellas serían de análogo orden, es decir, que, aun cuando los cuerpos con el microscopio, todo parecería en reposo. Urania reina con calma y serenidad sobre el inmenso Universo.

Ahora bien, la constitución del universo sideral es la imagen de la de los cuerpos que nosotros llamamos materiales. Todo cuerpo, orgánico o inorgánico, hombre, animal, planta, piedra, hierro, bronce, está compuesto de moléculas en movimiento perpetuo y que jamás se tocan. Cada uno de estos átomos es infinitamente pequeño e invisible, no sólo para la vista y aun para el microscopio, sino hasta para el pensamiento, puesto que es posible que estos átomos no sean más que centros de fuerzas. Se ha calculado que en una cabeza de alfiler hay nada menos que ocho sextillones de átomos, o sea ocho mil miles de millón, y que en un centímetro cúbico de aire entra un sextillón de moléculas. Todos los átomos y moléculas están en movimiento bajo la acción de las fuerzas que los rigen, separándolos distancias que son grandes relativamente a sus dimensiones. Hasta podemos pensar que en principio no existe más que un género de átomos, y que el número de los primitivos, esencialmente simples y homogéneos, la manera de estar dispuestos y sus movimientos, son lo que constituye la diversidad de las moléculas. Una de oro o de hierro, no se diferencia en esta hipótesis de la de azufre, oxígeno, hidrógeno, etc., más que en el número, la disposición y el movimiento de los átomos primitivos que la componen: en tal supuesto, cada molécula vendría a ser un sistema, un microcosmos.

Pero sea cual fuere la idea que se forme de la constitución íntima de los cuerpos, la verdad admitida hoy, y para siempre incontrovertible, es que el punto fijo buscado por nuestra imaginación no existe en parte ninguna. Arquímedes reclamará en vano un punto de apoyo para mover el planeta. "Los mundos, lo mismo que los átomos, descansan, se apoyan en lo invisible", en la fuerza inmaterial. Todo se mueve, solicitado por la atracción y como para ir en busca de ese punto fijo que se esconde a medida que se le persigue, y que no existe, toda vez que en lo infinito el centro está en todas partes y en ninguna. Los supuestos espíritus positivos que afirman con tanta seguridad que "la materia y sus propiedades solas existen", y que sonríen con desdén ante las disquisiciones de los pensadores, deberían explicarnos, ante todo, qué entienden por esta extraordinaria expresión "materia". Si no se pararan en la superficie de las co-

sas, si sospecharan que las apariencias ocultan realidades intangibles, serían probablemente algo más modestos.

A nosotros, que buscamos la verdad sin ideas preconcebidas y sin espíritu de sistema, a nosotros nos parece que la esencia de la materia sigue siendo tan misteriosa como la de la fuerza. En efecto, el Universo visible no es en manera alguna lo que parece a nuestros sentidos. En realidad, el Universo visible está compuesto de átomos invisibles, descansa en el vacío, y las fuerzas que lo rigen son también inmateriales e invisibles. Pensar que la materia no existe, que todo es dinamismo, sería menos atrevido que pretender afirmar la existencia de un universo exclusivamente material. En cuanto al sostén material del mundo, ha desaparecido, y esto es realmente original, con las conquistas de la Mecánica, que proclaman el triunfo de lo invisible. El punto fijo se desvanece en la universal ponderación de los poderes, en la ideal armonía de las vibraciones del éter. Mientras más se le busca, menos se le encuentra, y el postrer esfuerzo de nuestro pensamiento tiene por apoyo final, por suprema realidad, LO INFINITO.

V

ALMA VESTIDA DE AIRE

Estaba en pie, en su casta desnudez, con los brazos levantados en dirección de su cabellera, cuyos flexibles y opulentos rizos trenzaba, procurando sujetarlos en la parte superior de la cabeza. Era una belleza juvenil, que no había alcanzado todavía la perfección y amplitud de las formas definitivas, pero que se acercaba a ellas, radiante en la aureola de sus diecisiete primaveras.

Era hija de Venecia, y sus carnes, de color blanco ligeramente sonrosado, permitían adivinar debajo de su transparencia la circulación de una savia fuerte y ardorosa. Sus ojos brillaban con misterioso y desvanecedor brillo, y el carmín aterciopelado de sus labios, apenas entreabiertos, hacía pensar ya tanto en el fruto como en la flor.

Su belleza era, pues, maravillosa, y si algún nuevo París hubiera recibido misión de otorgarle la palma vencedora, no sé si habría puesto a sus plantas la de la gracia, de la elegancia o de la belleza, pues en aquel cuerpo se reunían los encantos animados de la seducción moderna y las serenas perfecciones de la belleza clásica.

La más feliz e inesperada de las casualidades la había pues-

to en presencia del pintor Falero y mía. En una voluminosa tarde de la primavera última, paseándonos a orillas del mar, atravesamos uno de esos bosques de olivos, de triste ramaje, que se encuentran entre Niza y Mónaco. Sin darnos cuenta de ello, penetramos en una propiedad particular abierta por la parte de la playa. Un pintoresco sendero subía serpenteando hacia la colina. Acabábamos de pasar por encima de un bosquecillo de naranjos, cuyas manzanas de oro recordaban el jardín de las Hespérides. El aire estaba perfumado, el cielo era de un color azul profundo, y nosotros nos entreteníamos en discurrir sobre las bellezas comparadas del arte y de la ciencia, cuando de pronto mi compañero se detuvo como a impulsos de irresistible fascinación, haciéndome una señal para que me callase y mirara.

Detrás de los plantíos de nopales y de higueras de Berbería, a unos cuantos pasos delante de nosotros, se divisaba una sala de baño suntuosa, con la ventana que miraba al sol, abierta; y en ella, no lejos de una pila de mármol, en que caía un hilito de agua susurrando suavemente, pudimos ver a la joven desconocida, que, desnuda de la cabeza a los pies, se miraba en un colosal espejo, donde se reflejaba su imagen. Es probable que el ruido del agua le había impedido darse cuenta de nuestra presencia. Así fué que nos quedamos discretamente — o mejor dicho, indiscretamente — detrás de los nopales mirándola desde allí, sin movernos ni hablar.

Era realmente hermosa, pero parecía no saberlo. Andaba sobre una piel de tigre y parecía no tener prisa. Notando, sin duda, que su larga cabellera estaba aún demasiado húmeda, la dejó caer otra vez a lo largo de su cuerpo, se volvió hacia donde nosotros estábamos, y fué a tomar una rosa que estaba en una mesa próxima a la ventana. Después se dirigió de nuevo hacia el inmenso espejo, continuó su peinado, lo terminó tranquilamente, colocó la rosa entre dos trenzas, y, volviendo la espalda al sol, se bajó, sin duda para tomar su camisa. Mas de pronto se alzó otra vez, lanzó un agudo grito, y escondiendo el rostro en sus manos, corrió a ocultarse en un rincón obscuro.

Nosotros hemos creído siempre que un movimiento de nuestras cabezas le reveló nuestra presencia, o que nos divisó en algún juego de la luz en el espejo. Fuese como quiera, nos pareció prudente volver sobre nuestros pasos, y, echando por el mismo sendero, nos dirigimos hacia la playa.

—¡Ah! — exclamó mi compañero, — le confieso que entre todos mis modelos no hay ninguno más perfecto, ni aun los

que me han servido para mis cuadros de las "Estrellas dobles" y de "Celia". ¿Qué le parece a usted? ¿No ha venido esta aparición a punto para darme la victoria? Celebre usted con elocuencia, si quiere, las delicias de la ciencia, pero convenga en que también el arte tiene sus encantos. ¿No es verdad que las estrellas de la Tierra rivalizan con las bellezas del cielo y aun les son superiores? ¿No admira usted, lo mismo que yo, la elegancia de esas formas? ¡Qué encantadores tonos, qué líneas!

—No tendré el mal gusto — repliqué — de no admirar lo que es realmente hermoso, y admito que la belleza humana (y sin vacilar lo confieso, la femenina principalmente), presenta en realidad lo más perfecto que la Naturaleza ha producido en nuestro planeta. Pero, ¿quiere usted saber lo que más admiro en este ser? Pues no es su aspecto artístico o estético, sino el testimonio científico que nos suministra de un hecho realmente maravilloso. En ese cuerpo encantador veo yo un alma vestida de aire.

—¡Cuán aficionado es usted a la paradoja! — replicó. — ¡Un alma vestida de aire! La cosa es demasiado idealista para un cuerpo tan real. Que esta encantadora joven tenga un alma, es cosa que no me atrevería a dudar, pero permita usted que el artista admire su cuerpo, su vida, su solidez, y su color... Casi diría, con el poeta de las "Orientales":

Car c'est un astre qui brille
Qu'une fille
Qui sor d' un bain au flot clair
Cherche s'il ne vient personne,
Et frissonne,
Toute mouillé, au grand air!

—No se lo prohibo a usted, pero precisamente esta belleza física es la que me hace admirar en ella la fuerza invisible que la ha formado.

—¿Qué quiere usted decir? No cabe duda de que se posee un cuerpo. La existencia del alma es menos palpable.

—Para los sentidos sí; para el espíritu no. Pues bien, los sentidos nos engañan por completo en lo que toca al movimiento de la Tierra, a la naturaleza del cielo, a la solidez aparente de los cuerpos, los seres y las cosas. ¿Quiere usted seguir por un momento el hilo de mi razonamiento?

Cuando aspiro el aroma de una rosa, cuando admiro la belleza de forma, la suavidad de colorido, la elegancia de esta flor que empieza a abrirse, lo que más me impresiona es el trabajo de la fuerza oculta, desconocida, misteriosa, que preside a la vida de la planta, que sabe guiarla en la conservación de

su existencia, que elige las moléculas de aire, de agua, de tierra convenientes para su alimentación, y que sabe, sobre todo, asimilarse esas moléculas y agruparlas delicadamente hasta el punto de formar con ellas este tallo esbelto, estas pequeñas hojuelas verdes tan finas, estos pétalos de tan apagado color rosado, estos exquisitos tonos y estos deliciosos perfumes.

La fuerza misteriosa es el principio anímico de la planta. Eche usted en la tierra, unos al lado de otros, una semilla de azucena, una bellota de encina, un grano de trigo y un hueso de durazno, y observará que cada germen se construye su organismo.

He conocido un arce que se moría sobre los escombros de una pared vieja, a unos cuantos metros de la buena tierra del foso y que, desesperado, lanzó a la ventura una raíz, alcanzó el suelo que apetecía, penetró en él, se afianzó sólidamente y tan bien, que, poco a poco, fué cambiando de sitio, dejó morir sus primitivas raíces, abandonó las piedras y vivió resucitado y transformado por el órgano libertador. He visto olmos que iban a comer la tierra debajo de un campo fértil, a los cuales les cortaron los víveres por medio de un ancho foso, y que tomaron la resolución de hacer pasar por debajo de éste sus raíces no cortadas: y, en efecto, lo consiguieron, volviendo a su mesa permanente, con asombro del horticultor. He sido testigo del heroísmo de un jazmín que atravesó ocho veces un tablón agujereado que lo separaba de la luz y que un observador pesado volvía hacia la obscuridad, en la esperanza de vencer al fin la energía de aquella flor, en lo cual se engañó.

La planta respira, bebe, come, elige, rechaza, busca, trabaja, vive y obra con arreglo a sus instintos. Una disfruta de salud tan robusta "como un roble", otra está enferma y la de más lejos parece nerviosa y agitada. La sensitiva se estremece y como si dijéramos, se desmaya al menor contacto. En ciertos momentos de bienestar el yaro presenta elevada temperatura, el clavel fosforece, la valisneria fecundada baja al fondo de las aguas para que el fruto de sus amores madure. Bajo estas manifestaciones de una vida desconocida, el filósofo no puede menos de reconocer, en el mundo de las plantas, un cántico del coro universal.

No voy en este momento más allá en lo que se refiere al alma humana, por más que sea muy superior a la de la planta, y por más que ella haya creado un mundo intelectual tan elevado sobre lo demás de la vida terrestre, como pueden estarlo las estrellas sobre nuestro planeta. No la consideraré aquí, no,

en lo relativo a sus facultades espirituales, sino únicamente como fuerza que anima al ser humano.

Pues bien, me admiro de que esta fuerza agrupe los átomos que respiramos, o que nos asimilamos por la nutrición, hasta el punto de constituir el ser encantador que acabamos de ver. Imagínese a esta joven el día de su nacimiento; siga usted con el pensamiento el desarrollo gradual de este pequeño cuerpo, a través de los años de la primera infancia, hasta los encantos de la adolescencia y las formas de la nubilidad. ¿Cómo se conserva, cómo se desarrolla, cómo se compone el organismo humano? Ya lo sabe usted: por la respiración y por la nutrición.

El aire nos nutre en tres cuartas partes, gracias a la respiración. Su oxígeno alimenta el fuego de la vida y el cuerpo puede compararse con una llama eternamente renovada por los principios de la combustión. La falta de ese gas apaga la vida, lo mismo que apaga una lámpara. La respiración hace que la sangre venosa obscura se transforme en sangre arterial roja y se regenere. Los pulmones son un tejido finísimo, atravesado por cuarenta o cincuenta millones de agujeritos, demasiado pequeños para que la sangre se filtre por ellos, pero bastante grandes para dejar pasar el aire. Entre la atmósfera y la sangre se efectúa un cambio perpetuo de gases; aquélla da a ésta el oxígeno; la sangre le devuelve ácido carbónico. Por una parte, el oxígeno atmosférico quema carbono en el pulmón; por otra éste exhala ácido carbónico, nitrógeno y vapor de agua. Las plantas respiran (durante el día) de manera contraria, absorbiendo carbono y exhalando ácido carbónico; este contraste mantiene, en parte, el equilibrio general de la vida terrestre.

¿De qué se compone el cuerpo humano? El hombre adulto pesa, por término medio, 70 kilogramos: En esta cantidad hay casi 52 de agua, tanto en la sangre como en la carne. Analice usted la substancia de nuestro cuerpo y encontrará albúmina, fibrina, caseína y gelatina, esto es, substancias orgánicas compuestas fundamentalmente por los cuatro gases esenciales: oxígeno, nitrógeno, hidrógeno y ácido carbónico. También hallará usted cuerpos desprovistos de nitrógeno, tales como la goma, el azúcar, el almidón, las grasas. Estas materias pasan igualmente por nuestro organismo. Su carbono y su hidrógeno son consumidos por el oxígeno aspirado durante la respiración y exhalados luego bajo la forma de ácido carbónico y de agua.

Este líquido es, como usted sabe, una combinación de dos gases, el oxígeno y el hidrógeno. El aire es una mezcla de oxígeno y de nitrógeno, a los cuales se agregan, aunque en cantidades proporciones, vapor de agua, ácido carbónico, amoníaco y

ozono, que no es, después de todo, sino oxígeno condensado, etc.

De modo que, resumiendo lo expuesto, se deduce este principio: nuestro cuerpo no se compone más que de gases transformados.

—Pero — dijo mi compañero, — no sólo vivimos de aire atmosférico. Además, en las horas indicadas por nuestro estómago, necesitamos añadir algunos suplementos que tienen su importancia, tales como un ala de faisán, un filete de lenguado, un vaso de buen vino, o, según los gustos, espárragos, uvas y duraznos...

—Sí, todo esto pasa a través de nuestro organismo, hasta diré, con bastante rapidez; pues en algunos meses (no ya en siete años, según se creía en otro tiempo), se renueva eternamente nuestro cuerpo. Vuelvo una vez más a ese ser encantador que teníamos delante de nosotros hace un momento. ¡Pues bien! toda esa carne que admirábamos no existía hace tres o cuatro meses: esos hombros, esa cara, esos ojos, esa boca, esos brazos, esa cabellera, y hasta las mismas uñas, todo ese organismo no es más que una corriente de moléculas, una llama sin cesar renovada, un río que se contempla durante la vida entera, pero en el cual no se ha vuelto a ver nunca la misma agua. Pues bien, todo esto es gas asimilado, condensado, modificado, y, sobre todo, aire. Esos huesos mismos, sólidos hoy, se han formado y solidificado insensiblemente. No olvideis que nuestro cuerpo entero, se compone de moléculas invisibles, que no se tocan, y que se renuevan sin cesar.

En efecto, si nuestra mesa está cubierta de legumbres o frutas, si somos vegetarianos, absorbemos substancias extraídas casi enteramente del aire: este durazno es agua y aire; esta pera, esta uva, esta almendra son aire, agua y algunos elementos gaseosos llamados allí por la savia, por el calor solar y la lluvia. Espárrago o ensalada, guisantes o alcachofas, lechugas o achicorias, cerezas, fresas o frambuesas, todo esto vive en el aire y por el aire. Lo que da la tierra, lo que va a buscar la savia, son también gases, y siempre los mismos, nitrógeno, oxígeno, hidrógeno, carbono, etc.

Si se trata de un beefteck, de una gallina o de otra carne, la diferencia no es considerable. El carnero y el buey se alimentan con hierba. Ya guisemos una perdiz con coles, una codorniz asada, un pavo trufado o una liebre, todas esas substancias, aparentemente tan diversas, no son más que vegetal transformado, el cual no es, a su vez, sino una agrupación de

moléculas sacadas de los gases de que acabamos de hablar, aire, elementos del agua, moléculas y átomos, casi imponderables por sí mismos, y por lo demás absolutamente invisibles a simple vista.

Así, pues, sea cual fuere nuestro género de alimentación, nuestro cuerpo, formado, sostenido y desarrollado por la absorción de las moléculas adquiridas mediante la respiración y la alimentación, no es, en definitiva, más que una corriente incesantemente renovada, en virtud de esa asimilación y es dirigido, regido y organizado por la fuerza material que nos anima. A esta fuerza podemos darle, seguramente, el nombre de alma. Ella agrupa los átomos que le convienen, elimina los inútiles, y, partiendo de un punto imperceptible, de un germen que no es posible descubrir, llega a construir aquí el Apolo del Belvedere, al lado la Venus del Capitolio. Fidias no es más que un imitador grosero, si se le compara con esta íntima y misteriosa fuerza. Pigmaleón se convirtió, según la mitología, en amante de la estatua de que fué padre. ¡Qué error! Pigmaleón, Praxiletes, Miguel Angel, Benvenuto y Cánova no han creado más que estatuas. Mucho más sublime es la fuerza que sabe edificar el cuerpo vivo del hombre y de la mujer.

Pero esta fuerza es inmaterial, invisible, intangible, imponderable, como la atracción que mece los mundos en la universal melodía, y por material que el cuerpo nos parezca, no es más que una armoniosa agrupación formada por esa fuerza interior. Ya ve usted que me mantengo estrictamente dentro de los límites de la ciencia positiva cuando doy a esa joven el calificativo de alma vestida de aire, lo mismo que usted y que yo; ni más ni menos.

Desde los orígenes de la humanidad hasta estos últimos siglos se ha creído que la sensación se percibía en el mismo punto donde se experimentaba. Se consideraba que un dolor sentido en el dedo, tenía su asiento en el dedo mismo. Los niños y muchas personas lo siguen pensando. La fisiología ha demostrado que la impresión se transmite desde la extremidad del dedo hasta el cerebro, por medio del sistema nervioso. Si se corta el nervio, se puede quemar impunemente el dedo, pues la parálisis es completa. Se ha logrado hasta determinar el tiempo que la impresión emplea para ir de un punto cualquiera del cuerpo al cerebro, y se sabe que la velocidad de este movimiento es de unos veintiocho metros por segundo.

El cerebro es materia como el dedo, y no una materia estable y fija. Y es una materia esencialmente mudable, que varía rápidamente y que no forma una identidad.

No existe, ni puede existir, en toda la masa encefálica un solo lóbulo, una sola celda, una sola molécula que no cambie. Una suspensión de movimiento, de circulación, de transformación, sería una sentencia de muerte. El cerebro no subsiste y no siente más que bajo la condición de experimentar, como todo el resto del cuerpo, las transformaciones incesantes de la materia orgánica que constituyen el circuito vital.

De modo que *nuestra personalidad, nuestra identidad*, nuestro yo individual, nuestro yo que adquiere y conserva un valor personal, científico y moral, valor que aumenta con el estudio, nuestro yo que es y se siente responsable de sus actos realizados hace un mes, un año, diez, veinte, cincuenta años, durante los cuales ha cambiado multitud de veces el agrupamiento molecular, todo eso no reside, no puede residir en una materia cerebral, en una agrupación de moléculas.

Los fisiólogos que afirman que el alma no existe, se parecen a sus antepasados que creían sentir el dolor en el dedo o en el pie. Distan, sin embargo, algo menos de la verdad, pero al detenerse en el cerebro y al hacer residir el ser humano en las impresiones cerebrales, se paran en mitad del camino. Esta hipótesis es tanto menos admisible, cuanto que los mismos fisiólogos mencionados saben perfectamente que la sensación personal viene siempre acompañada por una modificación de la substancia. En otros términos, el yo del individuo no subsiste sino en el caso de que la identidad de su materia no persista.

Nuestro principio de sensibilidad no puede ser, por tanto, un objeto material; aquél se encuentra en relación con el Universo por medio de las impresiones cerebrales, por las fuerzas químicas que se desprenden en el encéfalo como efecto de combinaciones materiales, pero es otra cosa que esto.

Nuestra constitución orgánica se transforma constantemente bajo la dirección de un principio psíquico.

Tal o cual molécula, que se encuentra incorporada hoy a nuestro organismo, va a salir de él por la espiración, la traspiración, etc., para quedarse en la atmósfera durante tiempo más o menos largo y entrar luego en otro organismo, planta, animal u hombre. No todas las moléculas que constituyen actualmente su cuerpo de usted estaban ayer en él, y ninguna de ellas lo estaba hace meses.—¿Dónde se encontraban?—En el aire o en otro cuerpo. Todas las moléculas que forman ahora sus tejidos orgánicos, sus pulmones, sus ojos, su cerebro, sus piernas, etc., han servido antes para constituir otros tejidos orgánicos... Todos nosotros somos muertos resucitados, hechos con el polvo de nuestros mayores. Si todos los hombres que

han vivido hasta hoy resucitaran, habría cinco por cada pie cuadrado en la superficie de los continentes, y tendrían que subirse en hombros unos de otros, pero no todos podrían resucitar integralmente, pues multitud de moléculas han servido sucesivamente a distintos cuerpos. Análogamente, nuestros órganos actuales, divididos un día en sus últimas partículas, se encontrarán incorporados a nuestros sucesores.

De manera que cada molécula de aire pasa eternamente de vida en vida y sale de éstas por medio de muertes sucesivas, siendo ora viento, ya ola, tierra, animal o flor, pues sucesivamente ha estado incorporada a la substancia de innumerables organismos. El aire es, no sólo la fuente inagotable donde toma alientos cuanto existe, sino también un depósito inmenso, al cual envía su postrer hálito todo cuanto muere. Mediante su absorción, nacen para perecer luego, los diversos organismos, vegetales y animales. La vida y la muerte están igualmente en el aire que respiramos, y se suceden perpetuamente una a otra, gracias al cambio continuo de moléculas gaseosas. La de oxígeno que esa antigua encina exhala, va a colocarse en los pulmones del niño que se encuentra en la cuna. Los últimos suspiros de un moribundo, van a tejer la brillante corola de la flor, o a difundirse como una sonrisa sobre la verde pradera. Y así, mediante un encadenamiento infinito de muertes parciales, la atmósfera alimenta incesantemente la vida universal que se extiende por la superficie del mundo.

Y si se le ocurre a usted alguna ojeción más, añadiré aún que nuestros vestidos están compuestos, lo mismo que nuestros cuerpos, de substancias primitivamente gaseosas. Tome usted este hilo y tire de él. ¡Qué resistencia! ¡Cuántos tejidos de batista, de seda, de hilo, de algodón, de lana, ha formado la industria gracias a estas tramas y cadenas! Sin embargo, ¿qué es este hilo de lino, de cáñamo o de algodón? Una serie de glóbulos de aire yuxtapuestos y que sólo se sostienen gracias a su fuerza molecular. ¿Qué es el hilo de seda o de lana? Otra yuxtaposición de moléculas. Convenga usted — concluí diciendo, — en que nuestros mismos vestidos son aire, gas, substancias extraídas de la atmósfera, oxígeno, nitrógeno, carbono, vapor de agua, etc.

—Veo con gusto — replicó el pintor, — que el arte no está tan lejos de la ciencia como algunos creen. Si su teoría es para usted puramente científica, para mí es arte, y del mejor. Además, ¿acaso existen en la Naturaleza todas estas distinciones? No: en ella no hay arte, ni ciencia, ni escultura, ni pintura, ni

decorado, ni música, ni física, ni química, ni meteorología, ni astronomía, ni mecánica. Vea usted ese cielo, mire ese mar, esas estribaciones de los Alpes, esas rosadas nubes de la tarde, esas luminosas perspectivas que se extienden en dirección de Italia. Todo eso es lo mismo. Todo es uno. Y puesto que la física molecular nos demuestra que ya no hay cuerpos, que aun en una barra de acero o de platino no se tocan los átomos, que nos queden, por lo menos, las almas: nadie perderá en ello.

—Sí, este es un hecho contra el cual nada pueden las preocupaciones: los seres vivos son almas vestidas de aire... Compadezco a los mundos privados de atmósfera.

Después de un largo paseo por las orillas del mar, habíamos vuelto casi a nuestro punto de partida. Pasábamos delante de la pared almenada de una casa de campo, yendo de Beaulieu hacia el cabo Ferrat, cuando trazamos con dos señoras muy elegantes. Eran la Duquesa de V... y su hija, a quien habíamos visto el jueves anterior en el baile de la Prefectura. Saludámoslas y echamos por los olivares. La joven se volvió para vernos, como inconsciente hija de Eva, y entonces me pareció que súbito rubor encendía su rostro. Era, sin duda, el reflejo del sol poniente.

—Tal vez se figura usted — dijo el artista, volviéndose también, — que ha disminuído mi admiración por la belleza. ¡Pues bien, no! Ahora la aprecio mejor, saludo en ella la armonía, y, voy a confesarlo, considerando al cuerpo humano como la manifestación sensible de un alma directora, me parece que tiene más nobleza, más belleza y más brillo.

VI

AD VERITATEM PER SCIETIAM

Hallábame en mi biblioteca haciendo un estudio sobre las condiciones de la vida en la superficie de los mundos regidos e iluminados por varios soles de magnitudes diferentes, cuando, al levantar la vista, me chocó la expresión, casi diré la animación del rostro de mi querida Urania. Era la misma, llena de gracia y vivacidad que en otro tiempo —¡oh, cuán de prisa gira la Tierra, y qué corto es un cuarto de siglo! — que en otro tiempo, repito, en los días de adolescencia tan pronto transcurridos, había seducido mi pensamiento e inflamado mi corazón. Sin pensarlo ni quererlo, volví a mirarla y a fijar en ella la vista. La verdad es que era tan bella como antes y mis impresiones no se habían modificado. La musa me atraía, como la luz al

insecto. Levantéme de mi mesa para contemplar una vez más el singular efecto de la luz sobre su movediza fisonomía, y pronto me encontré junto a ella, olvidando por completo mi trabajo.

Su mirada parecía vagar a lo lejos, aunque sin embargo, se animaba y se fijaba. ¿En qué? ¿en quién? Parecióme que la estatua veía verdaderamente, y siguiendo la dirección de aquella mirada fija, inmóvil, solemne, aunque no severa, mis ojos tropezaron con el retrato de Spero, que estaba colgado de la pared, entre dos estantes.

¡Urania lo miraba fijamente!

De pronto, el retrato se desprendió y cayó, rompiendo su marco.

Corrí a recogerlo, y lo vi sobre la alfombra. El dulce rostro de Spero estaba vuelto hacia mí. Al alzarlo del suelo, descubrí un papel grande, amarillento, que ocupaba toda la extensión del marco, y que estaba escrito por ambas caras de letra de Spero. ¿Cómo es que nunca me había fijado en semejante papel? Es cierto que había podido quedar entre el marco y el retrato, oculto por la tabla de la parte posterior. En efecto, cuando traje de Cristianía aquella acuarela, no se me ocurrió examinarla con atención. ¿Pero quién había tenido la singular idea de colocar allí dicha hoja? Con viva extrañeza conocí la letra de mi amigo y recorrí aquellas páginas. Todo me inducía a creer que habían sido escritas el último día de la vida del joven pensador, el día de su ascensión durante la aurora boreal, y era probable que el padre de Iclea había querido conservar con mayor seguridad aquellos últimos y supremos pensamientos, poniéndolos en el mismo marco que el retrato de Spero. Sin duda olvidó decírmelo cuando me regaló, como recuerdo, aquella querida imagen, al ir yo en peregrinación a la tumba de los dos amantes.

Sea de ello lo que quiera, coloqué la acuarela encima de mi mesa y mi ser se conmovió todo entero al examinar los detalles de aquella querida fisonomía: eran los mismos ojos, tan suaves y profundos, siempre enigmáticos; la misma frente ancha y en apariencia tan serena; la misma boca fina y de reservada sensualidad; el mismo color claro del rostro, del cuello y de las manos. Sus miradas me seguían, fuera cual fuese el lado hacia donde volviese el retrato, dirigiéndose también a Urania y a los distintos puntos del cuarto. ¡Singular idea la del artista! Entonces no pude menos de pensar en los ojos de la diosa, que me habían parecido acariciar dolorosamente la imagen de su joven adorador. Y así como el crepúsculo cubre repentinamente

de sombras un día sereno, así se extendía por todo aquel noble rostro una tristeza divina.

Examiné el misterioso papel. Estaba escrito con letra clara, precisa, sin enmienda ninguna. Voy a transcribirlo aquí tal como lo encontré, sin quitarle ni una palabra, ni una coma, pues parece la conclusión completamente natural de los distintos relatos que se incluyen en esta obra.

Helo aquí, pues, textualmente.

Este es el testamento científico de un espíritu que aun cuando vivía en la Tierra, realizó todos los esfuerzos que pudo para librarse del peso de la materia, y que espera hallarse exento de él.

Quisiera consignar, en forma de aforismos, el resultado de mis meditaciones. Creo que no se puede alcanzar la verdad más que por medio del estudio de la Naturaleza, o lo que es lo mismo, de la ciencia. He aquí las inducciones que, a mi entender, se fundan en este método de observación.

I

El Universo visible, tangible, ponderable y que está en movimiento incesante, se compone de átomos invisibles, imponderables e inertes.

II

Estos átomos están regidos por fuerzas cuando se trata de constituir los cuerpos y de organizar los seres.

III

La Fuerza es la entidad esencial.

IV

La visibilidad, la tangibilidad, la solidez, la dureza y el peso, son propiedades relativas y no propiedades absolutas.

V

Lo infinitamente pequeño:

Los experimentos hechos con el laminado de las hojas de

oro, prueban que en un milímetro pueden entrar diez mil de ellas.—Se ha llegado a dividir un milímetro, en una lámina de vidrio, en mil partes iguales, y hay infusorios tan pequeños, que si se coloca su cuerpo entre dos de estas divisiones, no llega a ellas; los miembros y órganos de estos seres están compuestos de celdas de moléculas, y las moléculas de átomos.—Veinte centímetros cúbicos de aceite echados sobre las aguas de un lago, llegan a cubrir así 4 000 metros cúbicos de superficie, de manera que la capa de aceite no tiene mas que un doscientos milésimos de milímetro de grueso.—El análisis espectral de la luz revela la persencia de un millonésimo de milígramo de sodio en una llama.—Las ondas de la luz están comprendidas entre cuatro y ocho diez milésimos de milímetro, desde el violado al rojo. Para llenar un milímetro se necesitan 2.300 de esas ondas. El éter que transmite la luz ejecuta, en un segundo, setecientos mil miles de millones de oscilaciones, cada una de las cuales se define matemáticamente.—El olfato percibe 1|604·000:000 de milígramo de mercaptán en el aire respirado.—La dimensión de los átomos debe ser inferior a un millonésimo de milímetro de diámetro.

VI

El átomo, intangible, indivisible, que apenas puede ser concebido por nuestro espíritu, acostumbrado a los juicios superficiales, constituye la sola materia real, y lo que nosotros llamamos así, no es sino un efecto producido en nuestros sentidos por los movimientos de los átomos, es decir, una posibilidad incesante de sensaciones.

De esto resulta que la materia, como todas las manifestaciones de la energía, no es sino un modo de movimiento. Si éste se parase, si la fuerza pudiera ser aniquilada, si la temperatura de los cuerpos se redujera al cero absoluto, la materia, tal como nosotros la conocemos, dejaría de existir.

VII

El Universo visible se compone de cuerpos invisibles. Lo que se ve está hecho con cosas que no se ven.

No hay más que una sola clase de átomos primitivos. Las moléculas constitutivas de los diferentes cuerpos, hierro, oro, oxígeno, hidrógeno, etc., no se diferencian más que en el número, en la manera de agruparse y en los movimientos de los átomos que las componen.

VIII

Lo que nosotros llamamos materia se desvanece cuando el análisis cree llegar hasta ella. Pero hallamos como sostén del Universo y principio de todas las formas, la fuerza, el elemento dinámico. Si quiero, puedo alterar el curso de la Luna.

Los movimientos de todo átomo en nuestra Tierra, son la resultante matemática de todas las ondulaciones etéreas que le llegan, con el tiempo, desde los abismos del espacio infinito.

IX

El ser humano tiene como principio esencial el alma. El cuerpo es aparente y transitorio.

X

Los átomos son indestructibles.

La energía que mueve los átomos y rige el Universo es indestructible.

El alma humana es indestructible.

XI

La individualidad del alma es reciente en la historia de la Tierra.—Nuestro planeta ha sido nebulosa, luego sol y después caos: entonces no existía ningún ser terrestre. La vida empezó por los organismos más rudimentarios, progresando de siglo en siglo hasta llegar a su estado actual, que no es el último. La inteligencia, la razón, la conciencia, lo que nosotros llamamos facultades del alma, son modernas. El espíritu ha ido d[illegible]ndiéndose poco a poco de la materia; lo mismo, perm[illegible] la comparación, que el gas se desprende de la [illegible], el p[illegible]ne de la flor, la llama del fogar de la chimenea.

XII

La fuerza psíquica empezó a tomar cuerpo hace unos treinta o cuarenta siglos en las esferas superiores de la humanidad terrestre. Su acción empieza, está en su aurora.

Las almas conscientes de su individualidad, o todavía inconscientes, están, por su propia naturaleza, fuera de las condiciones de espacio y tiempo. Después de la muerte de los cuerpos, lo mismo que durante la vida, no ocupan lugar ninguno.

Algunas de ellas van tal vez a vivir en otros mundos.

Unicamente las que se han desprendido de los lazos de la materia tienen conciencia de su existencia extracorporal y de su inmortalidad.

XIII

La Tierra no es más que una provincia de la patria eterna, forma parte del Cielo, éste es infinito y todos los mundos forman parte de él.

XIV

Los sistemas planetarios y siderales que constituyen el Universo, se encuentran en distintos grados de organización y de adelanto. La extensión de su diversidad es infinita. Los seres están en todas partes en relación con el estado de los mundos.

XV

No todos los mundos están habitados en la actualidad. La época presente no tiene mayor importancia que las anteriores o que las venideras. Ciertos mundos fueron habitados en el pasado, hace miles de millones de siglos; otros lo serán en lo porvenir, dentro de miles de millones de siglos. Un día no quedará nada de la Tierra y hasta perecerán sus ruinas.

XVI

La vida terrestre no es el tipo de las demás. En el Universo reina ilimitada variedad. Hay moradas en que la gravedad es grande y desconocida la luz, donde no hay más sentidos que el tacto, el olfato y el oído, y en que todos los seres son ciegos, porque allí no se ha formado el nervio óptico. En otros apenas se siente la gravedad, y los seres son tan ligeros y tenues, que los ojos terrestres no podrían verlos. Esos seres poseen sentidos de exquisita delicadeza, que revelan a sus privilegiados espíritus sensaciones que la humanidad terrestre no puede conocer.

XVII

El espacio que existe entre los mundos difundidos por el inmenso Universo no los aisla unos de otros. Todos se encuen-

tran en mutua comunicación perpetua mediante la atracción que se ejerce instantáneamente a través de todas las distancias y que establece indisoluble lazo entre todos los mundos.

XVIII

El Universo forma una sola unidad.

XIX

El sistema del mundo físico es la base material del moral o espiritual. Por consiguiente, la astronomía debe ser base de toda creencia filosófica y religiosa.

Todo ser pensante lleva en sí el sentimiento acompañado por la incertidumbre de la inmortalidad. Esto sucede así, porque somos los engranajes microscópicos de un mecanismo desconocido.

XX

El hombre es el autor de su propio destino y se eleva o cae, según sean sus obras. Los seres apegados a los intereses materiales, los avaros, los ambiciosos, los hipócritas, los embusteros, los hijos de Tartufo, moran como los perversos en las zonas inferiores.

Pero la creación está regida por una ley primordial y absoluta: la del Progreso. Todo se eleva en lo infinito. Las faltas son caídas.

XXI

En la ascensión de las almas tienen las cualidades morales tanta parte como las intelectuales. La bondad, la abnegación, el sacrificio, purifican el alma y la elevan, lo mismo que el estudio y la ciencia.

XXII

La creación universal es una inmensa armonía de que la Tierra no forma sino un fragmento insignificante, basto y mal construído.

XXIII

La Naturaleza es un perpetuo llegar a ser. El Progreso es la ley. La progresión es eterna.

XXIV

La eternidad de un alma no sería bastante para visitar el infinito y para saberlo todo.

XXV

El destino del alma es irse desprendiendo paulatinamente del mundo material y pertenecer definitivamente a la vida uránica superior, donde la materia domina y deja de sufrir. El fin supremo de los seres es la aproximación perpetua a la perfección absoluta y a la felicidad divina.

[illegible] era el testamento científico y filosófico de Spero. ¿No es [illegible] d que parece dictado por Urania en persona?

[illegible] nueve musas de la antigua mitología eran hermanas. Las [illegible]ciones científicas modernas [illegible]nden, a su vez, hacia la unidad. La astronomía o conocimiento del mundo, y la psicología o conocimiento del ser se unen hoy para sentar la única base en que puede alzarse el edificio de la filosofía definitiva.

P. S.—Los episodios que preceden y las meditaciones y reflexiones que los acompañan, van reunidos aquí en una especie de Ensayo, destinado a contribuir a la solución del mayor de los problemas que pueden interesar al espíritu humano. Este es el principal título que tiene la presente obra para interesar a aquellas personas que algunas veces y "en medio del camino de la vida" de que habla el Dante, se detienen para preguntar dónde están y qué son, y para meditar, pensar y soñar.

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

La M[illegible] del Cielo 3

SEGUNDA PARTE

[illegible]rge Speró

I.—La vida 26
II.—La apari[illegible] 31
III.—To be [illegible] 37
IV.—[illegible]r 46
V.—[illegible] aurora boreal 53
VI.—El progreso eterno 57

TER[illegible]A PARTE

Ci[illegible] y Tierra

I.—Tèlepatía 61
II.—Iter estáticum cœleste 79
III.—El planeta Marte 86
IV.—El punto fijo en el Universo 99
V.—Alma vestida de aire 110
VI.—Ad veritátem per sociétiam 119